



MEENA
OIEILI

ZAKRI
GUPSI
COINA
YETIC
DE

VENTI
KRABIA

A7V
5/72







M- 13485
R- 6778

STV 5172

BIZARRIA GUIPUZCOANA

y

Sancho el Sabio

SITIO DE FUENTERRABÍA

1474-1521-1635-1638.

APUNTACIONES HISTÓRICAS

de

ANTONIO BERNAL DE O'REILLY,

NATURAL DE MADRID.

San Sebastian.

Imprenta y librería de Juan Osés, plaza de la Constitución, 7,

1872.

WILSON'S GUNPOWDER

SITE OF FORT BRAGG

1875-1876-1877

THE HISTORY OF

ANTONIO BERNAL DE ORENDA

THE HISTORY OF

THE HISTORY OF

THE HISTORY OF

1875



Es propiedad del Ilustre Ayuntamiento de la
M. N. M. L. y M. V. Ciudad de

FUENTERRABÍA,

á cuya corporacion hace donacion perpétua
hoy día 5 de Junio de 1872

Antonio Bernal de O'Reilly.



Be provided that the United States shall be

ARTICLE I

Section 1. All legislative Powers herein granted shall be vested in a Congress of the United States, which shall consist of a Senate and House of Representatives.

Section 2. The House of Representatives shall be composed of Members chosen every second Year by the People of the several States, and the Electors in each State shall have the Qualifications requisite for Electors in that State.

Section 3. The Senate shall be composed of two Senators from each State, chosen by the Legislature thereof, for a Term of six Years; and they shall be divided so that one-third may be chosen every second Year; and if a Vacancy happen in the Senate, the Governor may fill it up.

AL ILUSTRE AYUNTAMIENTO

DE LA M. N., M. L. Y M. V. CIUDAD

de

FUENTERRABÍA.

No me indujo à tomar las apuntaciones de los grandes hechos históricos, hoy conocidos del mundo, que humildemente os dedico, la vana pretension de que tambien constasen reunidos por mí en esta forma, que la mas ciega inmodestia se opondria à que se la diese el nombre de libro. Fué la primitiva idea el de estudiarlos: el pensamiento que la siguió, remontando orgulloso con las alas que le finge el entusiasmo, el de que sir-

viesen, despues del Caton, para complemento de la educacion primaria de *todos* vuestros hijos.

Esparcidas aquí y allá las civicas virtudes que enaltecieron á ese heróico pueblo y registran las crónicas en antiguas ediciones, ya agotadas, y en manuscritos cuyas hojas va quemando la misma tinta con que están escritos, ciertamente la juventud olvidaria el buscarlas, y solo por tradicion llegarían los más á conocer imperfectamente una mínima parte de las proezas que colocaron entre el de los ínclitos varones el nombre de sus abuelos.

No basta, en mi concepto, que por los cuidados de la madre llegue el niño á su completo desarrollo siendo únicamente lo que vulgarmente se llama fiel cristiano; es necesario que á la par se le eduque buen patriota y digno ciudadano, y esto se consigue enseñándole con el Catecismo á servir y amar á Dios sobre todas las cosas, y en compendio fácil y sencillo, á grandes rasgos, la historia de su pueblo; para que, antes de llegar á la pubertad, germinen las nobles ideas que deben robustecerle el pecho.

En los tiempos antiguos, sin saber leer ni escribir, de generacion en generacion se practicaban y servian de ejemplo; hoy que se comentan por muchos,

es indispensable que con verdadero conocimiento evitemos las adapten individualmente á su provecho. Que el niño viene al mundo como nace la flor de las entrañas de la tierra, y cultivada crece enhiesta con su corola de vivisimos colores perfumada y fragante, siendo por sus notables cualidades el adorno principal de aquel *huerto cerrado*, á la que cuidadosamente se aproximaba respetuosa la mano; en tanto que si se abandona, entra en la serie de las flores del campo, que bellas y sencillas crecen ocultas en la yerba, donde se fija irreverente la planta del primer ser que pasa, y con menosprecio las huella.

Y tambien es preciso que sepan, cual deben, respetar esos antiguos escudos nobiliarios, cuyo origen va unido íntimamente á la nobleza de los derruidos murrallones que permiten caigan como vil mercancía rodando por el suelo; ignorantes de que *cada una* de sus piedras es el limpio blason de *cada uno* de los hijos del pueblo.....!

the first of these is the fact that the
movement is not a simple one of
translation, but involves a rotation
about a point. This is evident from the
fact that the velocity of the point
of rotation is zero, while the
velocity of the other points is
proportional to their distance from
the point of rotation. This is the
case for all rigid bodies in motion.
The second fact is that the
velocity of the point of rotation is
zero, while the velocity of the
other points is proportional to
their distance from the point of
rotation. This is the case for all
rigid bodies in motion.

The third fact is that the
velocity of the point of rotation is
zero, while the velocity of the
other points is proportional to
their distance from the point of
rotation. This is the case for all
rigid bodies in motion. The fourth
fact is that the velocity of the
point of rotation is zero, while
the velocity of the other points is
proportional to their distance from
the point of rotation. This is the
case for all rigid bodies in motion.
The fifth fact is that the velocity
of the point of rotation is zero,
while the velocity of the other
points is proportional to their
distance from the point of rotation.
This is the case for all rigid
bodies in motion.

BIZARRIA GUIPUZCOANA

Y

SITIO DE FUENTERRABÍA.

I.

FUENTERRABÍA.

«De los tiempos presentes aunque es fácil hallar la verdad, es difícil el decirlo: de los tiempos antiguos fácil el decirlo, difícil el hallarlo.»

«Al paso que todos se ocupaban en dar asuntos grandes para la historia, ninguno pensaba en escribirla. Todos tomaban la espada y ninguno la pluma.»

Esto decia el R. P. Joseph Moret al escribir los Anales de Navarra; porque á pesar de su grande sabiduria, la suma modestia que le dominaba lo hacia dudar que otros hombres irian precisamente á buscar en su recóndita celda la explicacion de los heróicos hechos, que á grandes rasgos dejaron trazados con el acero de sus espadas victoriosas los nobles guipuzcoanos y navarros, contra la indómita Francia.

Por esta razon al recorrer las derruidas fortificaciones de la altiva Fuenterrabia; al contemplar desde los escombros las señales indelebles que dejó en los muros de las casas el huracan de hierro que lanzó sobre ellas el cañon enemigo, comprendí que aquellos viejos murallones me decian con severo aspecto, que fueron bizarramente defendidos por ilustres varones á la cabeza de sus fuertes hijos; y trayendo á mi mente cuanto consignan las crónicas sobre las guerras entre naciones fronterizas, me fui á buscar en el silencio del claustro abandonado la relacion del monge, perpétuo historiador y coronista de las glorias de España.

Allí entre infolios hallé la minuciosa descripcion de los «Empeños del valor y bizarros desempeños, ó sitio de Fuenterrabia» que tuvieron lugar el 1638, y dió á la estampa diez y seis años despues el Padre Moret, escritos en

latín para que en todas las naciones extranjeras se leyeran.

En este libro aprendí que tan ilustre lugar se llamó en su nativa lengua vascongada *On-darribia*, que quiere decir *fundado sobre arena*, ó segun Arnaldo Oihenarto *sobre el último río*; pues aquella voz permite ambas etimologías: y el Bidasoa (1) donde se halla, es el pos-

(1). Los vascongados escriben y pronuncian *Vidasoa* con B, porque no hacen diferencia entre la B y la V; y como el nombre es vascongado le escribo B.

En la Crónica de los Reyes Católicos se llama al río Bidasoa el *Alduida*, derivado de *Alduidas*, en donde opina que tiene origen.

Mador. El Sr. Avella en el Diccionario de la Academia de la Historia, interpreta el nombre Bidasoa en Camino de Ocaso; mas para nosotros formado de Guad ó Vidiarsoba, vale tanto como río de Viarso.

El presbítero D. Sabas Reparaz que tiene el Palacio de su nombre ó su casa nativa en la confluencia de los dos ríos, desde cuya union se llama Bidasoa, describe su etimología de la manera siguiente:

«Etimología del nombre del río Bida-osoa que desemboca en la ciudad de Fuenterrabía.»

«Dejando á parte varias versiones sobre la etimología del susodicho nombre que se hacen en algunos escritos, vamos á dar cuenta de la tradicion constante del país en cuyo seno tiene su origen el citado río Bidasoa, que se compone de las palabras vascongadas *Bida* que significa dos y *osoa* que significa entero, como que el Bida-osoa se compone de dos ríos, que se reúnen en Santesteban, (Navarra) uno que baja de Baztan que está al E de Santesteban y el otro de Zubieta que está al Sud del citado pueblo de Santesteban, resultando que desde el punto de reunion de estos dos ríos toma el uno que se forma el nombre de Bida-osa, que quiere decir segun la etimología de las dos palabras vascongadas de que se compone el nombre de Bida-osoa, Bidez bat, de

trero de los rios de nuestra patria que naciendo en tierras del Baztan baña por el Oriente sus murallas.

Último pueblo de la España Tarraconense que cae dentro de los límites de los vascones y á corta distancia del promontorio de *Olearson*, principio de los montes Pirineos, mira la insigne Fuenterrabía por el Oriente á Hendaya, primer lugar de la Aquitania; por el Setentrion al océano Cantábrico, promontorio indicado y castillo de Higuier; (1) por el Occidente al elevadísimo monte Jaizquibel que corta el arenal de Pasages; y por el mediodía á la llanura que convierte en lagunas la creciente del mar, y donde brotan los juncos en que se guarecen las aves acuáticas, que vienen de otras playas huyendo los hielos para bañarse en tan plácidas aguas.

La existencia de Fuenterrabía debe alcanzar á los mas remotos siglos, y haber formado par-

dos uno, *Bidez-osoa*, de los dos medios de que se compone el todo *Bidez-osoa*, palabras vascongadas que significan de dos uno, de los dos medios uno entero que significa la palabra *Bida-osoa*.—Esta es la version mas verídica segun la tradicion de las gentes de Baztan y Santesteban sobre la etimología del nombre de este caudaloso rio *lidaosoa*.»

(1) En el dia se llama el promontorio de *Olearson* el cabo de Higuier, cuyo nombre se dió al castillo y al promontorio por la abundancia y bondad de los higos que allí se producen.

te de la antigua ciudad que Tolomeo designa con el nombre de *Oiarson* (1) de la que lo tomó el promontorio ó aquella de este, y aun le hallamos con ligerísima variante conservado en el pueblo de *Oyáztun*, el cual debe tener mas íntima relacion con el del rio que vierte sus aguas en Pasages y pasa con el mismo nombre á su costado, que con el de la ciudad que dice Plinio se llamaba *Olarso*; por que esta debió ser la que hoy es Fuenterrabía, en atencion á encontrarse mas inmediata al promontorio indicado.

Segun afirman Pedro Anton Beuter, historiador valenciano, y Florian de Ocampo, cronista del Emperador Carlos V, fundóse Fuenterrabía en tiempo de Suintila, vigésimo cuarto rey godo de España, sucesor del Santo Rey Recaredo, el primero que alcanzó la monarquía de estos reinos, vencidos los romanos en la era de 659, que es el año de Nuestro Señor Jesucristo 625. Pero aunque dichos autores dicen que los godos alcanzaron la monarquía de España, se advierte, como lo nota Garibay, (*lib. 8, cap. 30*) que los cántabros quedaron por su voluntad en su union sin recibir sus leyes, porque

(1) Este nombre se ha conservado en una casa solar antigua y armería llamada *Arsu*, que está en su contorno al puntal. (*Lope de Isasti.*)

permanecieron bajo las de sus antiguos estatutos. De todos modos vemos que fué estacion romana; porque así nos lo indican las muchas piedras de labor é inscripcion latina en el palacio de los Casabantes.

La accion inexorable del tiempo, secundada por la mano destructora del hombre de guerra, ha hecho desaparecer de los archivos los antiquisimos títulos con que la ennoblecieron sus valerosos hijos; pero aun se encuentra un testimonio que atestigua su grandeza, al tomar conocimiento de la gracia que la otorgó Alfonso IX, Rey de Castilla, expedida en Palencia el diez y ocho de Abril de 1203, concediendo á título de merced los términos de Fuenterrabia, que en ella se señalan, y dándola por vecino á Guillermo de Lazon y sus compañeros que eran en el lugar de Lezo, para que sin su voluntad ninguno apacentase ganados en dichos términos y fuesen libres de todo pecho y pedido que no se pagasen en todos sus reinos; con ámplia jurisdiccion los alcaldes de Fuenterrabia sobre Irun, Lezo y el barrio de Pasages que cae á la parte oriental del arenal.

El Rey D. Felipe IV, por especiales privilegios de los años 1639 y 1650, añadió á sus grandes timbres el que los corona con el título de *Muy noble, muy leal, muy valerosa ciudad*

de *Fuenterrabía*, que por haberlo sido siempre la concedió. Y trae por armas esta villa (que tal era y no ciudad) un escudo partido en cuatro cuarteles: el primero, en campo de oro un ángel con una llave en la mano derecha: el segundo en campo de plata un leon rampante: el tercero, de ondas verdes, un navio envergado y ballena harponada debajo: el cuarto tambien de ondas verdes, con sirena que levanta un espejo en la mano derecha, y un triton con una granada, igualmente en la mano. En medio del escudo se ve un escudete azul, de ondas, con castillo de plata, y sobre él dos estrellas. Los extremos orleados en campo rojo con doce banderas y estandartes blancos: trofeos de piezas de artillería, bombas, mosquetes etc. y en la orla se leen sus títulos y el nombre; y se vé por corona Nuestra Señora de Guadalupe, patrona y protectora de esta insigne ciudad tan guerrera como cristiana. (1)

(1) En el año de 943 de Nuestro Señor Jesucristo, convocóse un Concilio en Fuenterrabía, en el que presidió Arnusto, obispo de Narbona, en ausencia del de Tarragona, á quien le pertenecía. En él terminaron los Padres la diferencia suscitada entre Antiquiso, obispo de Urgel y Adulfo, obispo de Pallas, sobre los límites de los obispados, ó mas bien sobre toda la diócesis de Pallas, que el obispo de Urgel pretendia ser toda suya. (*Historia general de la Iglesia, lib. XVIII. fól. 327 y 328, escrita por el abad de Choyssi, de la Academia francesa, y traducida por D. Estéban Gazan.*)

II.

BIZARRÍA GUIPUZCOANA.

1474.—1521.

Si el denuedo y la constancia en pueblo tan guerrero raya desde la antigüedad en el grado mas alto, la confianza en el aliento varonil y fortaleza de sus robustos brazos, corre parejas con el desprecio que siempre vió el peligro, y el desden que le inspira la amenaza del mas fiero enemigo.

Un día primero de Julio en que segun costumbre celebraban los de Fuenterrabia con corridas de toros sus fiestas anuales, á pesar del inminente asedio que esperaban, vieron impávidos llegar las huestes francesas hasta las puertas de la ciudad y casi principiar á derri-

barlas. Sin suspender la función miraron con reposado continente desde la misma plaza tremolar los blancos estandartes enemigos, y cual si fueran de farsa los aprestos de la gente de guerra que encima les venia blandiendo las armas, les saludaron sin moverse del circo con estrepitosa silba y unánime carcajada.

Varios sitios sostuvo siempre denodada la inmortal Fuenterrabia y en todos ellos, aunque alguna vez, como sucede en este mundo, la fortuna fué varia, nunca desmintió la bravura de sus hijos la pureza de sangre de tan noble raza.

Al despuntar la aurora del feliz reinado de Isabel y Fernando, desde cuyo día el sol debiera iluminar permanentemente las costas de ambos mundos que unió Cristobal Colon bajo el cetro de Castilla, esta se hallaba dividida en bandos; favorable el uno al derecho de Isabel, proclamada por el pueblo: contrario el otro, menos numeroso, en favor de Doña Juana, á quien aquel apellidaba la bastarda y tambien la Beltraneja, negando fuese la hija del Rey Don Enrique (1), hermano de Doña Isabel, en atencion á haberse visto con disgusto que Don

(1) Historia de España, por el P. Mariana. Libro vigésimo segundo, cap. XX. *De ciertos pronósticos que se vieron en Castilla.*

Beltran de la Cueva logró en palacio mayor favor que el que la decencia permite concedan los reyes; que siempre el buen criterio del pueblo se sostuvo mas alto que el de la mútua conveniencia para establecer la ley.

Portugal defendia los pretendidos derechos de Doña Juana; y faltándole la fuerza que acude en apoyo de la verdadera legitimidad, se ligó con la Francia como se confederan en todo tiempo los que aspiran al triunfo de la arbitrariedad; porque para tales gentes, antes que la patria es su voluntad.

En tanto que los portugueses en armas pedian la Castilla como parte dotal de Doña Juana, las huestes francesas en número de cuarenta mil combatientes al mando del general Aman, señor de Labrit, pusieron cerco á Fuenterrabia, cuyos defensores, bajo las órdenes del Gobernador D. Baltasar de Gago, las rechazaron por dos veces, obligándolas á volverse con grandes pérdidas á Francia, á esperar, meditando en su derrota, mas propicia ocasion.

Esta no tardó en llegar. La España misma, tan poco cuerda por desgracia algunas veces, como por fortuna siempre valerosa, se apresuró á ofrecérsela al francés.

Vencidos en Villalar los comuneros acaudillados por Juan Bravo y Juan de Padilla, las

ciudades de Castilla quedaron muy consternadas y no sin motivo; mas no por esto desistían de continuar la guerra, porque el miedo del castigo los endurecía en su obstinacion. Doña Maria Pacheco, hija del conde de Tendilla, y viuda del difunto Padilla, decapitado en la plaza de Villalar, sostenia el furor entre los toledanos, á pesar de hallarse casi concluída la sedicion; y este estado de cosas hacia mas difícil á los Gobernadores de las otras provincias el dar por terminada completamente tan dolorosa situacion.

La guerra civil, gangrena incurable de los pueblos, aun cuando se funde en los mas legítimos derechos, se torna siempre en sañudo rencor, porque una vez derramada la sangre del hermano por su propio hermano, no existe ya patria ni ley, y al Dios de bondad, de amor y de clemencia, le sustituye inhumano el ídolo de la venganza mas brutal.

Este es el momento en que astutas las naciones extranjeras se aprovechan de la ciega locura de los pueblos para cortarles las alas. Hé aquí por qué la heroica Fuenterrabia, la vencedora en cien sitios y combates, teniendo por soberano á todo un César, tal como Carlos V, y por caudillo dentro de sus muros á tan gran capitan como el esforzado D. Diego de

Vera que mandaba á los guipuzcoanos, y á caballeros tan principales é ilustres como D. Martin Garcia Oñaz, señor de Loyola, hermano del que hoy es nuestro San Ignacio; D. Juan Ortiz Gamboa, señor de Zarauz; D. Juan Perez Lizaur, señor de Lizaur, y D. Juan Perez de Ugarte, capitan del tercio de los de Vergara, se vió obligada á doblar la cerviz y rendir á los franceses las armas!.... Justo castigo que Dios impone á las naciones cuando se dejan arrastrar á guerras intestinas, y sin piedad desgarran las entrañas de su madre comun, LA PATRIA.

El Rey de Francia, Francisco I. digno rival por su bravura de nuestro Emperador y Rey, Don Carlos V, pero desgraciado por venderle los ojos la mano pertinaz de los terribles celos, no cesaba de discurrir por qué camino inquietaria al águila imperial, que cerniéndose desde las prolongadas cordilleras de Méjico á los Andes elevados, y girando en estenso círculo sobre el Guadarrama, habia volado á posarse en las torres de Colonia y Aquisgran.

En tal concepto Francisco I. consideró sumamente oportuna la ocasion en 1521, al ver la España dividida en bandos por los Comuneros de Castilla, y hallándose Carlos V en Flandes, para lanzar un poderoso ejército acaudillado por Andrés de Fox, señor de Esparros; y aparentan-

do acudir en auxilio de un príncipe amigo (1), apoderarse de Navarra, como con parecidos protestos tres siglos despues, en 1808. aconteció.

Séame permitido consagrar aquí un recuerdo al noble y valeroso Ignacio de Loyola, que regó con su sangre en estas circunstancias los deruidos murallones de la fortaleza de Maya, defendiendo la patria que mas tarde ilustró igualmente armado con la cota de malla de la fè, para conquistar en todo el orbe las almas al Señor.

El ejército francés continuó su marcha victoriosa hasta poner cerco á Logroño; mas el denuedo de los españoles que acudieron desde tierras de Búrgos les obligó á levantar el sitio, y apresurado se volvió á Navarra, donde acuchillado en todas partes en que se le daba alcance por los riojanos, castellanos, vizcainos y guipuzcoanos, y finalmente en el campo de Noain, cerca de Pamplona, rindió las armas, entregó la plaza y regresó á Francia; pero continuando en España los disturbios, volvieron las huestes francesas al mando del almirante de Francia Guillermo Conferio Bonibet sobre el Bidasoa, y tomando la fortaleza llamada en vascuenco *Gasteluzar*, que para defenderle se construyó so-

(1) D. Enrique de Labrit, heredero de los estados de Bearne y de Labrit, que se llamó Rey de Navarra.

bre el río siete años antes, dirigió el fuego contra Fuenterrabía el seis de Octubre; intentó entrar en la ciudad por la brecha que abrió con los cañones, aun cuando fué en vano su acometimiento porque en ella se hallaban los esforzados pechos guipuzcoanos para impedirles el paso, matándoles más de mil hombres, Diego de Vera se vió obligado á rendirse despues de ametrallada la plaza desde otra altura y resistir tres asaltos, mas bien que por falta de bastimentos, por la discordia que se introdujo cautelosa é hizo inútil la decision de los guipuzcoanos de convertir en nueva Numancia su immaculado solar. El viérnes diez y ocho de Octubre de 1521, Fuenterrabía tuvo que capitular!.... si bien honrosamente, pues todos salieron con armas y bagages cual hombres de alta preza, que aun en la desgracia saben hacerse respetar.

Hè aquí la razon por qué España dice tristemente á vencedores y vencidos despues de toda guerra civil:

Aprended flores de mí
Lo que vâ de ayer á hoy ,
Ayer margarita fui
Y hoy sombra mia no soy!...

En este cerco hicieron los naturales de Fuenterrabía hazañas admirables. Habiendo llegado

en socorro de los franceses veinte y cinco naves con bastimentos, y fondeadas en frente del rebellin que tenia con la puerta de socorro, salieron á la bajamar treinta y dos vecinos, soldados escogidos de su compañía, los cuales atacaron los bajeles, y pegándoles fuego quemaron las provisiones. Como la noche era oscura, pasaron adelante y acometieron á la Casa-lonja que estaba junto á la muralla, en la que tenian los franceses artilleria y trabucos de metal, de los que se apoderaron, llevándolo todo á donde se hallaba el ejército español y entregándolo á Jerramunda, teniente del general de artilleria. Los soldados Saubat de Arámburo y Hernando de Olaverria, pocos dias despues, reconociendo la avanzada que tenian los franceses en la ermita del Crucifijo, cerraron con ella, mas sin embargo de haberles recibido á cañonazos y perdido una pierna Hernando de Olaverria, Arámburo mató á sablazos á los artilleros, ganó el puesto y le entregó á su capitan Juan Perez de Azcue (1).

(1) Juan Perez de Azcue, capitan astuto y valeroso, con sus ardidés y gente de guerra, fué el azote cruel de los franceses. Entre sus muchos hechos de armas, cada cual mas famoso, hubo uno que dió mïrgen á un cantar vascongado; y para que en todo tiempo se propague, tambien en este sencillo escrito lo refiero. El general de Lude á cuyo cargo dejó el mando de Fuenterrabia el almirante Bombet, efectuó una salida al

Dos años y medio escasos duró la ocupacion de Fuenterrabia, pero bien puede decirse que el sitio continuó, porque la guarnicion francesa que dejó el almirante Guillermo Conferio Bonibet no podia salir pacíficamente de sus muros, acosada permanentemente por los vecinos de Fuenterrabia que abandonaron sus hogares, los de Irun, Rentería y Oyarzun, cuyas familias se guarecieron en los montes despreciando los halagos del extranjero, para dejar á los hombres útiles combatir sin tregua al invasor. Y así se distinguieron y ocuparon un lugar en los fastos de la historia Azcue de Fuenterrabia y Ambulodi de Irun, capitanes á sueldo del Emperador y Rey, con sus cuatrocientos soldados, terror del francés.

frente de ochocientos soldados gascones, con intento de quemar á Irun. Al pasar el vado de Amute le salió al encuentro el capitan Azcue con su compañía, para disputarle palmo á palmo el terreno. El mas terrible capitan que acompañaba al general de Lude, era un viejo veterano llamado Mr. Chanfarron, hombre de grandes fuerzas y terrible cuando empuñaba la espada. Azcue lo citó á singular combate, y cuerpo á cuerpo, cada uno con su montante se batieron. La lucha fué tremenda y fiera; pero Azcue de un revés partió á Chanfarron desde el hombro izquierdo hasta el anca, y murió llevado á Irun, donde sin rescate se entregó el cuerpo á su mujer ó hijos, de donde vino el cantar: *«Musiur Chanfarron jaia andia, Irungo calean datza illa.»* Poco tiempo despues murió Azcue desgraciadamente, pasando por delante de uno de sus soldados llamado Juan Perez de Cigarron, quien le atravesó la cabeza de un balazo, tirando contra un centinela francés.

Digna de la mas alta mencion fué tambien la lealtad al Emperador Carlos V de los pocos españoles que forzosamente debieron quedar dentro de la ciudad de Fuenterrabia, los cuales prefirieron que, á pesar de las capitulaciones, los llevasen amarrados á Bayona y otros lugares del vecino reino antes que consentir cambiar la banda roja que orgullosamente ostentaban como guerreros españoles, por la banda blanca, insignia de los soldados de Francia.

Mas, para que no se dude hasta qué punto las guerras intestinas son afflictivas, vamos á ver cómo un valeroso guerrero, hijo de otro hombre aun mas esforzado, por no seguir con la fé ciega que se debe á sus banderas y preferir antes al Rey que á la madre patria, dá márgen á que se le hagan proposiciones deshonrosas y llega hasta taltar, una vez desleal, á su palabra.

Considerándose inútil, sin muy grandes esfuerzos, recobrar Fuenterrabia porque el almirante Bonibet habia persuadido al Rey de Francia de que era indispensable conservar á toda costa tan importante ciudad, no solo para recuperar la Navarra sino para introducir la guerra en el interior de España, resolvió Don Iñigo de Velasco, gran condestable de Castilla, que por el momento reemplazara al rigor del

acero y la metralla, á fin de conseguir su intento, la fuerza de la astucia y de la maña.

Don Felipe de Navarra que capitaneaba la faccion de los agramonteses entre los navarros, desterrado y fugitivo de nuestros reinos, militando con las tropas francesas contra España, se metió con un esforzado escuadron (1) de setecientos hombres compuesto de sus parciales, dentro de los muros de Fuenterrabia en defensa de la Francia.

Don Felipe era hijo del mariscal D. Pedro de Navarra, marqués de Córtes, que defendió con tanto denuedo como escasa fortuna, los derechos de D. Juan y Doña Catalina, reyes de Navarra, cuando el Rey D. Fernando el Católico la unió á los demás reinos de España, rechazando á cuantos se le opusieron á los pueblos vascones de la otra parte de los Pirineos, que en otros tiempos fueron sexta merindad de Navarra. Secuaz apasionadísimo D. Pedro de la casa de Labrit, hizo una entrada por la parte de Navarra con fuertísimo ejército; pero habiéndole salido al encuentro con el suyo Don

(1) En la milicia antigua llamábase *escuadron* la porcion de tropa formada en filas, con cierta disposicion, segun las reglas de la táctica militar, y tambien á una parte del ejército compuesta de infanteria y caballeria. En tal concepto conservo la denominacion como mas adecuada á las tropas, cuyos brillantes hechos voy anotando.

Fernando de Villalba, le derrotó é hizo prisionero con gran parte de la nobleza que le seguia, y le envió al castillo de Simancas. Desesperado el infeliz D. Pedro de conseguir la libertad, dice la historia que se suicidó metiéndose un cuchillo por la garganta; desluciendo así su constancia en catorce años de prision y en rehusar las mas grandes ofertas, con este acto solamente digno del siglo de Caton, pero no de un cristiano, de cuya vida únicamente dispone Dios Nuestro Señor.

Don Iñigo de Velasco, despues de sujetar bien á Fuenterrabia cortándola toda comunicacion, se valió de Antonio de Guevara, varon señaladísimo por su elocuencia, segun lo atestiguan varias cartas familiares entre ambos sobre este asunto, para que con su persuasion dominara la energia de Felipe de Navarra y le redujera á la obediencia de Carlos V. Don Felipe, viendo que ya no habia esperanza de defender con éxito la fortaleza y que su fidelidad de tantos años ningun fruto le rendia, se conformó con lo que la suerte le deparaba, y desertando de Fuenterrabia con todos los suyos, se pasó al Emperador.

Desamparada la plaza por fuerzas tan considerables, el Gobernador Foxet se rindió sin resistencia el 25 de Marzo de 1524; pero fué tal

el enojo del Rey Francisco I, que desautorizándole públicamente en Lyon, le mandó arrancar las insignias militares è infamándole picando el escudo de sus armas con entredicho de ponerse jamás en presencia del Rey, dispuso fuese inscrito desde luego entre los plebeyos, con sujecion à todo el rigor de la ley.

REIGN OF HENRY THE SEVENTH
 OF ENGLAND
 BY
 JOHN HALLAM
 ESQ.
 VOL. II.
 LONDON:
 PRINTED BY J. JOHNSON, ST. PAUL'S CHURCH-YARD, 1780.

III.

SITUACION DE ESPAÑA.

A rudísimas pruebas, si no menos terribles por fortuna ya nuevamente venturosas, se hallaban predestinados los hijos esforzados de la inmortal Fuenterrabía.

Desmanteladas en su mayor parte las murallas á causa del continuo combate de cerca de tres años, Carlos V las mandó reparar, reforzándolas en ciertos parages con un muro de catorce piés de ancho, y añadiendo por la parte del Poniente y Mediodía los baluartes denominados de la *Reina*, *Leyva* y el *Cubo de la Magdalena*. Felipe II la agregó un fortín que consagró á San Felipe, su santo patron; y en mil quinientos noventa y ocho se había principiado á establecer un murallón de fábrica menor en

el costado que mira al vecino reino; pero medio arruinado en seguida por las altas mareas, tuvieron que reforzarlo los paisanos con buena estacada.

Tal era el estado de las murallas cuando la invasion de España por el príncipe de Condé á la cabeza de un numeroso ejército, que repentinamente arrojó sobre el Bidasoa el Rey Luis XIII de Francia.

Así que corrió la noticia por nuestros pueblos, fué tal la sorpresa que causó, que todo el mundo creyó despertar de un profundo letargo. Y hasta cierto punto, no sin razon, porque el egoismo siempre halló mucha cabida en el pecho del hombre, y la guerra nos tiene muy interesados, pero perfectamente tranquilos, cuando no es en nuestra patria; lo mismo que al saber hay un incendio y averiguamos que no es en nuestra calle, ni en nuestra casa.

Desde el reinado del Emperador Carlos V puede decirse que gozó la España, dentro de sus límites, de una paz octaviana. Sosteníamos, sí, diferentes guerras, ya en Flandes, ya en Italia, y se hablaba mucho de ellas: nuestros guerreros iban y volvían, y en los salones, en los átrios de las iglesias y en las calles se referían con entusiasmo sus hazañas; pero lo que se llama un ejército invasor, desde el que acau-

dilló Andrés de Fox, señor de Esparros en 1521, ninguno había penetrado en España. En las fronteras de mar y tierra hubo de vez en cuando alguna lucha sin grave consecuencia. Felipe II acometió á Portugal y defendió con las armas la justicia de su causa. El Rey D. Sebastian, jóven en extremo animoso y lleno de noble ambicion por ceñirse el inmortal laurel con que corona á los héroes la guerra, pidió á su tio Felipe II una entrevista en el monasterio de Nuestra Señora de Guadalupe, y en ella consiguió la promesa de que en el año siguiente la España le ayudaria para que acometiese al Africa con cinco mil soldados veteranos y cincuenta galeras: desgraciada promesa y empresa aun mas funesta. El bravo quanto inexperto Rey D. Sebastian, llegado el dia, se embarcó para las costas de Africa con su ejército compuesto de veteranos portugueses, españoles, italianos, alemanes y voluntarios, y llegó cerca de Arcila, donde con incauto ardor no quiso escuchar los prudentes consejos de Mahomet que con sus moros se le unió; ni la esperiencia y sin igual pericia de Francisco de Aldana, enviado con cartas del duque de Alba, y como regalo la celada y armadura con que el César Carlos V entró vencedor en Túnez, exhortándole á que no penetrase en lo interior del Africa.

Mas todo lo disponian unos cuantos portugueses, viles aduladores cortesanos que siempre perdieron excitando sus pasiones á los reyes, y D. Sebastian siguió por tierra, llegando al quinto dia al vado de Mucasen, cerca del paraje donde descarga sus aguas en el rio Luso, en cuya llanura llamada Tremesenal le esperaba el valeroso musulman y moribundo Moluc, llevado en una silla por soldados árabes en el centro de sus cuarenta mil caballos, ocho mil infantes y treinta y cuatro cañones de artillería, formando un semicirculo ó media luna. El combate fué terrible. El valiente Francisco de Aldana cayó atravesado y muerto por la metralla: Moluc montó á caballo, alfanje en mano, y se lanzó á la pelea: pero á los pocos momentos espiraba á causa del esfuerzo temerario, recomendando le sentasen en la litera, y al decir que ocultasen su muerte á los soldados, murió sin poder acabar la frase, poniéndose el dedo sobre las lábios. El Rey D. Sebastian hizo prodigios de valor como capitan y como soldado, al frente del primer escuadron, que era *extranjero*, y peleaba con un valor terrible, acreditado en Flandes, en Italia y otros mundos; pues, segun se lee en la historia, «los portugueses consternados con el miedo de las balas que volaban sobre sus cabezas, se echaron á tierra repenti-

namente.» Desde el primer escuadron hasta el último le condujo D. Sebastian á la pelea, cubierto con su sangre, sin hacer caso que corria por la larga herida que recibió en la cabeza, y la de los enemigos que saltó á borbotones sobre su armadura, al tajo de su espada y estocada cien veces certera. D. Sebastian perdió tres caballos en tan heroica lucha; pero un fatal error hizo que muriese acuchillado como caballero de tan elevadas prendas y envidiable valor. Derribado al suelo el estandarte real y muerto el alférez, comenzaron los nobles á volar en defensa del Rey; mas habiendo visto la bandera de Duarte de Meneses, que era muy semejante á la real, acudieron allí; y mientras creian correr en auxilio de D. Sebastian, este, cercado por los moros, no quiso rendirse y sí perecer en holocausto de los héroes que habian muerto por él.

Las reliquias tristes y melancólicas del destrozado ejército se embarcaron en las costas de Tánger, y los árabes, con sus cautivos, cargados de despojos, entraron victoriosos en Fez.

La sublime desventura del inolvidable Rey D. Sebastian en defensa del cristianismo, me ha impulsado á detenerme para referirla, aunque lijeramente, mas de lo que la severa crítica juzgará que conviene en este lugar.

Durante el mismo reinado de Felipe II no faltaron disturbios en nuestro suelo, si bien no conmovieron profundamente la España. La armada inglesa arribó dos veces á las costas, y por el vergonzoso descuido que es crónico en los españoles, se apoderó de Cádiz. Los moros que quedaron en Granada se rebelaron en 1569 y fueron batidos por D. Garcia Villarroel, Gobernador de Almería; el marqués de los Velez, Gobernador de Murcia; Francisco de Córdoba, enviado expresamente por el Rey; el heroico Mondejar, que en el espacio de un mes peleó ocho veces felizmente y tuvo algunos encuentros adversos por causa de la mala conducta y la insolencia de sus soldados, y otros muchos grandes capitanes entre los cuales permaneció poco tiempo D. Juan de Austria, á quien Felipe II tenía confiado desde un principio el mando, lo que ocasionó más de un disgusto. El primer resultado fué la toma de muchos puntos que ocupaban los moriscos y la muerte del reyazuelo Abenhumeya, al que sucedió Aben-Aboo, quien obtenida la paz que solicitó de D. Juan de Austria volvió á rebelarse, y no queriendo acceder ya á la voluntad de su pueblo que deseaba la tranquilidad, fué abandonado y murió ahogado á manos de su amigo Algeniz. Su cuerpo fué llevado á Granada y quemado, y la

cabeza se colgó en un paraje público, terminando así la guerra de los moriscos de Granada.

La huida de Antonio Perez á Aragon no llegó à mover otra guerra, pero sí alborotó á la gente mal avenida y, como tal, bullanguera.

En el reinado de Felipe III la paz dentro de España fué completa.

Del de Felipe IV turbó la quietud que se gozaba en sus principios, asaltando á Càdiz por segunda vez la armada inglesa; más bien por hacer un vano alarde de despecho en atencion á haber sufrido sèria repulsa el Rey de Inglaterra cuando vino en persona à pedir mujer á la casa de España, que por declararnos la guerra.

Desde esta época la paz fué contínua dentro del territorio, hasta el dia en que el príncipe de Condé rompió por nuestras tierras.

IV.

GUERRA CON FRANCIA.

1635.—1638.

A pesar de los grandes esfuerzos de Su Santidad Urbano VIII, á quien escandalizaba ver que un Cardenal manchase la sagrada púrpura favoreciendo contra nosotros, católicos, á un luterano empedernido como lo fué Gustavo Adolfo, rey de Suecia, juzgando Richelieu las cosas llegadas á situacion conveniente á fin de descargar el golpe que proyectaba, se preparó para declararnos la guerra. Únicamente le faltaba pretesto en qué fundarse, y este le halló en el momento muy propicio. La guarnición española de Lieja verificó una sorpresa contra Tréveris, en la cual murieron algunos franceses, quedando prisioneros los demás, y trasladó

igualmente prisionero á la fortaleza de Ambres al arzobispo Elector. Este suceso motivó la solemne declaracion de guerra hecha en 1635 por Luis XIII de Francia contra España, siendo su primer ministro el cardenal de Richelieu.

Aun cuando más ó menos directamente, hacia ya años que existia la lucha; pero desde el dia en que públicamente se declaró la guerra, principió con grande ardor por todos los puntos en donde tenia España fronteras ó partidos, y hasta el 1638 no atacaron los franceses las de España, habiéndose hasta entónces concretado la pelea en los estados de la Alsacia, á la sazón provincia alemana, á los de Flandes, y de Italia, á la Picardía, y mas tarde, segun voy á referir, por la banda del Pirineo.

En el 1638 continuaba con la misma generalidad é incremento. El Cardenal-infante de España derrotó una y otra vez al príncipe de Orange, y Chatillon lo fué igualmente por el príncipe Tomás de Saboya, quien le hizo fracasar en su tentativa de apoderarse de Saint-Omer. En Borgoña no nos fué próspera la fortuna: asediados por el hambre y los desórdenes que esta acarrea, Longueville d'Artois y otros famosos capitanes se enseñorearon en general de toda la tierra, viéndose reducidos los españoles á sostener las cuatro plazas mas impor-

tantes de Besanzon, Gray, Salnis y Dôle, la que fué sitiada por el mismo príncipe de Condé al frente de veinte y seis mil hombres, y contra cuya ciudad se estrenó el mortal artificio de las bombas; de las que dice Girardot de Noseroy, testigo presencial: «Una de las primeras que cayó en la calle de Arans tardó en reventar, y las personas demasiado atrevidas que se acercaron, fueron al instante hechas pedazos. Al momento se las veía como pájaros negros volando por el aire. Horribles estragos hicieron aquellos rayos en todas partes.» El duque de Weimar se apoderó de la Alsacia por completo, punto por punto, sin dejar en ninguno de ellos en pie nuestra bandera imperial, despues de haber derrotado y muerto en la batalla de Rinfelt á Juan de Wert, su competidor.

Tras una expedicion infructuosa que hicieron los nuestros contra el Languedoc, llegó el príncipe de Condé á la Península por Behovia con su poderoso ejército, saliendo al encuentro el coronel D. Diego de Isasi, al verle marchar sobre Irun en los dos puestos mas peligrosos y paso indispensable para los enemigos, como eran Behovia y el Hospital viejo, donde se mantuvo con gran valor y denuedo hasta que, no siendo humanamente posible resistir á tan poderosas huestes, se retiró con los suyos detrás

del Urumea; pudiendo decir Isasi como el Centurion de Julio César, Marco Scena, al retirarse vadeando el rio herido en la cabeza y en el muslo y atravesado el escudo por ciento veinte flechas:

«Perdona, César, que perdí las armas.»

Posesionados los franceses de Irun, el Hospital, Higuer y Pasages, sitiaron á Fuenterrabia: en tanto que el arzobispo de Burdeos establecia el bloqueo por mar acometiendo y quemando una escuadra española que venia á introducir socorros en la plaza; pero poco despues hubo de retirarse, echado á viva fuerza por el almirante de Castilla.

En toda España produjeron inmensa sensacion estos sucesos; pues el principe de Condé, además de alcanzar la mas alta reputacion de guerrero esforzado, se hallaba positivamente con un ejército fuertísimo y valeroso dentro de nuestros Estados. Veíase con justísima razon para estar alarmados, que comunicándose con Francia por los Pirineos, su posicion era formidable; pudiendo recibir sin obstáculo refuerzos y caudales, sobre todo siendo el general tan estimado del Rey, y lo que era aun mucho más, del cardenal de Richelieu. Discurriase tambien, y no en vano, que el principe de Condé no podia haber sido enviado á España sino con

el plan maduramente concertado de llevar á cabo una grande expedicion para aumentar con sus armas el territorio de Francia, que tal vez un dia llegaria á gobernar por hallarse muy cercano del trono, y en atencion á que el Rey Luis XIII no tenia sucesion, ni su hermano hijo varon, que como en aquel reino existia la ley sálica, es lo mismo. Así es, que no se hablaba mas que de la guerra en mentideros y paseos, y por todas partes se veian corrillos leyendo papeletas, discutiendo acaloradamente las noticias, ya negándolas, ya dándolas crédito, no por prudentes razones, sino por lo apasionado de los ánimos; pesimistas los unos, fanfarrones los otros; comiéndose desde Madrid la Francia entera y sus ejércitos. Estos á su vez, divulgando que traian mas de treinta mil infantes, seis mil caballos, muy gruesa armada, y que les seguian de cerca grandes refuerzos, por tener orden el de Condé de internarse en España, atemorizaban á los pueblos, olvidados completamente de lo que era una guerra, lo cual alborozaba á los franceses, gente baladrona y fastnosa en el arreo de sus personas.

En la corte no fué menor el cuidado, porque sin ilusiones se vió claramente el peligro; y felizmente, al revés que entre el vulgo, se habló poco y obró mucho.

Prudente el Rey de España, D. Felipe IV, convocó el Consejo en pleno, que se llamaba de Guerra y Estado, é inmediatamente se reunió en el gabinete de D. Gaspar de Guzman. El acuerdo fué unánime, resolviendo lo mas acertado; bien sea por el justo temor que todos abrigaban, ó por la grande autoridad del ministro favorito Conde-Duque de Olivares.

Por un decreto del Rey se mandó que cuantos hombres de guerra se hallasen en España y hubiesen gozado sueldo del Estado, marchasen sin demora á Guipúzcoa, bajo pena capital como rebeldes los que no obedecieren, abonándose en Madrid dos meses de paga á todos los veteranos que volviesen á sentar plaza.

A los pocos dias salieron con toda diligencia sobre quinientos veteranos, los mas de ellos jefes de marina, tenientes coroneles, capitanes, otros oficiales subalternos desde mucho tiempo en la corte *«por el atraso de sus pretensiones causado de la avaricia de los pajes y de varias trampas de los Ministros, á cuyo achaque está expuesta la máquina de un agigantado imperio.»* (Moret, Empeños del valor, &c.)

El primero que se inscribió fué el Conde-Duque de Olivares, el cual presentó un memorial en que suplicaba encarecidamente se le permitiese ir á Fuenterrabía. El vulgo que mur-

mura de todo, dijo que lo hacia por estar seguro de que no se le concederia; y así fué, en verdad, porque consultado separadamente el Consejo sobre esto, se le respondió de parte del Rey: «*Que mas queria tener su direccion en la corte, que en Fuente-Rabia sus manos.*»

Correspondia el mando de Guipúzcoa á Don Juan Alfonso Enrico Cabrera, Almirante de Castilla, porque aun cuando solia estar sújeta á los vireyes de Navarra, era en el caso de que no hubiese capitan general de Castilla la Vieja, y años ántes lo estaba nombrado en propiedad Don Enrico.

En tal concepto, se le mandó disponer su viaje para Guipúzcoa á reunir allí un ejército con las tropas que de diversos reinos acudirian, y que á los grandes y nobles voluntarios, que en mucho número se disponian á acompañarle, los alistase por compañías y banderas distintas, para que sirviesen de provecho en lugar de embarazo.

Recibidas sus instrucciones y las órdenes del Rey, partió el Almirante á las operaciones de la guerra el dia catorce de Julio, seguido de varios grandes, entre los cuales iba el Duque de Alburquerque á echar los cimientos, bajo el magisterio del Almirante su tío, de aquella milicia que tan esclarecida fué despues.

Para en el caso de que el Maestre de Campo D. Cristóbal Mexia, á quien se le habia conferido el cargo de la defensa de Fuenterrabia, sitiada desde el primero de Julio, no hubiera tomado posesion, se nombró para que le reemplazase al de igual clase, D. Miguel Perez de Egea, que habia alcanzado tan esclarecida opinion sobre su pericia militar, disponiendo las fortificaciones de las islas de San Honorato y Santa Margarita, en el golfo de Lyon, cerca de las costas de Francia, que tomó con una escuadra de veinte y dos velas en 1636 el marquès de Santa Cruz.

A D. Lope de Hoces se le mandó que aparaase la escuadra de doce navíos de linea que tenia en la Coruña, embarcando en ella el tercio de irlandeses que alli estaba, é hiciese rumbo á Guipúzcoa con el fin de introducir refuerzos y víveres á los sitiados.

Al conde Gerónimo Roo, Maestre de Campo que se hallaba en Cataluña, se le dió orden para que con la mayor prontitud reuniese el regimiento de Guzman, otro que mandaba el conde de Aguilar, trescientos hombres del tercio italiano del Maestre de Campo Moleso, y cuatro escuadrones de caballería.

Al virey de Cataluña, conde de Santa Coloma, que levantase mas levas de las milicias de

aquel Principado y las reuniese con las demás tropas, para que guarneciesen la frontera y el enemigo no le atacase por aquel costado viéndole desamparado.

A D. Antonio Oquendo, que con una gruesa flota protegía á Mahon, se le mandó que, dejando en la guarnicion de las costas de Italia los navios, y cinco más de la armada de Nápoles, dirigiéndose los restantes al estrecho de Gibraltar, se hiciese á la vela con prontitud para la costa de Cantábria, embarcando al paso por Cartagena trescientos soldados y el tren de artillería, y en Cádiz cuanta tropa hubiese quedado del regimiento de D. Gaspar Carvajal.

Se escribió á D. Diego de Isasi, coronel de los guipuzcoanos, que se hallaba en Hernani, donde se habia replegado con los de Irun despues de su heroica resistencia contra la invasion del ejército del príncipe de Condé, que tal determinacion habia parecido muy del caso, y se diese prisa á fortificarse, esperando animoso al ejército que se disponia, y que en el interin incomodase al enemigo todo lo posible, peleando á manera de ladrones (1), escondiéndose en

(1) Decíase en aquel tiempo *pelear al modo de los ladrones*, á lo que hoy se llama *batir el campo á la campaña*.

las selvas vecinas para matar á cuantos incautos salieren á hacer forraje; que apenas llegasen las tropas suficientes procurase recobrar el puerto de Pasages, tan necesario á la armada enemiga por su muelle y situacion, y que á los veteranos que hubiesen llegado de Madrid los fuese repartiendo por compañías entre los guipuzcoanos, para que con su buen ejemplo aprendiesen y se animasen los nuevos soldados.

A D. Alonso Idiaquez, que con los navios que le hubiesen quedado y los que en aquellas costas se pudiesen disponer fatigase al enemigo, y con chalupas introdujese socorros y bastimentos á los sitiados hasta que Hoces trajese mas fuerzas.

A D. Sebastian Granero, que con título de teniente general mandaba la artillería y se hallaba en Pamplona, se le ordenó trasladarse á Hernani y asistir con sus consejos á Isasi.

El mando de la caballería se le dió al marqués de las Navas, con título de Gobernador, porque este empleo pertenecía á Guzman, como general de la caballería española.

Para la intendencia militar, acopio y adquisicion de provisiones, fué destinado D. Fermin de Marichalar, oidor del Supremo Consejo de Navarra. Al de Aragon, se le insinuó que convenia diese licencia á los partidos de su reino

para que extrajesen trigo; y á todas las ciudades de España se les permitió que privadamente levantasen tropas con que entrar en campaña.

Las fábricas de armas de las ciudades de Guipúzcoa fueron custodiadas con fuerte guarnicion, y especialmente las de Tolosa y Placencia, por ser en aquel tiempo las mas célebres por su inmejorable fabricacion.

De Flandes se trajeron las galeras de Dunquerque, por ser mas á propósito por su lijereza y calado para entrar por el Bidasoa, que en algunos puntos apenas tiene siete codos de profundidad en las altas mareas y uno y medio en las bajas ó reflujo, y mas fácilmente abituallar la plaza; mandándose al propio tiempo fortificar convenientemente el puerto de Santander por no haber otro mas capaz de recibir navios, ni bahía mas segura en toda la costa de Cantabria.

Al marqués de los Velez se le escribió que en los confines de Navarra, lindantes con Guipúzcoa, levantase grandes levas y encaminase á esta última provincia todas las tropas, porque en ninguna parte se podían disponer socorros con mayor comodidad y presteza que en Navarra.

Astutos los franceses, habian previsto muchísimo antes el caso; y desde el dia en que el

príncipe de Condé principió con Fuenterrabia, aproximó á Navarra, para que ocupase los límites de aquel reino, una fuerte division de infantería sostenida por excelente caballería, con el objeto de que le facilitase la libertad de sus operaciones y órden de entrar por las tierras de dicho reino á sangre y fuego al mas mínimo intento de acudir en socorro de la plaza sitiada.

El de los Velez contestó al Rey, que en ello procedería con mucha circunspeccion, porque era imprudente dejar á discrecion del enemigo su propio país por acudir al ageno; y que las fuerzas que habia allegado no eran suficientes para atender á ambas necesidades, á causa principalmente de tan cortísimo tiempo.

Felipe IV y su Consejo obraron en esta ocasion con prontitud, inteligencia y acierto; pero no se ejecutaron sus disposiciones con la misma energia, y sí con el atolondramiento que siempre atrasa mas de lo que avanza; *fuera de aquella acostumbrada pausa en las cosas de España*, sin embargo de no faltar á los españoles ánimo y ardor, fortaleza en las determinaciones y agilidad en el cuerpo.

V.

LAS ÁGUILAS.

1638.

Lejos de mí toda superstición fundada en los efectos que muchas veces ignoramos, aunque pertenecen al orden de cosas de la vida y de la naturaleza: legado que heredamos de los tiempos paganos y que mostró su falsedad evidente á nuestros ojos la verdadera luz del Evangelio.

Creo en la profecía y rechazo el augurio.

Refiriéndonos Plinio los prodigios del mes de Julio del año 505 de la fundacion de Roma, nos cuenta la feroz pelea de dos cuervos, que duró varios dias, y dejó altamente preocupado y triste á todo el pueblo.

Débiles mas bien que por esencia, por no preocuparnos suficientemente en fortalecer nues-

tro espíritu con la fe que ciegamente debemos tener en los inescrutables designios del Señor, las gentes que habitaban en las cercanías del campo de Lumbier, distante veinte millas de Pamplona, igualmente se entregaron á interpretar los pronósticos de una lucha parecida al ir á principiar la guerra contra Francia; y corriendo el augurio por valles y collados, la Península ibérica se conmovió.

Dos águilas reales de extraordinaria corpulencia aparecieron en los aires sobre el campo indicado, riñendo una pelea, con tan tenaz porfía, que principiaba á la aurora y terminaba al caer de la tarde envuelta ya entre las sombras de la noche oscura, viniendo exactas al combate en el momento preciso cada día. La una regresaba á su guarida y volvía al horizonte del campo de Lumbier, por aquella parte de Francia que se halla al oriente pasado el Pirineo: la otra retirándose por el lado occidental al interior de España, donde tenía su nido; y remontando el espacio al despuntar el alba, se lanzaba rápidamente al encuentro de su competidora con denodado empeño.

Tres días duró tan encarnizada lucha, que presenciaron las gentes de las aldeas y villas fronterizas, siguiendo atónitas desde el amanecer con la vista fija en la cóncava atmósfera de

un cielo de verano puro y azulado, el vuelo circular y fiero encuentro de las reinas de las aves, que al sangriento golpe de la garra aguda y acerado pico, bajaban cada vez más, à fuerza de terribles aletazos hasta llegar próximas al suelo: y cual si despreciaran tan misero palenque, separándose con igual altivez, volvian potentes à remontar hasta los cielos. Al fin cayeron muertas, rojas con la sangre y despedazadas las entrañas y las plumas, pero agarradas con las uñas hincadas en la carne, y por el cuello sujetas con el pico.

Llevadas à Pamplona à casa de Carlos de Lizarazu, y luego remitidas à Madrid con testimonio auténtico, causó en la Côte y en la villa profunda sensacion este suceso.

Tres dias duró el combate de las águilas.

La guerra de treinta años, tuvo principio en el mismo reinado de Felipe IV.

Muchas fueron las causas que la produjeron; pero entre ellas las hubo precisamente especiales para la repentina expedicion del príncipe de Condé contra Fuenterrabia.

¿De parte de quién, entre ambos poderosos soberanos, estuvo la razon? La historia lo decidirá. Yo me concreto à referir los hechos que dieron lugar en 1638 à tan famoso sitio, y à los muy levantados y gloriosos que lleva-

ron á cabo guerreros tan esforzados, para que con ellos se envanezcan noblemente y no los olviden los que tengan la dicha de llevar su preclaro nombre, si han de llamarse descendientes de sus hijos.

«Mais la postérité d'Alfane (1) et de Bayard, (2)
Quand ce n'est qu'une rosse, est vendue au hasard,
Sans respect des aïeux dont elle est descendue,
Et va porter la malle, ou tirer la charrue.»

El pretender inquirir en el presente diminuto estudio de un grande episodio los motivos del rompimiento entre ambos reyes de España y de Francia; si vencido uno de ellos, me parece odioso; si vencedor el otro, justo es dejar á su cronista que ensalce su victoria: yo canto únicamente lo que el pueblo vascongado le llevó sobre sus hombros.

En el interin España y Francia se atuvieron á desembarazar cada una sus naturales límites del pesado yugo que las oprimia, vivieron contentas y la paz se mantuvo; pero luego que la una logró la expulsion de los moros y la otra la de los ingleses, cesando la zozobra, los ojos se tornaron á ver lo que pasaba en los domi-

(1) Caballero del rey Gradaso, en el Ariosto.

(2) Caballo de los cuatro hijos Aimon.

nios extraños; y si en uno se levantaba la cabeza más de lo que convenia, fundado en la prosperidad de sus estados y en la esperanza que de la misma le sonreia, tambien se prestaba fácilmente para que al fin le dominara la codicia; en el otro, el pesar de la felicidad agena, que vulgarmente llamamos *envidia*, suscitaba el recelo de si se contentaria buenamente con sus mejoras, ó aun no satisfecho pretenderia aumentar su holgura con perjuicio de las naciones extranjeras. Así fué que se movieron guerras sobre los dominios de Italia; la antigua amistad se trocó en aborrecimiento, y aunque se buscó la paz con recíprocos matrimonios, «no se sacó de ellos otro fruto sino el «acreditar con nuevos testimonios cuán flojo «es entre los reyes el lazo del parentesco.»

El enojo no se apaga, queda encubierto; y el viento mas ligero, con mayor fuerza levanta un incendio en el momento.

La controversia que se suscitó sobre establecer ó excluir del Señorío de Mantua al duque de Nevers, turbó con grande alteracion de Europa los pacíficos principios de Felipe IV, rey de España y Luis XIII de Francia; y la guerra que se siguió con grandes pérdidas por una y otra parte durante muchos años, no fué mas que el preludio ó el ensayo de sus fuer-

zas; pues aunque se convino la paz y al parecer se aquietaron los ánimos, como á nadie inspiraba confianza ni se creía duradera, en lugar de ser la dejación de las armas, fué una tregua para limpiarlas bien, sacarlas el filo, y ajustándose el arnés volver nuevamente á la pelea.

El francés, por carácter y naturaleza, es fogoso en extremo, valiente y arrojado, y por lo tanto, inclinado á la guerra: si no tiene enemigo, lo busca apasionándose de una idea siempre caballeresca; y como de tales condiciones nacen mas bien los sentimientos novelescos que prácticos, se lanza el primero, estoque en mano, y muy frecuentemente sale con una buena cuchillada en la cabeza. Su situación territorial tambien entra por mucho; porque lindante por todas partes con poderosas naciones, como son, al Oriente con la Italia; al Setentrion con la Alemania, y, aunque separada por un estrecho de mar, la Inglaterra; y por el Occidente con España, es difícil vivir largos años en buena armonia con tantos vecinos de carácter muy distinto.

En la época á que me refiero, ejercia grande influencia sobre la belicosa inclinacion de la gente francesa, la predileccion del Rey por el cardenal Armando de Plesis, duque de Richelieu, su favorito, más inclinado á las armas que

á la púrpura sagrada y á la iglesia; el cual, habiendo tomado como general en jefe el mando de las tropas, llegó á ser del gobierno de Luis XIII el ministro supremo de Estado y de la Guerra.

En España tenía idéntico predominio sobre Felipe IV D. Gaspar de Guzman, conde-duque de Olivares, quien con igual felicidad por su privanza, habia llegado tambien á los mismos altos honores.

De manera, que siendo Luis XIII un soberano de principios pacíficos y Felipe IV hombre ilustrado, y como tal, prefiriendo á todo las buenas letras y las bellas artes; por ser esclavos de sus respectivos favoritos, aunque oprimido el noble corazon de sentimiento, se vieron forzados para que tan dignos señores alcanzasen gran renombre en la historia, á permitir que se degollaran dos heróicos pueblos.

La ruina y la sangre corría presurosa por doquier en toda la Alemania. El luterano Gustavo Adolfo, Rey de Suecia, pasando el Báltico protegido por el cardenal de Richelieu, y á instancia de muchos príncipes alemanes á quienes pesaba demasiado el dominio austriaco de tan largo tiempo, se lanzó fiero al combate hasta morir dos años despues en la famosa batalla de Lutzen, cuya muerte fué celebrada por sus

mismos aliados; porque viéndole ya poderoso con tan feliz suma de triunfos, concibieron miedo de haber cambiado de Señor, pero no de dueño: vivo Gustavo Adolfo, todas las provincias eran suyas: muerto, el botin se repartiría entre todos; y si no era mas noble, les parecia mucho mejor en su provecho.

Richelieu que en un principio se complacia con las victorias del difunto Rey de Suecia, cuando le vió crecer tanto, se mostró receloso; y apenas murió, fijó toda su atención en persuadir á los príncipes alemanes de lo peligrosa que era una liga con los austriacos; y cuánto mas estaba en su interés el hacer alianza con el príncipe de Tróveris, elector del Imperio y vecino de entrambos....!

La liga con el príncipe consagrado y Elector, se consumó.

En este momento fué cuando el Emperador, habiendo escrito la noticia á Fernando de Austria, cardenal-infante de España, que gobernaba los Estados de Flandes en nombre de su hermano D. Felipe IV, su alteza eminentísima mandó al conde de Embden, gobernador de Luxemburgo, que tuviese mucho cuidado por aquella parte; y este, entresacando un esforzado escuadron de los españoles que tenia en Lieja, lo lanzó embarcado río abajo por el Mosela sobre

Tréveris, seuchilló á le guarnicion y se trajo preso al príncipe-arzobispo y Elector.

La guerra entre España y Francia, como era natural, estalló en el acto.

Era el año de mil seiscientos treinta y cinco.

Próximo ya el mil seiscientos treinta y ocho, viendo Richelieu cuán sin fruto peleaba en Flandes, en Italia y aun en tierra de la provincia de Labort, donde tomamos Urruña, Hendaia, Ciburu, San Juan de Luz y Socoa, saliéndole siempre al encuentro nuestros famosísimos Maestres de Campo y valientes capitanes con los temibles tercios españoles, concibió el designio de invadir á España, exaltada su imaginacion con la esperanza de alcanzar la mas señalada victoria, en atención al gran crédito que daba á los espías que en crecido número y con mayores dispendios sostenia en todas las córtes de Europa.

Persuadido por sus agentes en Madrid de que aquella antigua España tan formidable en los tiempos pasados, famosa por sus armas y hombres insignes, estaba ya demudada, corrompida, afeminada con los deleites que la proporcionaba el oro de América, y extinguida la fortaleza de sus viejos soldados veteranos, en apoyó de lo cual venia la ligereza ó la astucia de mal género del conde-duque de Olivares, publicando

sin mesura las necesidades del reino; excediéndose hasta manifestar por bandos la pobreza del Erario para atenuar el general disgusto de tanta leva de gentes y tantas contribuciones en dinero; y viendo, loco de gozo, la gran sublevación que estalló en Ébora de Portugal á principios de 1638, la cual llamaria hácia aquella parte nuestro ejército, mandó por decreto de 16 de Marzo que se reuniesen en Burdeos las tropas y el tren de guerra necesario para la expedición que contra nosotros proyectaba, y confirmó el mando al príncipe de Condé, señor poderoso en Francia por sus muchas riquezas, enlaces de parentesco, y sobre todo, príncipe de la sangre.

Los altos personajes designados para formar parte del ejército bajo sus órdenes, fueron el duque de Epemon, gobernador de la Aquitania, y su hijo el duque de La Valette; el conde de Scomberg, gobernador de la Galia Narbonense; el conde de Agramont, gobernador de la baja Navarra y de la provincia de Bearné, y á cuantos magistrados de guerra y paz habia en aquellas provincias: fué nombrado general de la armada que se mandó aparejar en las costas de Aquitania, Monseñor Enrique Sourdis, arzobispo de Burdeos; y en los pueblos fronterizos, incluso Bayona, para alejar toda sospecha,

no se conservó mas guarnicion que la acostumbrada.

En la primavera principió á correr la voz por nuestros pueblos de Guipúzcoa y de Navarra de los aprestos de guerra de la Francia, y de dia en dia fueron tomando consistencia, hasta juzgarse indispensable dar conocimiento á la Côte para que determinara.

Rióse el conde-duque de Olivares al recibir esta noticia, y se burló del miedo que los pueblos fronterizos demostraban; porque, ¿cómo querian que teniendo la Francia tres ejércitos en Flandes y otro gruesísimo en Italia pudiera conservar tropas suficientes que lanzar contra España?... El marqués de los Velez le escribió tambien que la noticia era positiva, por tenerla del Maestro de Campo general, D. Martin de Redin, que guardaba la frontera y observaba los movimientos del enemigo. El Conde-Duque contestó que se alegraria le dijese Redin en dónde habia visto tales ejércitos; y este escribió al de los Velez: «que si Olivares no estuviera tan lejos, él se los mostraria con el dedo.» Pero era tal la tenacidad del Conde-Duque, verdadera ó ficticia, que aun despues de haber recibido un paquete de diez y ocho cartas, atadas todas juntas, que exprofeso le envió el de los Velez en el mismo dia que fueron en su

poder, escritas por los espías, contestó el de Olivares que extrañaba su afliccion y temor tan sin motivo: y ya hacia tres dias que estaba sitiada Fuenterrabía!....

¡Buena manera de servir al Rey y velar por la seguridad de la patria! Pero digna de los ministros que solo se ocupan de conservar el favoritismo.

Felizmente para España, y la única razon porque esta sigue conservando, *hasta cierto punto*, sus naturales límites, lo debe á la energia y al valor indomable de su pueblo, *nunca*, pudiera decir en absoluto, á la sensatez, abnegacion, inteligencia y verdadero patriotismo de sus gobiernos, quienes abusando *siempre* del respeto que constantemente tuvieron los españoles por sus reyes, veneracion que *hasta el dia* contribuyó á salvarles uniéndoles en un solo principio, REY y RELIGION, los adormecian con ilusiones engañosas para perpetuarse en el favor. Así penetró en España el extranjero en 1638 como en 1808: y en 1868 ocurrió lo que era lógico que sucediera, y sucedió: que Dios tambien castiga á los Reyes cuando se dejan llevar de pérfidos halagos y no miran que sus pueblos arrastran una existencia mísera en la humillacion.

Felipe IV obró con suma prudencia como re-

fiero al final del capítulo precedente, oyendo al consejo de Guerra y Estado; y en tal concepto la Nación española respondió dignamente.

Desde fines de Mayo, D. Fermin de Andueza, que al frente de una moderada guarnicion ocupaba las Cinco Villas, avisó al marqués de los Velez que los franceses emprendian ya la guerra á cara descubierta y llegarían en breve; habiendo señalado el principe de Condé desde Burdeos la ciudad de Dax para cuartel general, donde tenia doce mil infantes sobre las armas y quinientos caballos; asegurándose que en pocos dias llegarían al número de veintiseis mil hombres los de infantería y dos mil los de caballeria; que la plebe se alistaba, y que la nobleza de la Guiena habia ofrecido al Rey ciento cincuenta mil ducados para gastos de guerra y servir en la milicia por espacio de tres meses á su propia costa.

Don Baltasar de Rada, gobernador del fuerte de Maya, dió aviso á Pamplona que el conde de Agramont habia entrado el veintiuno de Junio en los confines del reino y villa de San Juan del Pié del Puerto, sita en la falda del Pirineo, encaminándose al mismo lugar un hijo suyo coronel, con veinte compañías; que otro coronel, hijo del principe de Condé, con otras tantas, marchaba sobre Hendaya, y el princi-

pe, general en jefe, habia llegado á Bayona la vispera de San Juan, como igualmente veinticinco piezas de artilleria traídas por mar.

Estas noticias causaron en Pamplona grande emocion, porque no habia en la ciudad para protegerla mas que tres estandartes de veteranos y uno en el castillo, y solamente el Fuerte de Burguete, junto á Roncesvalles en el Pirineo, podia entretener algo al enemigo, pero aun este se hallaba falto de tropas, suficientes víveres, municiones y pertrechos; y como era consiguiente, al primer ataque se rendiria la guarnicion, que además era bisoña, y como tal, falta de experiencia y de denuedo.

El marqués de los Velez, con una actividad digna de elogio, mandó que todos los pamploñeses en estado por su edad de cojer las armas, militasen bajo los estandartes que repartió por barrios: dióse vacaciones á todos, y se ordenó que se cerrasen las tiendas, los Tribunales y aun el del Mercado. Hombres, mujeres y niños rivalizando en ardor y patriotismo, acudieron á reparar las murallas, que bien lo necesitaban, por ser de terraplen y no de piedra las que por ambos lados las reunia al castillo; se hizo acopio de víveres; los nobles salieron á las cabezas de merindad para levantar soldados, y D. Martin de Redin, gran prior de

la Orden de Caballeros de Malta en el reino de Navarra, Maestre de Campo general, varon insigne en el arte militar, tomando un estandarte de veteranos y dos piezas de artillería, acudió á toda priesa á Roncesvalles para reforzar el castillo de Burguete, por donde se juzgaba que entraria el invasor.

Viendo Redin que en la fortaleza no habia tropa alguna con que hacer frente al príncipe de Condé y temiendo que las dos piezas de artillería pudieran caer por lo tanto en su poder, las devolvió en seguida á Pamplena, contra cuyas murallas calculaba que antes de tres días se lanzaria el ejército francés. Valeroso y activo, levantó el paisanage de aquellos valles comarcanos; con unos guarneció el castillo, con otros los pases, y especialmente las selvas, oscuras por la disforme magnitud de las ayas que las pueblan, sobre todo en Val-Carlos, que así se llama desde que los vascones rechazaron allí á Cárlo Magno, matándole la nobleza de Francia. Dispuso Redin que se cortasen muchos árboles corpulentos, se tendiesen atravesados en los desfiladeros que caen bajo las cordilleras, echando encima grandes peñascos y escavar profundos fosos que defendiesen el camino; levantando de este modo hasta la naturaleza, á falta de soldados, contra el enemigo. En algu-

nos parajes elevados puso de vigia a los paisanos, persuadiéndoles antes de que semejantes encubiertas habian sido siempre de feliz éxito para los navarros.

Astuto como un hombre que conoce prácticamente lo que influyen muchas veces los ardides en achaque de guerras, dispuso que seis de los soldados de una compañía veterana, que le llegaba de Pamplona, vistiesen con trajes de capitanes, haciéndoles pasar varias veces con premeditados rodeos por delante de unos comerciantes franceses que se dirigian á su patria, y con los que habia trabado conversacion con objeto de enseñarles las asperezas del camino y sus fuertes posiciones, para que juzgándole en ventajosa situacion de resistencia, lo contasen en Francia.

Segun he leído en escritos de aquel tiempo, parece ser que en la fisonomía de Redin y en sus frases al razonar con los comerciantes franceses, se notaba tanta satisfaccion y tal alegría, que nadie hubiera sospechado hasta qué punto era comprometida su situacion, ni la profunda pena que á tan bizarro corazon entristecia. Mas en aquellos momentos se juntaba en Pamplona gran número de tropas y paisanos que acudian por todas partes, organizándose militarmente, los unos para custodiar el palacio, las

murallas y el castillo viejo, los otros para marchar á las órdenes de D. Juan y D. Baltasar de Rada, de D. Andrés Marin y D. Francisco Ibero, á ocupar los fuertes de Maya y de Burguete, las Cinco Villas y valle del Baztan; y los más prácticos montañeses, elegidos por su especial audacia y valor congénito entre los habitantes de Baztan y Vetiserrana, para guardar las gargantas del Pirineo.

Como evidentemente se esperaba de un momento á otro, salieron los franceses de San Juan del Pié del Puerto con muchos exploradores, grueso escuadron y gran número de arcabuceros para penetrar por Roncesvalles; pero allí se hallaba el esforzado D. Martin de Redin, quien los recibió con tan nutrida descarga, que á su voz de «fuego» retumbando con el eco de las montañas como el trueno, hicieron sus gentes ocultas en la selva, que repentinamente, considerándose sin remedio derrotado, mudó de marcha el ejército enemigo, dirigiéndose al campo de Labort hácia la Guipúzcoa, dejando sembrado el terreno de muertos y heridos.

Loor á los de Redin, que al defender la patria y sus hogares, tambien pudieron cantar:

*Mala la hubiste, francés,
En esta de Roncesvalles (1).*

Ya porque el intento les salió frustrado, bien porque la Francia, según lo acreditó la experiencia, amagaba con grande aparato á un costado para llevar á otro punto el centro de la guerra, dejó libre la Navarra.

Y pudiera saber que á los españoles sin su *perpétuo cáncer* de la guerra civil, con un centenar de hombres les bastan y sobran para defender como buenos sus montañas: que tal lo probó al año siguiente de 1639 el heroismo de D. Baltasar de Rada al frente de doscientos veteranos y cuatrocientos baztanenses, al llegar el grueso del ejército francés sobre Navarra y Guipúzcoa, y lanzando contra el castillo de Maya ocho mil infantes y quinientos caballos, que destrozó el valeroso D. Baltasar, retrocediendo el príncipe de Condé por sus tierras sobre Perpiñán donde trasladó las operaciones, que tan fatal resultado nos dieron en 1640, combinándose la sublevación de Cataluña y la guerra civil con la extranjera !....

(1) El día 22 de Abril del año 801, D. Alfonso II, el Casto, Rey de Castilla, derrotó al ejército francés en Roncesvalles, mandado por Cárlo Magno; y murió en tan célebre batalla el famoso Roldan, sobrino del belicoso Monarca de los galos.

VI.

SITIO DE FUENTERRABIA (1).

El día primero de Julio de mil seiscientos treinta y ocho, de infausta memoria, que siempre es funesta la data en que el extranjero hue-lla osado los campos que constituyen el regazo

(1) Estos apuntes históricos se hallan conformes con el diario de operaciones y las actas del Ayuntamiento de Fuenterrabia de 1638, firmadas por su primer Alcalde D. Diego de Burron y demás individuos de la municipalidad, cuyos documentos perfectamente conservados y encuadernados en pergamino, se encuentran en el Archivo de la ciudad.

El Sr. Alcalde, D. Gracian Alejandro de Arñez, con afabilidad digna de la alta distincion con que sostiene su elevado cargo, puso á mi disposicion espontáneamente todos los papeles concernientes á la época del sitio; y el ilustradísimo Sr. Vicario, D. José Joaquin Ollo, me guió con su claro entendimiento y mucho saber, á fin de que mas fácilmente hallara cuanto mi ardiente curiosidad ambicionaba.

de la madre patria, aun cuando la victoria ciña inmediatamente despues con laurel inmortal las sienes de sus hijos que como buenos lavan con sangre generosa tan impura mancha, se vieron coronadas las cimas de los montes de Hendaya, al despuntar la aurora, con la nieve de los blancos estandartes que guiaban contra los muros de Fuenterrabia á los soldados de Francia.

A medida que el sol con sus candentes rayos iba penetrando luminoso por los senderos y enramadas de aquella estremidad del Pirineo que baña sus piés en la mar, tendiéndose insensiblemente en cuevas suaves y colinas hasta las aguas azuladas, las huestes del príncipe de Condé á bandera desplegada, batiendo atambores y sonando pifanos los de infantería, trompetas y atabales los regimientos de á caballo, se lanzaron sobre el Bidasoa, que por aquella parte son los límites de España.

En un alto fronterizo, con dos mil guipuzcoanos, esperaban á los franceses D. Diego de Isasi Sarmiento, coronel de esta provincia, y el corregidor D. Juan Chacon, atrincherados por algunos sitios en que el terreno lo permitia, y guardando á sus espaldas la selva para protegerles en la retirada; porque reconocidamente la posicion era desventajosa, y el corto contingente de hombres de combate que tenian bajo su

mando, insuficiente para contener el ímpetu de tropas tan numerosas.

Aprovechando las circunstancias favorables á la situación en que estaba el general francés, colocó la artillería de manera que, dejando descubiertos á los españoles, los desalojara sin defensa posible contra el fuego tenaz de los cañones.

Observando Isasi que la caballería avanzaba para apoderarse de los vados, corrió con su compañía guipuzcoana á disputarles el paso; y aun cuando esto no era posible á tan escasos combatientes por la distancia que los separa, necesitándose para ello un ejército entero, como lo hizo constar D. Vespasiano Gonzaga, virrey de Navarra, enviado expresamente por Felipe II, hizo Isasi prodigios de valor, según anteriormente queda anotado, y se retiró á Hernani teniendo siempre á respeto cinco cuerpos numerosos de tropas á caballo, hasta que pasó el Urumea, á pesar de verse sin cesar ametrallados por la artillería.

En el mismo día se apoderaron los franceses de Irun; en el siguiente de Oyárzun, Lezo y Rentería, y el día tres de Julio del puerto de Pasages, donde hallaron muchas armas dispuestas para embarcarse; é igualmente apresaron cuatro navíos amarrados al muelle, dejados por

D. Alfonso Idiaquez. Acto continuo fueron sobre San Sebastian, y aunque causaron gran pavor en las mujeres y niños, que abandonaron la ciudad con los ancianos inútiles para empuñar las armas, la gente moza y la entrada en años acudió valerosa á defender las murallas.

El corregidor D. Juan Chacon, compañero de Isasi, entró en San Sebastian, mandó cortar los puentes, y el francés se alejó poco satisfecho de su prudente retirada.

Dueño y señor el príncipe de Condé de aquellos campos desde el Bidasoa al Urumea, fortificó con brava guarnicion Pasages, y trasportó la artillería y pertrechos en torno á Fuenterrabía, punto principal é indispensable como base del éxito feliz de aquella guerra.

Inmediatamente mandó que tres mil infantes, sostenidos por toda la caballería, atacasen el castillo de Higuer, que defendia con dos cañones un capitan y únicamente diez hombres de su compañía.

Tan misera guarnicion, al ver la feroz acometida, consideró inútil ensayar la resistencia, y tirando las armas al foso se echaron á la mar y á nado llegaron á Fuenterrabía; en lo que efectuaron, mirado imparcialmente, mas bien un rasgo de valor que un acto de cobardía, si tal vez pudiera aplicárseles, metiéndose á escu-

drinar conciencia ajena, lo que de otros muy parecidos dijo en La Araucana D. Alonso de Ercilla:

*Mirad, pues, el temor á que ha llegado;
Que viene á ser de miedo el hombre osado.*

Fuenterrabía conservaba sus murallas para la defensa en el mismo estado en que quedaron despues de los reinados de Carlos V y de Felipe II. Mal provista de todo cuanto constituye lo que es indispensable para resistir un sitio, por haber tenido que ceder á las exigencias de los Intendentes de marina, á quienes de Real Orden se les ordenaba proveer las naves en todos los puertos de aquella costa, vió con dolor llevarse en cantidad balas, pólvora y sogas, sin que bastaran las protestas del Gobernador, ni aun el mandato de éste para atrancar las puertas del almacén en presencia de un inmediato é inminente peligro; y solo la quedó, debido á la casualidad, un poco de trigo, porque lo dejaron allí como lugar mas próximo, cuando despues de la expedición al campo de Labort regresaron nuestras tropas.

Los quinientos presidiarios, que así se llamaba á los soldados que guarnecían las fortalezas ó presidios en tiempos antiguos, que solían mantener á expensas del Gobierno, no estaban completos; porque el conde-duque de Olivares

exigia otro contingente igual á los pueblos de Guipúzcoa para guarnecer Fuenterrabía cuando la asaltase el francés, y aquellos rehusaban pagar tal tributo, persuadidos de que un caso ejemplar palaria á ser costumbre, y luego daría márgen á una ley; fuera de que juzgaban más oportuno mantenerse independientes defendiendo sus campos y casas mal seguras, á encerrarse dentro de los muros por mandado del Rey.

Ausente el Maestre de Campo, D. Cristóbal Mexia, nombrado Gobernador de la plaza, hacia sus veces el capitán D. Domingo de Eguia, natural de Deustua, en Vizcaya; hombre brioso, pero no de mucha travesura, lo cual se compensaba con su buen carácter que aceptaba voluntario el consejo ageno. Habia tenido sin embargo algunos altercados con el paisanage sobre jurisdiccion, pero todos ellos se pospusieron al bien común, y en cuanto apareció el enemigo, se sacrificaron las diferencias en aras de la patria. De suerte, que entre soldados de la guarnicion y paisanos en situacion de tomar las armas, solo contaba Fuenterrabía con setecientos hombres para defender sus murallas; no obstante, es imposible ponderar suficientemente el ardimiento de este puñado de hombres despreciando la muerte en presencia de tan numerosos enemigos, y el esforzado corage de las

mujeres y los chicos que, presurosos, acudían á todas partes á prestar sus servicios á los combatientes, burlándose del peligro.

A la vez que mutuamente se exhortaban declarando unánimes que mil veces preferían morir dignamente á conservar la vida debiéndola al extranjero, y persuadidos de que siendo Fuenterrabía la primera etapa del enemigo para llevar la guerra al seno de la patria, cargaba sobre sus hombros todo el peso de la honra española; porque de no atemorizar desde el principio á los franceses con una heroica cuanto fiera resistencia, debilitaría el aliento de los pueblos elevando á desmesurada altura el orgullo y las pretensiones del invasor, resolvieron templar la irascibilidad con que hervía su sangre noble y generosa, para que fuera tal determinación, si aun era posible, más decidida, sin mancilla, é impávida ante la muerte del hermano, del esposo, de la madre y del hijo, en la fuente inagotable de gracia de nuestra Santa Religión.

En presencia del ejército del príncipe de Condé, que ya muy cerca y atónito al parecer les observaba, salieron desarmados los habitantes de Fuenterrabía con grave aspecto y paso medurado hasta la ermita de Ntra. Sra. de Guadalupe, y tomando en andas la sagrada imagen,

serenos bajo la égida de la Madre de Dios, la condujeron devotamente dentro de las murallas. Colocada sobre un altar la Virgen venerando, puestas de rodillas todas las mujeres y los niños, y conservándose en el centro, de pié, los hombres de combate, al primer estampido de cañon enemigo tendieron la mano ante la Santa imagen, y juraron, si les concedia la victoria, guardar todos los años su festividad desde la vispera, con un dia de ayuno, y devolverla en procesion á la ermita, su antiguo y predilecto asilo.

Nunca.... jamás, le faltó á nadie la proteccion de la Madre de Dios, cuando con sincera fé en Jesucristo, su Divino Hijo, acudimos á Ella en nuestras tribulaciones; porque su amor para las almas cristianas es inmenso.... es infinito!

El acto religioso que acabo de referir, tuvo lugar el *primero de Julio*.

El dia *siete de Setiembre*, vispera de la fiesta de la NATIVIDAD DE NUESTRA SEÑORA, se humillaban los orgullosos estandartes enemigos delante de las lanzas españolas.

Terminada la solemne ceremonia religiosa, el gobernador Eguia distribuyó los puestos para defensa de las murallas, entre los jefes y capitanes, y estableció las guardias.

En la estacada que miraba á Francia colocó

un esforzado escuadron de gente de Fuenterrabía, al mando del Alcalde de la ciudad, el capitán D. Diego Butron: honor insigne, que por antiguo privilegio correspondia á los naturales la defensa del punto mas débil y de mayor peligro, en atencion á su experimentado valor y acreditado heroismo.

Don Juan de Esain, capitán valeroso, solicitó el puesto inmediato que era la parte mas flaca de la muralla, y se estableció con los soldados de su bandera.

Del portal de Santa María y su cubo, se encargó D. Juan Garces.

A D. Juan de Beaumont se le encomendó la defensa del baluarte de la Reina y porcion de la muralla contigua.

Don Garcia Alvarado tomó á su cargo defender la parte que se estendia desde la estacada de Esain hasta el cubo de la Magdalena, y por hallarse enfermo regentaba su compañía el alférez Estéban de Lesaca.

En el baluarte de San Felipe se situaron cincuenta de Tolosa y veintidos de Azpeitia, que entraron poco antes en la ciudad al mando de los capitanes Elizalde y Ondarra.

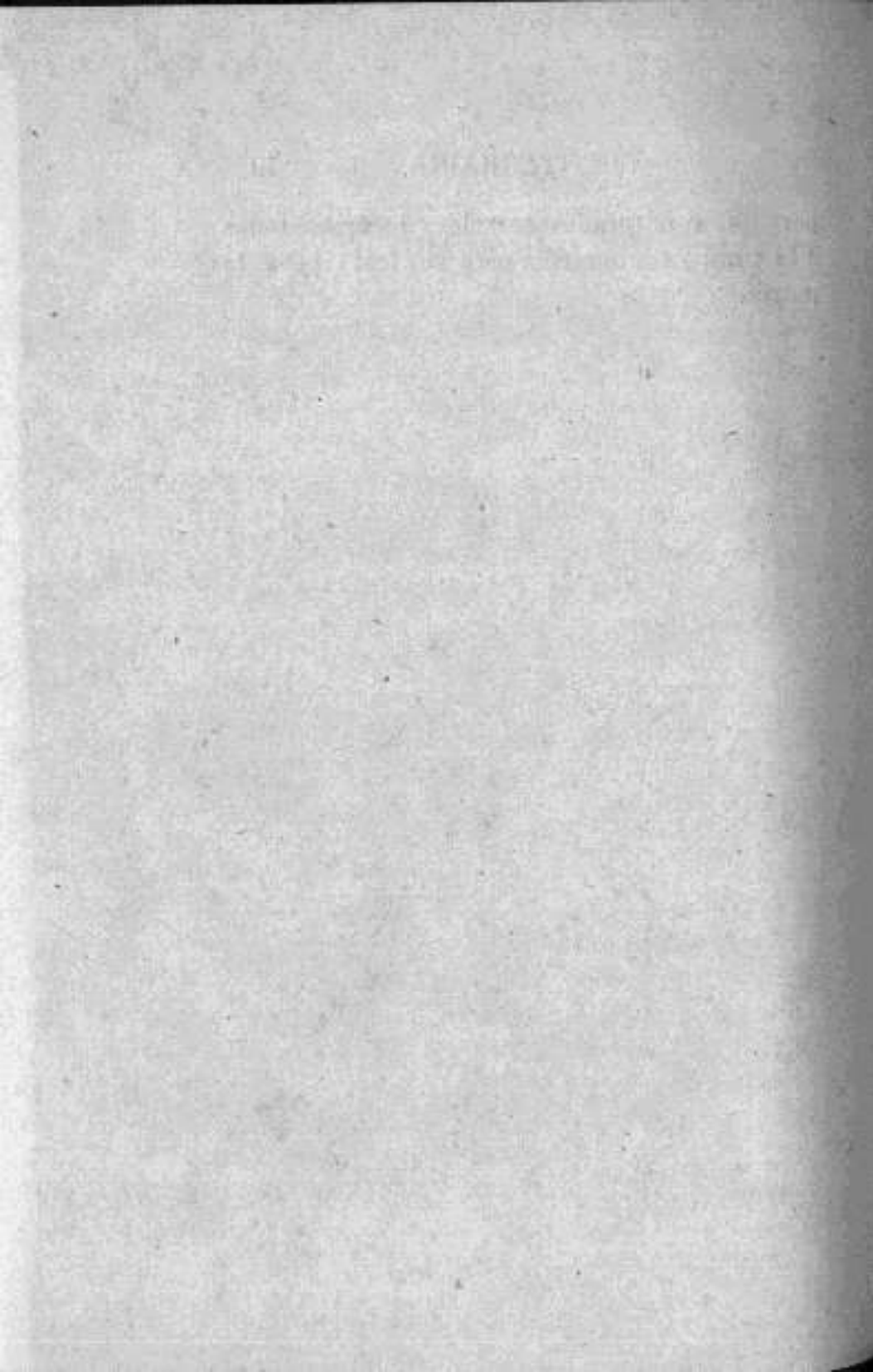
La compañía de que era propio capitán el gobernador D. Domingo de Eguía, y la tropa restante de paisanos, quedó destinada para la guar-

dia de palacio como reserva, y acudir con ella á reforzar los puestos que lo necesitaran.

La artillería fué puesta á las órdenes de Don Juan de Urbina, práctico en el arma; y como ingeniero para establecer nuevas fortificaciones, se encargó de todo el Padre Diego de Isasi, de la Compañía de Jesus, hombre muy docto en las artes matemáticas.

Distribuidas convenientemente las provisiones y establecido un buen orden, el Gobernador escribió una carta al Rey dándole cuenta minuciosa de cómo quedaba el estado precario de la plaza, por falta de haberse tomado en consideracion por quien competia, los prudentes y reiterados avisos que con oportunidad se remitieron á la Côte, y cuyo resultado habia sido el apoderarse los franceses, sin pérdidas sensibles, de todos los lugares comarcanos, no tanto por su valor, como «felices por nuestra desidia» en dejar sin suficiente número de tropas que defendiesen ventajosamente la entrada y á su libre alvedrío. Y que en tal situacion nada tenia de estraño que hubiesen avanzado sus banderas casi hasta el foso, y establecido los reales tan inmediato á las murallas. Que los setecientos hombres que guarnecian Fuenterrabía estaban resueltos á morir honrosamente para conservar al Rey los castillos y la plaza;

pero que si no eran socorridos, bajarían todos á la tumba sin mancilla pero sin fruto para la patria.



VII.

LAS TRINCHERAS.

El día tres de Julio y tercero de la invasion, habia ya acercado á la plaza el príncipe de Condé todo el grueso de la infantería hasta el alto que lleva el nombre de una ermita consagrada á Ntra. Sra. de la Gracia, y talado con la caballería todas las tierras que caen por la espalda.

Al saberse estos desastres, cien mujeres de Fuenterrabía se vistieron de hombre, y armadas con lanzas y arcabuces, se presentaron al Gobernador y le instaron á que las señalase puesto en los muros, respondiéndole de que quedaria satisfecho de su coraje, serenidad y valor.

Con grandes vítores acogió la tropa el ánimo varonil de las heroicas amazonas, á quienes aplaudió D. Domingo de Eguia, diciéndolas que conservasen para el último extremo un corazón tan levantado, porque se valdria de ellas como honra de su sexo, no siendo extraño que de madres tan dignas naciesen hijos tan preclaros; pero entretanto, más deseaba la conservacion de su preciosa vida que el exponerlas al peligro de perderla inútilmente sin llegar el caso.

Aun cuando este notabilísimo suceso no era necesario para sostener ni aumentar el denodado empeño de los combatientes, produjo sin embargo inmensa sensacion en pechos tan caballerescos.

Interesándole á Eguia conocer el número de las fuerzas enemigas, al menos aproximadamente, mandó á cuatro jóvenes paisanos, robustos en fuerzas y como todos valerosos, que saliesen á hacer un prisionero y lo trajesen vivo á su aposento.

Fuera de puertas tan apuestos jóvenes, se alejaron por veredas y senderos hasta encontrar algun destacamento de franceses y arremeter con él. Mas al poco tiempo tropezaron con un caserío, el que unos cuantos soldados, sin compasion por sus pobres moradores, estaban vil-

mente saqueando; y cayendo encima de improviso, mataron uno de ellos, hirieron otros dos y se echaron á brazo partido sobre el que les pareció mas idóneo, cargándosele como haz de leña á las espaldas, en tanto huían á la carrera sus rapaces compañeros.

Llevada la presa requerida y en estado perfectamente sano al gobernador Eguía, este le interrogó hábilmente y supo que el campo del de Condé se componia de veinticinco regimientos de infantería, algunos de mil plazas, los más de novecientas; aguadores, leñeros y artilleros, y ocho cornetas de buena caballería, esperándose de un momento á otro la llegada de fuerzas mas numerosas.

El dia cuatro ocuparon los franceses el alto de la ermita de Guadalupe y principiaron á acordonar la plaza, porque el Principe habia estendido sus reales desde la orilla del mar hasta Irun, mas no con trinchera seguida, pues no lo permitia el terreno, sino haciendo á trechos muchos bastiones y reductos en los parages por donde podian recelarse las embestidas de los nuestros, en atencion á que los demás estaban defendidos por la misma naturaleza, ya por las elevadas y quebradas peñas, valles muy profundos y lagunas impracticables que establecen las altas mareas que á todas estas tierras bajas al-

canzan, ya por las muchas selvas cuyo espesor constituia la mas formidable trinchera.

Esta era la disposicion de las fortificaciones enemigas por donde se puede ir á Fuenterrabia del lado del poniente y mediodia: al oriente defendian los reales el Bidasoa y un alto que es tierra de Francia, ocupado por las guarniciones que enviaban de Hendaya, y por el setentrion ya en tiempo oportuno se habian atajado las entradas del mar, desde que el de Condé se apoderó de Híguer, donde puso fuerte guarnicion; mandando en seguida colocar doce navios de línea en la embocadura del rio y gran número de embarcaciones menores equipadas con tropa, para que hasta la llegada del arzobispo de Burdeos con la armada vigilasen la costa.

De tal manera, por la mar, por el rio y con los reales, quedó Fuenterrabia completamente sitiada.

El principe de Condé colocó el ejército sitiador por divisiones en la forma siguiente:

La del duque de San Simon ocupó Irun y sus cercanías.

La del marqués de Forsa el alto de Guadalupe, y á la espalda en una colina llamada Percaz, para cubrir su retaguardia, al duque de La Valette con un regimiento de escogida infantería, previendo ya que si los españoles habian de

acometer los reales, seria precisamente por aquel sitio.

Los trabajos de aproche los encargó al marqués de Gebre, reforzándole con tres regimientos para que todas las obras desde el cercano alto de la Gracia fuesen encaminándolas hacia el foso.

Al conde de Agramont le mandó fortificarse en un buen sitio á la falda de Guadalupe; y entre esta y las obras que continuaban hasta Irun, colocó con un esforzado escuadron al de Pudiana; y el mismo príncipe de Condé plantó su tienda en un caserío de D. Diego de Butron, cerca del sitio por donde el Bidasoa vierte en el Océano las aguas.

Desde allí lanzaba la caballería á batir los campos y caserios cercanos, entregándolos al pillage; pero generalmente tales correrias les costaban muy caras, porque los de Oyárun, conocedores del monte y sus atajos, le salian al encuentro y en pequeñas escaramuzas la iban destrozando. Tan valerosos paisanos, de noche guardaban su lugar y de dia se ocultaban en acecho por los montes para caer sobre el enemigo y recibir de Lesaca, poblacion confinante de Navarra, bastimentos, pólvora y balas.

Los dias cinco y seis de Julio fueron de gozo para los nuestros en el estrecho recinto de sus

murallas, porque viendo que estudiaban la configuracion varios notables jefes enemigos, recorriéndolas á cortísima distancia sobre briosos caballos, los saludaron con un nutrido fuego de mosqueteria, y notaron su retirada, á causa del fuego de los tres cañones pequeños que el dia anterior habian colocado en el palacio, desde donde descubrian perfectamente los reales, como punto mas elevado. Su animacion durante esta fiesta se aumentó con la llegada de Miguel de Ubilla, natural y vecino del pueblo, que habia salido el dia dos atravesando atrevido por medio de los reales del de Condé, para traer los socorros que allegaba sin descanso el coronel Isasi.

Ubilla, burlando antes del amanecer la vigilancia de las chalupas enemigas, embistió con sus embarcaciones menores, á favor de la alta marea, la embocadura del rio, y entró en Fuenterrabia con ciento setenta de Tolosa y Azpeitia. Entre ellos se hallaba D. Gerónimo Urramendi, caballero del hábito de la Orden de Santiago, y algunos más, buenos patriotas, á quienes lo imprevisto de la invasion les habia cerrado el paso para acudir en defensa de su pueblo. Tambien regresó igualmente el valeroso D. Martin Jústiz, noble popular, fiel á su patria en tan calamitosos tiempos; el cual, apenas tuvo noti-

cia del sitio, abandonó todos sus negocios, que fácilmente podían disculpar su ausencia, y salió en posta de Valladolid para llegar á Fuenterrabia de los primeros. Como alta recompensa fué elegido Teniente de Alcalde de Butron; y unido á su hermano D. Juan, no economizó su persona para servir bien á la República, afrontando los mayores peligros.

Al amanecer del dia siguiente ya se observó que el enemigo avanzaba por el frente del portal de San Nicolás, y que á doscientos pasos del muro abria la trinchera, levantando en varios puntos fortines y reductos para asentar la artilleria de sitio y romper el fuego contra Fuenterrabia. Trabajos que únicamente podian, sin esperanza alguna, tratar de impedir los nuestros débilmente con nutridas descargas de mosqueteria y balas de cañon, que rebotando en los bosques de manzanos en que se guarecian los franceses, les causaban poco daño, y continuaban sus aproches al abrigo de las faginas, en la seguridad de que tan bizarros campeones no podrian por su escaso número efectuar ninguna salida. Vana confianza, que pagaron muchos con la vida.

Eguia, sin embargo, necesitaba conocer á ciencia cierta los progresos del enemigo: para ello le fué bastante demostrar sus deseos á los

mozos del pueblo, y en masa se presentaron á ofrecerle su vida, prometiendo cumplir hasta la muerte sus mas mínimos preceptos. Llegada la noche, desde el sétimo dia, seis paisanos protegidos por la oscuridad, y arrastrándose como serpientes, se acercaban á las trincheras á menos de siete pasos. Echados en el suelo observaban los adelantos y oian hasta la conversacion de los soldados y jefes, la consigna al relevar los centinelas, y los proyectos ó esperanzas para el dia siguiente ó los siguientes. Antes de aparecer la aurora por encima de las elevadas crestas de los montes, volvian á la plaza deslizándose entre la yerba, é instruian al Gobernador, fiel y minuciosamente. Este peligrosísimo servicio lo prestó sin interrupcion el paisanage durante todo el sitio.

No menos solícito andaba el de Condé para averiguar el número de fuerzas con que contaban los de Fuenterrabia, y las esperanzas y proyectos que abrigaban los vecinos; mas no hallando otro medio, se valió á fuerza de oro de un francés muy astuto, experimentado ya en otras ocasiones, el cual se dejó coger cerca del portal de Santa María y que le subiesen con una cuerda sobre el muro. Al hallarse entre nuestros soldados, se fingió loco con tal destreza y maña, que todos le creyeron falto de ra-

zon. Llevado en presencia del Gobernador, continuó en su sistema; pero Eguia no era hombre, aunque sumamente compasivo y bueno, para dejarse impresionar fácilmente, y amenazó al francés, si no declaraba, con ponerle en el tormento. El agente secreto persistió en la locura, y el Gobernador pasó del dicho al hecho. Aun así se resistió el bellaco; pero el sufrimiento venció al cabo su tenaz osadía, y declaró terminantemente estar á sueldo del principe de Condé para servir de espía. Manifestó que era hermano del secretario del conde de Agramont, y que el ejército francés, perfectamente equipado, esperaba aun nuevos refuerzos y proyectiles para bombardear Fuenterrabia.

Viendo el de Condé no regresaba su primer agente, imaginó enviar á un muchacho tan joven que aun no tenía ni señales de bozo, pero en quien la naturaleza, pródiga en extremo, habia depositado, sin reparo de sus cortos años, la mas refinada picardía. El sagaz imberbe se dejó cazar igualmente con un lazo y subir como su compañero sobre el muro, manifestando haber oido en Bayona que los franceses estaban en Fuenterrabia, y que hallándose un pariente suyo en el ejército, habia venido á reunirse con él por no tener otra familia. Al notar la seriedad con que mentia, porque no era creíble

tanto desparpajo, que habiendo tenido forzosamente que pasar por medio de los reales para llegar al pié de las murallas, se hallase aun tan ignorante del estado de cosas, en consideracion á su edad demasiado temprana, el noble corazon de D. Domingo Eguia trocó en prision el condigno castigo, admirado de que un niño tan jóven se sacrificase á sabiendas por la patria; pues en el esforzado pecho del guerrero, la crueldad cedió siempre su asiento á la hidalguía.

En el mismo dia nueve de Julio, arribó á Higueur una fragata enviada por Fernando de Austria con noticias de lo que ocurría en Flandes, ignorando la situacion de Fuenterrabia, y fué apresada por los franceses: su capitán, al verse perdido sin remedio, arrojó al fondo del mar las cartas que traía para el Rey.

El estremado pundonor de D. Domingo Eguia no le dejaba tregua ni reposo, y toda reflexion no era bastante para que mirase sin sonrojo adelantar impunemente sus obras el francés sin salirle al encuentro, y hacerlo sentir en campo raso cómo desprecian el número de enemigos los que tienen en sus venas sangre de caballeros.

En tal estado de inquietud honrosa, llamó á Chacon, sargento de Beaumont, y le dijo que con cuarenta soldados de los mas briosos practicase una salida.

Por toda contestacion, el valeroso sargento se hallaba ya á la media hora combatiendo con sin igual fiereza en medio de las fortificaciones enemigas. Recorrió con su gente las trincheras saltando de una sobre otra de rebote; mató veinte soldados que quedaron á la vista de todos tendidos por el campo; hirió muchísimos, y huyendo los demás, introdujeron en los reales el espanto. Chacon se volvió llevando en alto, suspensos de las espadas, lanzas y arcabuces que cogió como trofeos, los capotes encarnados de los enemigos, y además, bien amarrado, á un ingeniero.

Satisfecho el Gobernador con tan precioso triunfo, llevado á cabo por un puñado de valientes, determinó al día siguiente otra salida al cargo de D. Juan de Beaumont, pero con mayores fuerzas, destinándole en junto ciento cincuenta armados entre paisanos del pueblo, soldados y guipuzcoanos, vecinos de fuera de la ciudad.

Beaumont ganó al instante las trincheras, y matando é hiriendo á cuantos se le ponian por delante, persiguió con notable denuedo á los franceses hasta acorralarlos en sus reales: y tuvo por seguro que de haber seguido con igual presteza á tan valeroso capitán y á los que mandaban las primeras filas, la gente que

venia detrás, el destrozo hubiera sido portentoso; pues de tal modo turbó á los enemigos la embestida, que huyeron sin rubor despavoridos.

Aleccionados sin embargo con la experiencia cruel de la anterior salida, las tropas que por hallarse mas distantes no sufrieron el choque, se agruparon por regimientos para tomar á Beaumont por el flanco y cortarle la retirada; mas este experimentado guerrero no dejándose envolver, entró sin apresurarse dentro de la plaza.

En esta salida hubo dos sucesos notables: el principal fué que los nuestros no perdieron ni un solo hombre, porque el único herido gravemente en el muslo se retiró arrastrándose hasta rodar en el foso, é izado con una cuerda murió desangrado sobre el muro. El otro fué la destreza del sargento Mosquera, el cual mató de un solo tiro á tres franceses. Tal era la fuerza que tenían aquellos mosquetes sujetos sobre las horquillas.

La gran prudencia de Eguía, hermanándose admirablemente con tanto heroísmo, le aconsejó suspender las salidas, porque un revés de la suerte, con frecuencia inconstante, pudiera privarle de sus bravos campeones para defender la plaza y vencer al enemigo. Además, existia

el inconveniente de no haber puerta que comunicase con un camino cubierto, y todas las de la ciudad se hallaban patentes á la vista de los centinelas, hasta la que miraba hacia el río; porque aunque oculta á los reales, se veía desde Hendaya, que daba la voz de alarma repicando las campanas al menor movimiento, en atención á estar situado este pueblo francés en un alto fronterizo.

Por lo tanto, las puertas se tapiaron, excepto esta última, cuya llave conservó el alcalde Don Diego Butron durante todo el sitio.

VIII.

ROMPE EL FUEGO EL PRÍNCIPE DE CONDE CONTRA FUENTERRABÍA.

Terminadas por el ejército sitiador las obras convenientes para colocar su gruesa artillería, al amanecer del día doce de Julio rompió el fuego contra la plaza de Fuenterrabía.

En la colina de Gracia puso tres cañones: el de mayor calibre cargaba balas de cuarenta libras, el mediano de treinta y seis y el menor de diez y seis; cuyas piezas sin descanso lanzaron sus proyectiles con certera puntería á las casas que estaban sobre la muralla, al palacio y á los almacenes de municiones de boca y guerra, causando grandes destrozos.

A su vez los nuestros disparaban con no menos actividad é inteligencia los cañones del baluarte de la Reina, que era fronterizo, con el fin de desmontarles las piezas; y más de una vez vieron desde la muralla subir volando por los aires los pedazos de hombre al impulso terrible de las balas. Súpose despues que en aquella mañana murió tambien, entre otros muchos, un general de artillería.

Por la tarde aumentaron los estragos, porque colocó el enemigo otros cuatro cañones cogidos en Pasages, en la colina de Santa Magdalena, y principió á batir el baluarte del mismo nombre, aunque sin resultado cuando las balas pegaban en la muralla por ser esta de peña viva, pero con grande ruina de las casas que estaban sobre el cordon, á pesar de los cestos rellenos de tierra que para defenderlas pusieron los paisanos. El fuego se sostuvo por nuestra parte bien nutrido desde esta batería, y las bajas que en los franceses no causaban las balas, se encargaban de completarlas los troncos de los árboles que hechos astillas saltaban á cada cañonazo.

Para atenuar circunstancias tan infaustas, llegó risueña una hora de alegría, y al señalar la del alba en el Oriente, precursora del día trece de Julio, vieron desde las murallas los si-

tiados venir veloces al impulso del remo varios esquifes, cortando como saetas la superficie llana de las aguas del río.

A popa y de pié sobre el primero, se hallaba con los brazos cruzados y la cabeza erguida, mirando con fiera serenidad las obras avanzadas del principe de Condé, D. Miguel Perez de Egea, gobernador en propiedad de Fuenterrabia; el cual burlando la vigilancia de los franceses, protegido por las sombras de la noche oscura, habia atravesado bravamente con ciento cincuenta veteranos del tercio de los irlandeses y varias mujeres del pueblo, por en medio de las guardias de mar y tierra y de las rondas enemigas.

Los capitanes que le acompañaban mandando los irlandeses, eran D. Oliverio y D. Pedro Jarralín, D. Daniel O'shian, D. David Barry y otros hibernios, tambien de señalado valor, que habian tenido empleos en la milicia; y entre los españoles que igualmente siguieron al Gobernador, se hallaban los capitanes D. Gerónimo Xibaxa y D. Terencio Galleur, el alférez Juan de Roa, D. Agustín Valencia, soldado viejo, el sacerdote D. Francisco Iturriaga, del lugar de Orio, que trabajó muchísimo durante todo el sitio, y algunos vecinos de Fuenterrabia que acudieron desde Sevilla para defender á la pa-

tria y salvar su pueblo del yugo con que le amenazaba el extranjero.

El nuevo Gobernador y los refuerzos fueron con entusiasmo recibidos por los paisanos y la tropa, viéndoles llegar tan decididos á participar de sus penalidades en tan cruel asedio; y solamente halló un refugio la tristeza en el noble corazón de D. Domingo Eguía, no por la pérdida de los honores, sino porque descendiendo del primer puesto delante del enemigo y quedando en el segundo, creyó que se le usurpaba la gloria de defender Fuenterrabia.

Perez de Egea lo notó en el momento, por no ser D. Domingo capaz de disimulo, y solícito se esforzó en persuadirle que no venia á ser su superior sino su compañero, para ayudarle en caso necesario con la experiencia que luchando contra el francés al frente de sus costas en las islas de San Honorato y Santa Margarita habia adquirido, y servirle en tiempo oportuno como amigo prudente y leal consejero.

Eguía, sin embargo de reconocer agradecido tanta caballerosidad y tal nobleza, conservó siempre un profundo sentimiento; y evitando encontrarse con Egea, no desplegó los labios para discutir ninguna de sus disposiciones, obedeciendo ciegamente y con modestia en cuanto se le comunicaba la menor de sus órdenes.

Bellísimo ejemplo de levantados corazones, digno de imitarse en todos tiempos, pero mas necesariamente que nunca en los modernos.

Examinada minuciosamente por el gobernador Perez de Egea la situacion de la plaza y el estado y configuracion de las murallas, se admiró al pronto de que no se hubiese pensado en levantar algun fuerte avanzado para contener el adelanto de los aproches del enemigo; pero supo en el momento que aunque tal precaucion la reclamó con insistencia D. Domingo de Eguía, no fué posible que se llevara á efecto; tanto porque las fuerzas del príncipe de Condé, favorecidas por la aspereza del terreno, se echaron encima repentinamente desde el primer instante de la invasion sin que las costara ni un solo hombre, en atencion al escasísimo número de soldados que contaba la plaza para la defensa de sus muros, cuanto porque careciendo de un camino cubierto para salir y retirarse con seguridad la tropa, y apoderados ya los franceses de los puntos dominantes, hubieran quedado los obreros ante la boca del cañon á descubierto.

No obstante, Perez de Egea encargó al Padre Isasi que midiese el terreno y sacase la traza de un reducto, pero fué inútil por las razones antedichas, y hubo que desistir viendo que los si-

tiadores tenían sus trabajos adelantados á unos cuarenta piés del labio del foso. Desvanecida esta esperanza, y deseando Egea inaugurar su toma de posesion con algun hecho levantado para que no dudasen los franceses de que era el mismo que los combatió en las costas de Francia, determinó para el dia siguiente una salida y se aprestó á organizarla.

Entre tanto, los valerosos sitiados sentian oprimido el corazon, movidos por la repugnancia y el desprecio con que miraban escarnecer y aminorar el noble aliento que anima el pecho del guerrero, viendo hacer uso al enemigo del villano artificio de las bombas, que por primera vez se lanzaban cobardemente contra la plaza y caian traidoras sobre sus cabezas erguidas, cual si por mandato de Dios se desprendiesen de los cielos.

IX.

DE LO QUE OCURRIA POR LA OTRA PARTE DE LOS REALES ENEMIGOS.

En el interin los sitiados se veian afligidos por tan crueles desastres, el coronel D. Diego de Isasi, aumentando sus fuerzas con los escasos socorros que iba recibiendo de las provincias mas cercanas, en cumplimiento de las órdenes del Rey, ponía todo su conato para recobrar á Pasages.

En tal concepto destinó un escuadron de mil hombres, á la ligera, bajo el mando del sargento mayor D. Pedro Velez de Medrano, y le ordenó que distribuyendo en cuatro partes iguales dicha fuerza, embistiese el lugar: de manera

que tres grupos marchasen sobre él en distintas direcciones por la montaña que le domina, y el cuarto lo atacase de frente por medio del arrabal.

A D. Miguel de Veroiz le entregó el mismo número de tropas, y dispuso que se situase en Renteria y en el otro arrabal de Pasages que se halla al Oriente, para contener á las fuerzas que en socorro del pueblo enviarán los franceses.

Y finalmente, mandó á los de Oyárzun é Irun que levantando el mayor tumulto que pudiesen, hiciesen resonar las armas y clarines en todas direcciones para infundir temor de un inminente ataque al enemigo, en tanto se acometia á Pasages tomándole al asalto, ó haciéndole capitular.

Velez de Medrano se lanzó en seguida á la pelea con tanto arrojo y denuedo, que arrolló á la guarnicion echándola de todo el arrabal que está á la derecha, entrando por la parte del mar; y obligándola á encerrarse dentro del torreón que domina las gargantas del arenal, la mató allí mismo numerosos combatientes. Pero los franceses, desesperando de salvarse si perdian su pequeña fortaleza, porque les atajaba el camino, recobraron el ánimo y resolvieron vender cara la vida. Acometieron con gran furia á

los españoles, y la lucha se mantuvo con igual valor por ambas partes; mas mostrándose indiscretamente las tropas de Veroiz, supusieron los franceses que eran las fuerzas que en su socorro acudían y redoblaron de ardor: los nuestros se alucinaron idénticamente, ofuscados los sentidos con el humo de la pólvora y el arrebatado de la sangre, y aflojaron, batiéndose en retirada, sin ser muy molestados.

En este día perdimos entre muertos y heridos gravemente, cincuenta combatientes; entre ellos lo fueron D. Francisco Ledesma, á quien retiraron con tres balazos; D. Lorenzo Chacon, que hicieron prisionero despues de haberle llevado el brazo una bala de cañon; y el capitán D. José Arredondo, quien peleando con increíble arrojo quedó tendido en medio de los enemigos atravesado de un balazo, y aun con vida le llevaron á Bayona á bordo de un barco.

Con igual suerte comenzaron la guerra los franceses por una y otra parte; pues á la misma hora en que obligaron á los españoles á cejar y á batirse en retirada del puerto de Pasages, teniendo sitiado á Vera, rindieron el pueblo y se establecieron dentro de los límites de Navarra.

Sin embargo de tan señalado triunfo no conservaron la posicion, y en vez de fortificarse en

ella, como supusieron los nuestros que así harían, saquearon, incendiaron y abandonaron el lugar. El plan del enemigo no fué en manera alguna el de llevar la guerra por aquella parte tierra á dentro, sino que atemorizados los navarros se reconcentrasen en posiciones mas distantes para defender su reino. Situado Vera á la otra parte del rio Bidasoa, y dominando el campo de Labort, era un punto muy á propósito para escaramuzas, y por el cual se trasportaban todos los pertrechos necesarios á los reales del principe de Condé allí inmediatos; pues Vera dista próximamente unas once millas de Fuenterrabía.

Hé aquí sucintamente la relación de los hechos como pasaron.

El duque de San Simón reunió el dia diez y seis de Julio los seis mil infantes y quinientos caballos que al principio de la guerra habian puesto los franceses en los confines de Navarra, y dividiendo este cuerpo de ejército en dos columnas, embistió á Vera, confiando la conducta de las tropas á varios nobles señores, y entre ellos, principalmente, al de Orrubia y marqueses de Rocalao y de Puyana.

Para poder resistir convenientemente tan vigoroso empuje, Vera carecia de las fuerzas necesarias, porque únicamente D. Fermín de

Andueza defendia esta posicion con solo trescientos soldados repartidos en tres estandartes, y otros tantos paisanos esforzados y sumamente diestros en el manejo de las armas, pero algun tanto indisciplinados, porque su ardor se concretó siempre á la defensa de sus caseríos, vanguardia de las tierras que constituyen la patria.

De aquí provino fatalmente la discordia al presentarse el enemigo, que le facilitó la victoria.

Vera es un pueblo que tiene las casas muy contiguas y unidas entre sí, por cuya razon es sumamente fácil de acordonar; pero los caseríos son muchos, separados unos de otros y situados de manera para facilitar á los moradores el cultivo del campo, con que les convidan sus montañas al tenderse hácia la llanura.

Andueza tenia orden del Marqués de los Velez y Redin, de guardar el puente ó impedir que los franceses pasasen el rio; pero los paisanos vivian de la otra parte, y se resistieron á dejar abandonadas sus casas á la discrecion del furor enemigo, y con mas arrojo que cordura gritaban que á toda costa querian confiar á la decision de las armas la suerte de su fortuna.

Como hombres de gran prez salieron del lugar y marcharon hasta dar cara á los franceses, ya dentro de sus limites, y batiéndose con

denuedo, retrasaron su marcha victoriosa; pero segun estaba previsto por Andueza, no la impidieron.

En uno de estos encuentros se distinguió un rapazuelo que iba abrumado con un arcabúz mas alto que él, y superior á sus fuerzas para manejarle, acompañando á su padre. El valeroso niño, al penetrar los paisanos en el bosque, se detuvo sereno en el lindero, miró á una y otra parte, y llamando su atencion el ayudante mayor que venia á la cabeza de un escuadron, vestido muy galano, le apuntó con tranquilidad y lo derribó muerto de un balazo. Los soldados franceses lanzaron un grito de admiracion á la par del dolor que los causara, y el muchacho se internó entre la maleza arrastrando su arcabuz y cantando alegremente.

Siento infinito no haber hallado el nombre del venturoso padre que tan pura sangre transmitió á su hijo.

Las tropas regulares, á instancias del Gobernador, acudieron al puente, y tambien la compañía del capitan D. Martin Bayo, caballero de la Orden de Malta, que estando ya encaminada sobre el enemigo, obediendo las órdenes de Andueza, se replegó. Los paisanos, segun ocurre siempre cuando luchan en campo raso y á su arbitrio contra tropas disciplinadas, tuvieron

que batirse en retirada para no ser cortados por la caballería; y finalmente, rechazados en todas partes, quedando indefenso y abandonado el pueblo al enemigo, se metieron de tropel en el puente. El incendio de Vera y de cuantos caseríos se hallaban de la otra parte del río iluminó este día su victoria; y cundiendo la turbación hasta Lesaca, los labradores prendieron fuego á las mieses para que no se apoderaran de ellas los franceses.

Orgullosos estos con tan fácil triunfo, debido á la desobediencia de quien estima en más sus opiniones que los prudentes avisos, intentaron pasar el río; pero defendido el puente por Andueza y sus soldados, fueron valerosamente rechazados con sensible pérdida. Acudieron luego á buscar los vados, y aun cuando era difícil empresa en algunos sitios por correr las aguas encajonadas en profundo cauce, en todos ellos sin embargo encontraron en posición al paisanaje mezclado con la tropa, que á la voz de mando les recibían á balazos con nutridas descargas. Considerando de todo punto inútil sus esfuerzos, se volvieron los franceses á Francia, y los españoles irritados y resueltos á tomar venganza del incendio, los persiguieron picando la retaguardia, hasta que matándoles muchos soldados huyeron desordenadamente.

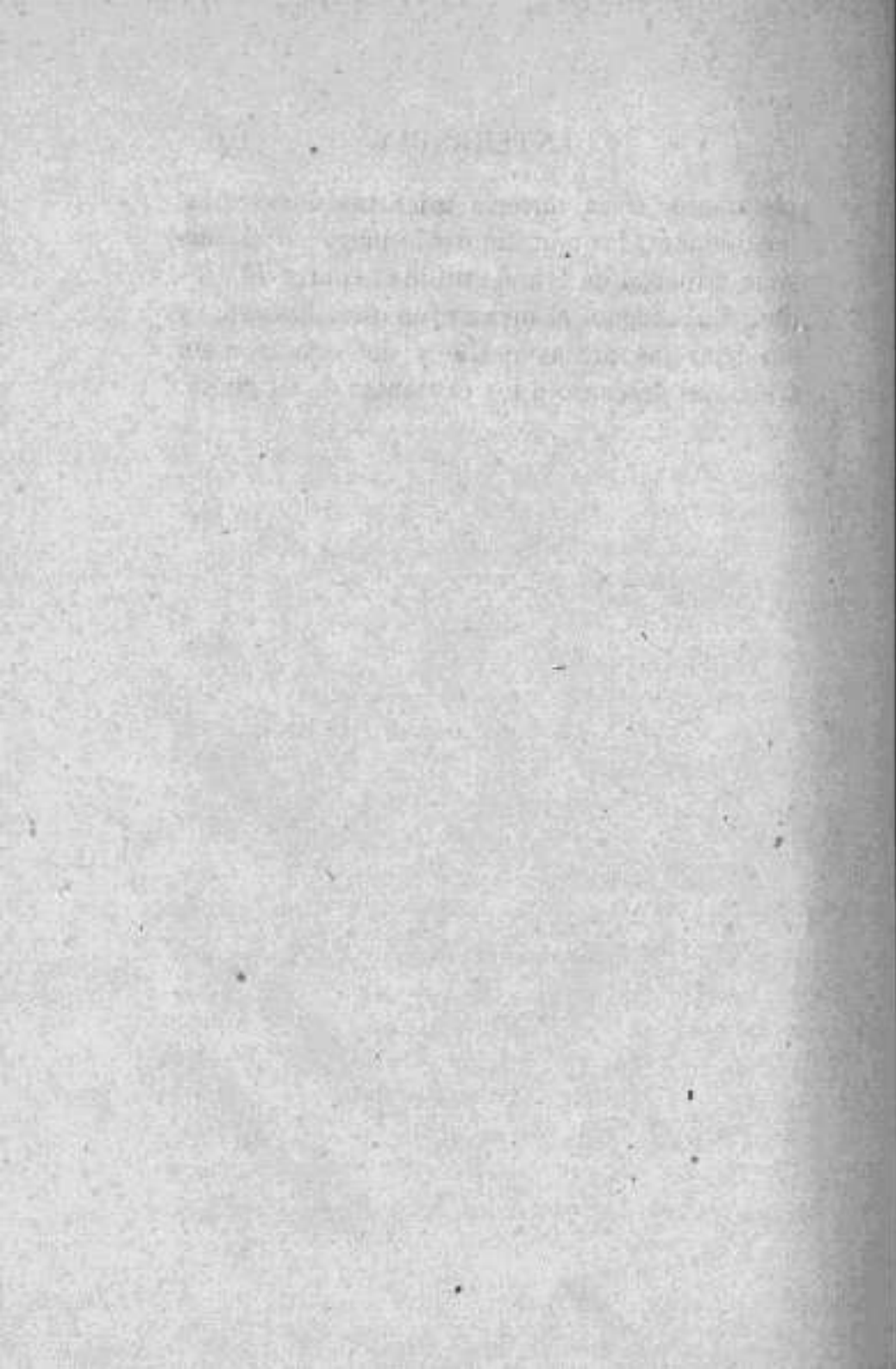
En el momento que llegó el primer aviso á Pamplona de la invasion por la parte de Navarra, el valeroso Redin tomó á toda prisa gruesas guarniciones, acudiendo inmediatamente en socorro de Vera, llevándose al paso á todos los habitantes armados de las cercanías y valles de Ulzama y Santesteban; mas no hallando ya la ocasion de poder librar batalla, guarneció con mayor seguridad aquellos parages para lo sucesivo, y regresó á Pamplona acto continuo.

En su huida pasaron los franceses por Echalar, y sin apenas detenerse, enviaron un trompeta para que intimase la rendicion, bajo la amenaza de entrar á sangre y fuego en el lugar. Los vecinos se reunieron en armas delante de la iglesia, y respondieron con altivez al parlamentario, que antes que la vida preferian conservar sin tacha su probada lealtad; y que en vista de que Redin abrasaria el pueblo si se entregaban, estaban resueltos á morir como valientes en vez de perecer por cobardes al rigor de un castigo inevitable.

Bien sea á causa de que tan digna contestacion les impuso respeto, ó que corrió la voz de la llegada de Redin, los franceses continuaron su marcha sin otros alardes.

El marqués de los Velez, al conocer la desgracia de los habitantes de Vera, sumidos ya com-

pletamente en la miseria mientras durasen las hostilidades, los admitió desde luego en el servicio y fueron de grande utilidad contra el asedio. Su encono al invasor no tuvo límites, y sin dejar las armas noche y día, acosaron sin tregua ni descanso á los causantes de su ruina.



X.

LA MINA.

Así siguió la lucha en los confines de Navarra y Francia, cada vez mas ruda y mas encarnizada.

Perez de Egea preparó con actividad y gran cuidado para el catorce de Julio la salida proyectada, escogiendo doscientos cincuenta soldados entre los mas esforzados.

Antes de rayar el dia revistó sus armas, y arengándoles lleno de entusiasmo, les dijo: que jornadas cual la que iban á emprender, eran las primicias reservadas exclusivamente para los veteranos. Encargó la vanguardia á los paisanos y soldados de Hybernia, y la retaguardia

á los guipuzcoanos forasteros y otros españoles regimentados.

Protegida por la oscuridad, atravesó la vanguardia la trinchera con el mayor silencio, y de improviso se arrojó sobre las guardias, llevando la muerte y el terror por do quiera fijaba su planta. Levantando en seguida inmensa vocería penetró en los reales matando centinelas y atropellando coroneles, capitanes y demás oficiales que corrían á poner en órden de defensa sus respectivas fuerzas, y á cuantos soldados acudían presurosos á las filas; en tanto la retaguardia con azadon y pala en mano, terciado el arcabuz con una correa sobre la espalda, demolia en largo trecho las obras avanzadas.

La turbacion y alboroto en los reales fué espantoso: las tropas que se hallaban distantes del foco de la refriega, acudieron en buen órden de frente y por ambos costados, sin lograr en mas de media hora, sin embargo, hacer perder un pió de terreno á los nuestros; firmes sobre los aproches conquistados.

Perez de Egea que presenció el ataque, mandó tocar llamada, y sosteniendo el fuego simulando á trechos renovar el combate, se retiraron nuestros soldados escalonándose, sin volver la cara al enemigo.

En tan glorioso hecho de armas tuvimos doce

mueritos y catorce heridos; pérdida escasa si se mira lo terrible que fué tan sangrienta pelea, sumamente sensible en atención á los cortos recursos con que se contaba.

Pero los españoles siempre fueron y serán los mismos, y aun cuando la muerte sañuda tome asiento entre ellos para tender con mayor comodidad la mano descarnada sobre sus elegidos, en todo tiempo hallaron ocasion de divertirse haciéndola burletas, con gran contentamiento de los que quedan vivos. D. Juan de Echeverri, llegado el dia antes á Fuenterrabia, tomó á su cargo la comision que le dió el Gobernador de volverse con cartas de este y de los Jurados del pueblo, para el Rey, el conde-duque de Olivares y coronel D. Diego de Isasi. Hombre solícito Echeverri, aprestó una chalupa montada con diez buenos remeros, y á las doce del mismo dia catorce, con vigorosa arrancada, cielos claros y serenos, en presencia de amigos que aplaudian y enemigos que atónitos miraban, tomó la alta mar regateando contra treinta botes tripulados por marinos franceses, que para rendirle prisionero, pasándole algunos á derecha é izquierda y haciendo ciaboga, por todas partes le acosaban.

El enemigo restableció bajo el fuego de la plaza sus trincheras, y levantó un reducto que

artilló con cuatro gruesos cañones á ciento ochenta pasos de la muralla, en frente del baluarte de la Reina, continuando los disparos de mortero sin interrupción, causando cada día superiores estragos en las casas, que al reventar las bombas se hundían abrasadas. El día veintitres se temió fuese completamente demolido el costado izquierdo del baluarte de Leyva, que miraba á la puerta de San Nicolás; pues recibió mas de trescientas balas rasas de grueso calibre y llenó el foso de escombros, dejando muy mal parada la muralla. Destruído el cordón en el baluarte de la Reina, no pudieron ya maniobrar con seguridad nuestros artilleros, porque la batería que estableció en frente el sitiador, le igualaba en elevación, y con certera puntería, cada disparo hubiera causado á sus defensores la muerte sin remedio. Todos los cañones quedaron desmontados, rotas las bocas ó hendidos por el centro, muertos diez hombres y heridos muchos más. El Gobernador mandó construir un parapeto con tierra y fajina que les abrigase; pero no obstante, al asomar la cabeza los sitiados para disparar sus arcabuces, como la posición del enemigo era mucho mas ventajosa, recibían una descarga en el momento.

Inquieto Perez de Egea al ver adelantarse

tanto las obras de asedio, mandó á Diego Gonsalvo, alférez de Garcés, que con once soldados de los mas briosos saliese de la plaza, y superando la trinchera le capturase vivo un centinela para inquirir de él las últimas disposiciones de los franceses.

No fué posible á Gonsalvo llevar á debido efecto la orden precitada, porque al presentarse delante de la puerta le atravesaron el brazo derecho de un balazo.

El dia veinticuatro llegó gozoso á dulcificar las amarguras de aquel apiñado grupo de valientes, trayéndoles los paisanos que marcharon en compañía de Ubilla á verse con Isasi, una carta de Felipe IV alabando su valor y constancia, ofreciéndoles premiar su lealtad y avisándoles haber dado las órdenes perentorias para que por mar y tierra acudiesen sus tropas á socorrerles.

Aprovechando el Gobernador el entusiasmo que causó la misiva del Rey, y contento él mismo con tan faustas noticias, pero contrariado de verse reducido á batirse escondido tras un muro, encargó al alférez Juan de Roa otra salida, la cual llevó á cabo con alabanza de todos; porque batiéndose sereno y con denuedo, penetró entre los enemigos y observó que habian retirado de las trincheras parte de la guarnición.

Lleno Perez de Egea de halagüeñas esperanzas por los felices resultados que le dieron siempre las salidas, juzgó oportuno el temporal lluvioso que reinaba aquellos dias, coincidiendo con la fiesta de Santiago, patron de España, y bajo cuyo patrocinio ganaron los españoles las batallas.

Estas circunstancias, unidas á las de haber el enemigo arrimado al foso la trinchera, muy cerca del baluarte de la Magdalena, y para demolerle con mas facilidad, levantado un fortín cerca de la costa armado de dos grandes cañones, le determinaron á intentar la operacion arriesgada de clavarle la artillería. Esta consiste en tomar á viva fuerza una batería y meter un clavo por el oido del cañon á golpe de martillo, como quien no dice nada!....

Perez de Egea reunió á los soldados que mas se distinguieron en lo que iba de sitio, y los exhortó con calor á acometer bravamente tan difícil empresa al grito de «Santiago y cierra España,» en el mismo dia de su fiesta.

Tan nobles como esforzados campeones se armaron en seguida de martillos, clavos y azadones, y reunidos en la guardia del portal de San Nicolás principiaron á rellenar de pólvora los cartuchos; mas, fatalmente, por casualidad ó por malicia, saltó una chispa y prendió una

porcion de pólvora que estaba cerca, comunicándose instantáneamente el fuego á cuatro pequeños barriles allí inme diatos, que lanzaron á cuarenta soldados por los aires, quedando tres de ellos quemados en el acto, y muchos mas que poco despues murieron horrosamente lacerados.

En gran cuidado puso al Gobernador tan doloroso acontecimiento, porque á la sensible pérdida de sus mejores soldados, se unia la sospecha cruel de si se hallaria oculta la traicion entre tan nobles guerreros. Cuantas diligencias practicó, como el alcalde Butron, no dieron resultado, y únicamente les sirvió de consuelo el saber por unos prisioneros, dias despues, que en aquella noche habian doblado las guardias los franceses y ejercido la mas esquisita vigilancia, conociendo que en tal festividad nunca dejaron los nuestros de llevar á buen fin las mayores hazañas. En todo ello vieron solamente la intercesion de los santos que les libró de mayores males, y en accion de gracias se cantó una miss solemne á Santiago, protector de los españoles.

Sin embargo, los soldados de Hybernía que se hallaban muy descontentos con la rigidez de D. Domingo Eguia, porque les sujetó á la misma tasada racion que daba á los españoles, y

como setentrionales eran los irlandeses menos sóbrios, acriminaron bastante á las claras de tan infame suceso al digno ex-gobernador, cuyas virtudes privadas y militares le proclamaban un cumplido caballero.

A pesar de todo, la calumnia hizo siempre su camino; y como Eguía y Perez de Egea apenas se trataban, este no se defendió bien contra la duda y la dejó que avasallara á la nobleza de sus pensamientos. Egea llamó á Butron, y aun sabiendo la intimidad de su union con Eguía, le comunicó tan sensible sospecha, asegurándole ceder ante la lealtad que debía al Rey y lo que la honra de la patria le exigia. Apesadumbrado Butron al ver que de él se esperaba se manchase igualmente con la duda temeraria sobre la acrisolada fama de tan leal caballero, contestó que para que nadie sospechara posponia la defensa de su país á la amistad que le unia al hombre mas sincero, él mismo le observaria y buscaria el medio de hacer patente su maldad ó restablecer el respeto á la pureza de su honra, á fin de que se mostrara tan brillante que pudiera oscurecer la luz clara del dia. Y así fué: Butron usó de cuantos medios, halló posibles, hasta la instigacion secreta, porque como le amaba verdaderamente, preferia verle bajar á la tumba á que conservase la exis-

tencia con mancilla; pero todo fué en vano ante la rectitud de ideas de D. Domingo de Eguía; y su mismo ceño con Egea probaba que en tan noble corazón ni aun el mas mínimo sentimiento se escondia, pues como dice el Padre Moret, «siempre verás que se procura reprimir el enojo, »que despues ha de resaltar; y el que piensa en alguna traicion, muy de antemano precave »los indicios.»

Su signo no le arrastraba fatalmente al baldon: Dios le destinaba para alcanzar la gloria de defender Fuenterrabia.

Frustrada la salida por tan horrenda desgracia, no quedaba otro recurso que el de las fortificaciones interiores, y á estas se aplicó el Gobernador con sin igual constancia, colocando de antemano un pedrero en el bastion del ángulo derecho que miraba al baluarte de la Magdalena.

Su prevision no fué infructuosa.

El dia veintiseis, ya dueños del foso los franceses, hicieron en la noche una fuerte caponera (1) para minar el baluarte defendido. Observólo Perez de Egea, y al romper el alba mandó descargar el pedrero con tal acierto, que

(1) Comunicacion que se establece entre la plaza y las obras exteriores escavando el foso. *Cripta subterránea.*

unos quedaron bajo la tierra comprimidos, otros al descubierto, y los demás heridos. Admiró, no obstante, la constancia de los soldados franceses en tal día para reparar su fábrica; pues á medida que caían á los certeros tiros del pedrero, otros acudían, y con ánimo obstinado renovaban las obras, hasta que sucumbiendo los mas animosos, interrumpieron el trabajo para continuar de noche, á cuyo favor, con mayor seguridad proseguirían su ataque subterráneo contra las fortificaciones.

Y así tuvo lugar: al envolver las sombras con su negro manto la tierra removida, acudió el enemigo con vigas enormes que arrimó á las murallas; de suerte, que en ellas se embotasen nuestros proyectiles, y á su abrigo continuar minando el muro con la piqueta y el martillo. La guardia del baluarte que oyó en seguida el golpeo, principió á arrojar grandes piedras, ollas de lumbre, y con abundancia el agua hirviendo; pero no era suficiente para impedir el trabajo á tan tenaces mineros. Entonces imaginó Perez de Egea iluminar el foso por medio de *guirnalda de fuego*, preparadas con material bien seco untado con ingredientes que sostuviesen la llama durante media hora, é hizo jugar con estrago el pedrero. Mantuviéronse valerosamente los franceses hasta sucumbir he-

chos pedazos con las heridas mas terribles, y quedar el foso convertido en un inmenso monton de cascotes y de vigas ardiendo, que con siniestro resplandor permitian distinguir al arrojado soldado francés, convulso ó mutilado, hendido el cráneo ó desgarrado por anchurosa herida en el pecho, arrastrándose entre los escombros y espirando apoyada la cabeza sobre un infeliz amigo y compañero inerte ya, que á su lado habia muerto!....

El ejército sitiador perdió toda esperanza de alcanzar resultados con tan heroicos medios, y emprendió á toda prisa el quinto ataque para derribar los muros de Fuenterrabia desde lejos.

A la otra márgen del rio Bidasoa, donde la mar pródigamente deposita sus arenas y se tiende el campo que llaman *Ondarrayzo*, dando frente á la estacada defendida por Butron, el enemigo asestó dos culebrinas, que debido al efecto de su grande alcance, nos causaron demasiados muertos y bastantes heridos.

Hizo la casualidad que dentro del templo situado cerca de la plaza, en el que se reunian los ancianos é inútiles á rezar, penetrase una bala de cañon y pegase de lleno en la efigie de San Miguel Arcángel, sin causar el menor daño á los fieles que estaban en oracion; y habiénd-

dose notado que sucedia lo mismo con las bombas que caian sobre la iglesia, se persuadieron las tímidas gentes que en tan sagrado asilo se hallaba el medio eficaz de preservarse; porque los santos protectores, interesados en la defensa de sus devotos contra los estragos que causaba el enemigo, atraian las balas para que pegasen únicamente en las venerandas imágenes.

Sencilla credulidad, que siempre tuvo de bueno la confianza ciega en la piedad innata de Nuestro Señor Jesucristo.

Casi no pasaba un dia sin que se descubriese un nuevo ataque en el campo francés, y el del veintisiete apareció el sexto dispuesto con dos cañones, situado en un manzanal cercano en frente del muro de San Nicolás.

Nuestros soldados no tenian ya mas artillería útil para defenderse que las dos piezas del palacio, porque las demás ó estaban rotas ó imposible de servirse, habiendo quedado la muralla sin cordon, dejándoles á cuerpo descubierto ante el enemigo. En tal concepto sostenian el fuego, y no sin fortuna, desde la última almena; lo cual obligó á los franceses á apuntar todas sus baterías contra ella, disparando con bala rasa de á veinticuatro. Es fama que en todo el sitio recibieron los muros del palacio mil dos-

cientos cañonazos, sin desmoronarse ni un paredon de la obra soberbia que lleva el nombre de Carlos V, emblema de la constancia de tan augusto Emperador (1).

Los franceses volvieron nuevamente á la mina, y aunque rechazados varias veces con denuevo, lograron finalmente el dia veintiocho penetrar en el foso por dos distintas que hábilmente establecieron.

En la noche del mismo llegó el audaz Ubi-lla, acompañado de D. Martin Sepúlveda y Don Adrian Polido, antiguos capitanes que aspiraban á ganar con honor mayor empleo, siendo portador de la carta escrita por el Almirante al gobernador Perez de Egea, en la que le manifestaba *que venia por Generalisimo por orden del Rey, y que estaba juntando grandisimas tropas: preguntándole además, que ya que tanto fiaba de sus fuerzas, hasta qué dia pensaba poder alargar la defensa de la ciudad; que aunque él todavia no tenia tropas suficientes, tenia ánimo de acudir como quiera apenas fuese preciso.*

(1) La construccion de este palacio se atribuye al rey de Navarra, D. Sancho el Fuerte; pero de todos modos es de remota antigüedad.

Tambien es tradicion de muy antiguo que las murallas que miraban á Francia, las mandó levantar el rey Wamba.

El Gobernador volvió á enviarle á Ubilla en compañía de dos jóvenes y el sacerdote D. Sancho Cigarroa con su contestacion, declarando al Almirante francamente la grandeza del peligro, *y que él no podia señalar tiempo fijo en la defensa de la ciudad.*

El treinta y uno de Julio regresaron los acompañantes de Ubilla con nueva carta del Rey, avisando el envío de socorros, y añadía: *que con sobras resarciria del Erario cuantos menoscabos hiciesen los enemigos, y lo que ellos gastasen en la manutencion de la tropa.* El Almirante escribió lo mismo sobre socorros; pero se juzgó que más lo decia por la forma que con ánimo de cumplirlo; porque desanimado con la tardanza de las tropas, en presencia de tantos enemigos, los compañeros de Ubilla le encontraron muy tibio.

XI.

MUERTE GLORIOSA DE D. MIGUEL PEREZ DE

EGEA.

Amaneció el primero de Agosto marcando el día treinta y dos del sitio, y el enemigo audaz trabajando con decision en la traidora mina, continuamente amenazaba, haciendo saltar los sillares, demoler los ametrallados bastiones de Fuenterrabía.

Inquieto Perez de Egea, envió à Hernani con dos paisanos que le enseñasen el camino, á D. Martin de Sepúlveda, para que persuadiese al Almirante, de quien fué subordinado amigo, hasta qué punto el peligro era inminente, sino les socorria con prontitud y tropas suficientes.

El Almirante no lo ignoraba, ni se descuidó un instante; y así que llegó al campamento de Hernani, conociéndose inferior en fuerzas para acudir por tierra á los sitiados, aceleró el socorro por mar, armando muchas chalupas bajo las órdenes de D. Alfonso Idiaquez, con el fin de que marchasen á embocar por el río Bidasoa, saliendo el dos de Agosto de San Sebastian.

Para proteger ésta expedicion, mandó que la diese convoy D. Francisco Mexia con siete navíos y presentase batalla á las navos enemigas, asegurando de tal suerte el rumbo de las chalupas, y facilitándolas que á favor de la alta marea vogasen hasta la ciudad.

Apenas zarpó Mexia de la Concha cuando le obligó á detenerse la escuadra que mandaba Sourdis, arzobispo de Burdeos, presentándose en el horizonte aunque con algun retraso, bastante á tiempo por nuestra proverbial lentitud y la detención de Hoces, para que fracasase una operacion tan hábilmente concertada.

Envío Mexia para que la reconociera á Don Baltasar de Torres con una ligerísima galera, y volvió con la noticia de que la escuadra francesa se componia de treinta y siete navíos, sin contar los que custodiaban el río desde el principio del sitio, los que habia en Pasages y otros

vigilando las costas de Guipúzcoa, porque en este caso ascenderían á cincuenta, fuera de las embarcaciones menores de remo y de vela.

Desistió Mexia hacerse á la mar, y dió fondo esperando que á Idiaquez le fuese propicia la fortuna. Mas no fué así: el enemigo descubrió las chalupas al despuntar el día, y habiendo saltado á estas la marea, tuvieron que regresar perseguidas y algunas acosadas muy de cerca.

Al propio tiempo que la armada del Arzobispo privaba á Fuenterrabia de socorro, los dos costados del baluarte de Leyva sufrieron gravísimo daño, cayendo al foso al rigor de las balas las fajas y cestones con que sus defensores estaban parapetados.

Las lluvias habian socavado la estacada que defendian los paisanos, y con el frecuente estallido de las bombas cayó rendida al impulso de elementos tan contrarios. Todo era luto, destruccion y muerte. El enemigo veia ya próximo el momento de entrar por la tendida brecha, deteniéndole tan solo el respeto que aun le imponia el indomable valor de los paisanos. Los nuestros, cubriendo con una vela de pavío, á guisa de sudario, las vigas descarnadas cual si fuera el esqueleto de la que enhiesta fué su protectora y maternal defensa, colocándose bien

el arnés y tendiendo los nervudos brazos con el puño cerrado para ensayar su fuerza y elasticidad, con ceño altivo y semblante sereno se aprestaban á resistir el asalto, segun lo exigia de su honra la independencia nacional.

Temerosos los franceses no embistieron; y el Padre Isasi, de acuerdo con el Gobernador, procedió á levantar la fortificacion.

Los paisanos, á pesar del fuego constante con que les molestaba el enemigo, bajo las órdenes de Butron, enderezaron y atravesaron en todas direcciones las vigas puntiagudas, y formaron el terraplen.

Lo bien dispuesto de tan sólida defensa suscitó la duda de si la guarnicion deberia retirarse alli, por ser mas resistente que las antiguas fortificaciones ya desmanteladas; pero Butron se opuso juzgando indecoroso ceder ni un pié de terreno al enemigo, y se dedicó á establecer de la misma manera una segunda construccion de defensas para resistir en ellas cuando los franceses les hubieran desalojado de las primeras.

El Almirante preocupado siempre de enviar socorros á los sitiados, ya que por la lentitud con que le llegaban escasísimas fuerzas no le era posible presentar al príncipe de Condé resueltamente la batalla, llamó á Ubilla y le pre-

guntó si se determinaba á entrar con trescientos hombres en Fuenterrabía. La pregunta era escusada en aquellos tiempos, y á hombres tan esforzados bastaba solo indicar el mas mínimo deseo de acometer la mas difícil empresa para que cualquiera de ellos se jugara la vida, considerándose altamente honrado y satisfecho. Ubilla contestó que estaba pronto; mas enterados los de Fuenterrabía por los confidentes que hábilmente sostenían para comunicarse con Hernani, desaprobaron el refuerzo por el riesgo que corría descubriendo al enemigo el pase hasta entonces ignorado; siendo suficientes para poder intentar la entrada, y muy pocos en el caso de tener que defenderse. Además, les arre- draba el aumento de bocas, porque las provisiones escaseaban y no recibían repuestos; sintiendo no obstante manifestar su repugnancia sin mayor motivo; no fuera que el Generalísimo descuidara en adelante reforzar la plaza, persuadido de que era suficiente la guarnición con que contaba.

Los espías del príncipe de Condé descubrieron la intención del Almirante, y divulgándose en seguida, algunos soldados franceses que estaban cerca de la muralla, gritaron á los nuestros: *Para mañana se os dispone por tierra alguna gente de socorro; pero á manos de*

los nuestros pagará el castigo de su temeridad.

Alarmado el Gobernador con tal razonamiento, de acuerdo con los jurados y demás jefes militares, despachó dobles correos al Almirante noticiándole el suceso, pero desgraciadamente no pudieron pasar, por impedirlo la alta marea; y habiendo divisado al día siguiente que ocho navíos hacían rumbo á Pasages, les asaltó el temor de que fuese cogido Ubilla entre dos fuegos por las tropas de desembarco y las que de frente le atacasen saliendo de los reales.

El Almirante dispuso por sí mismo la expedición, eligiendo entre los mejores los trescientos soldados mas briosos, y reunidos en el centro de sus reales, les arengó diciéndoles *fuesen á sus muy leales compañeros y se hiciesen partícipes de sus glorias: que no podrian ejecutar cosa mas agradable para el Rey y para él, pues con dificultad se acomodaba á tener sin ejército el título de general metido en los reales, y viendo tan de cerca la ruina de tan gallardos ciudadanos; que él acudiría con la presteza posible con todas las tropas á la defensa de todos.*

Encariñados los soldados con su general por la atabilidad y bizarría que le caracterizaba, acogieron tales palabras con grande entusias-

mo, y vanidosos de ser los elegidos para acometer tan peligrosa como difícil empresa, llenos de noble altivez se despidieron estrechando las manos á sus camaradas. El general Almirante les dio por jefe á Miguel de Ubilla, y en su presencia le prometi6 en nombre del Rey el hábito de la Orden de los caballeros de Santiago (1).

Guiados por algunos mozos de Irun que espontáneamente se ofrecieron, y marchando delante D. Miguel de Ubilla, desfilaron por lo mas

(1) El Almirante cumplió dignamente su palabra. La casa de Ubilla (como está escrito en la fachada, *Soy de Ubilla*, y no *Ubilia* segun he visto impreso en relaciones históricas) existe en la calle que lleva su nombre en la inmortal Fuenterrabia; pero en qué estado! ... Solamente quedan los muros exteriores en donde, como sobre la losa de un sepulcro cuyo enterramiento ha sido violado, campea noblemente el escudo de armas de Ubilla sobre la cruz de la Orden de los caballeros [de Santiago, la cual aun conserva su color encarnado]... sin duda para decirnos que de tenerla en tal situacion debiéramos sonrojarnos.

El interior de la morada de tan ilustre guerrero, hoy es una cuadra! Tres magnificas columnas de mármol rojo del Jaizquibel sostienen el descarnado maderamen, y sirven de centinela al primer tramo de la ancha escalera que es de piedra.

Tan noble recuerdo de aquel ilustre varon, pertenece hoy dia á la señora condesa de Torrealta, de quien es pariente cercano el Sr. D. Miguel Maria de Artazcoz y Plaza, vecino y residente en Fuenterrabia, y por lo tanto descendiente de Ubilla, cuyo hermano mayor heredará la casa y torre de Ubilla, sita en el barrio de Ubilla, en Marquina, de que en la actualidad es poseedora Doña Maria Teresa Abarrategui.

fragoso é impracticable de los montes, en el silencio de la noche oscura.

Gran parte de ella la emplearon rodeando con vueltas y revueltas para evitar los cuarteles enemigos que llegaban á las inmediaciones de Oyárgan, hasta caer en un valle muy profundo en medio de los reales. La oscuridad era completa; y atentos para no caer en emboscada, nuestros audaces soldados caminaron con paso de lobo, cuidando no produjesen el menor ruido sus pisadas. Contenian cuanto les era posible la respiracion, agitada algun tanto por las dificultades del terreno que tenian que superar sin ver el sitio en que fijaban la planta; y ahuecando la mano para cubrir la mecha del arcabuz, adelantaban la cabeza tendiendo el cuello ya á la izquierda, ya á la derecha, ya adelante, con el fin de escuchar mejor y percibir el mas ténue sonido que les indicase la próxima presencia del centinela francés, quien temeroso por tan continuas sorpresas, se hizo vigilante. Mas de una vez el viento rápido que á ráfagas pasaba momentáneamente entre los árboles, fingiendo el ruido de gentes que velaban, les detuvo agrupados echándose los arcabuces á la cara. Los exploradores volvian atrás al notar la detencion; y la orden de marcha se comunicaba por Ubilla, como todas, sin desplegar los

labios, cogiéndose uno á otro del colete y tirando hácia adelante.

Finalmente llegaron á unas extensas lagunas, en las que sin ser el riesgo menor, la dificultad era mas grande. Segun dije en un principio, la parte del setentrion, del oriente y casi todo el mediodia, por donde habian de penetrar en la ciudad, está llena de balsas que forma la marea, y hallándose en sitios muy bajos, no se retira el agua. El piso, por lo tanto, con el lodo, siempre es resbaladizo: los juncos y espadañas con la humedad brotan abundantes y apiñadas; y las algas que deposita la mar en sus crecientes, permanecen enredadas por montones.

En medio de estas lagunas, sobresalia una pequeña elevacion donde estaba el puente Mendelo (1), ocupado ya por los franceses, lo cual les obligó á efectuar un rodeo que les condujo hasta el punto en que, reventando las olas con violencia, les traia el viento su blanca espuma sobre los arcabuces, que sin preocuparse mas en cuidar de sus personas, preservaban con el

(1) El puente de Mendelo existe en la actualidad, pero no las lagunas que por ambos lados limitaba la calzada; pues la creciente de la tierra para convertirse en plantíos, ha dominado á las crecientes de la mar. Tres ó cuatro casitas próximas al puente, son las que constituyen hoy dia el sitio llamado *Mendelo*.

mayor esmero. A los pocos pasos la profundidad aumentó por hallarse aun alta la marea, declarando los guías, con el agua al pecho, ser imposible sin gravísimo riesgo el intentar el vado. Ubilla mandó hacer alto y esperar en silencio à que la mar se retirase.

Momento solemne y à la par triste y terrible, en que suspensa la vida se encontraba entre la muerte lanzada por la boca del cañon enemigo; y el dolor de verla encadenada por el fiero elemento, que les retardaba el placer de estrechar à sus amigos infelices, cuyo corazon palpitante de ansiedad esperaba al pié de las murallas!

La oscuridad todavia era completa: el puente Mendelo, cuidadosamente artillado, distaba pocos pasos: el viento traia por intervalos la voz melancólica del centinela que grita *alerta*, y la mas ténue y fatídica aun de cada compañero contestando *alerta está*, como repita el eco los sonidos de montaña en montaña, atravesando el llano. Los ojos ávidos de nuestros valerosos soldados veian las luces de los campamentos enemigos, y tendian luego la mirada sobre la planicie de las lagunas que les parecia inmensa, cuando al romperse las olas, lo fosforescente de las aguas en Agosto les permitia divisar en la ribera la negra mole del palacio de Carlos V, simit gigante del heroismo en reposo

sobre las rotas murallas. Cualquiera hubiera dicho al ver aquellos hombres metidos en el agua teniendo los arcabuces y las espadas en alto, que mas bien que en auxilio de otros seres, iban á librar batalla al océano!...

La voluble fortuna, sin embargo de tan dichosa expedicion, les fué contraria: un soldado irlandés, por casualidad, ó creyendo ver encima al enemigo, disparó el arcabuz, la alarma cun-
do, la guardia del puente de Mendelo se lanza al parapeto y otros retenes llegan á escape; el fuego se rompe dirigiendo por cálculo la punteria; los nuestros se desordenan, ó impelidos al empuje del tumulto, unos van por un lado, otros del otro, y Ubilla, seguido de ochenta mas osados, nadando los que sabian y apoyándose los que no en las horquillas y arcabuces, llegaron con el alba hasta los muros: dos hombres únicamente equivocaron la dirección, y por temor de caer en manos del enemigo se ocultaron entre los juncos, penetrando igualmente en la ciudad cuando mediaba el día. Los demás, retrocediendo por el mismo camino, erizado con la alarma de mayores obstáculos, se presentaron salvos y sanos en Hernani, sin que ninguno hubiese sucumbido.

Esta marcha tan heroica vale en mi concepto para el blason de Miguel de Ubilla, tanto como

en reñida batalla haber alcanzado la victoria.

Muy dignos de mencionarse son los nombres que conozco de los que entraron en la ciudad con Ubilla: estos fueron los capitanes D. Francisco Heredia y D. Iñigo Salazar, el alférez Don Francisco Molino, un capitán irlandés con toda su gente de la propia nación, y otro capitán, vizcaino, con su paisano y alférez, el cual se hizo famoso hallándose de guardia en Cádiz, exigiendo al Rey en persona el *Santo* para dejarle pasar.

A pesar de que no era el auxilio que necesitaban los de Fuenterrabía, recibieron con cordialísimo entusiasmo á tan famosos conmillitones de D. Miguel de Ubilla. Todo se volvió cuestiones interminables y preguntas durante muchas horas sobre los planes del Almirante y el número de tropas. Los recién llegados, esquivando parecer portadores de fatales nuevas, y por demás contentos de verse ya dentro de muros, salvos de tan terrible noche en las lagunas, pintaban la situación con colores mas brillantes de los que en realidad tenia.

No así D. Francisco Heredia, quien llevado de una franqueza mas bien justa que inhumana, les declaró la verdad; manifestándoles que hasta fines de Agosto, por lo pronto, no contasen con que pudiera reunirse un ejército formal.

Estas palabras produjeron mayor efecto que una bomba, y creyéndolas sinceras, puesto que á él como á todos afectaban, se apresuró el Gobernador á reunir en consejo á los Cabos (1) y principales de la ciudad, para proponerles el envío de una comision al Almirante que le persuadiese de la critica situacion, y si nada alcanzaba, fuese á ver al marqués de los Vélez, y en último extremo, al Rey.

Escritas las cartas consiguientes, se resolvió marchase con ellas D. Pedro Sanz Izquierdo, segundo alcalde de Fuenterrabía, como encargado de la parte política; pues al alcalde primero, que era Butron, le correspondia la militar, conforme el reglamento municipal lo establecia.

La marcha de Izquierdo no pudo tener lugar, por estar guardados todos los pasos con dobles centinelas enemigas.

Irritado Perez de Egea y entregado ya únicamente al arranque de su alma valerosa, no pensó en mas que en batirse á campo raso, y practicar hasta morir ó vencer, cada dia una salida.

Varios de los Cabos se opusieron con respeto, en atencion al corto número de combatientes para la defensa de la plaza: los más aprobaron

(1) Llamábase cabos á los caudillos ó capitanes.

la idea, pero tibiamente; visto lo cual, Perez de Egea les pronunció un extenso razonamiento que fué muy aplaudido, aunque los mas decian que *el fogoso espíritu del Gobernador lo asemejaba á una tea, que con el excesivo ardor ella misma apresuraba su fin.*

Adoptado este plan sin grande resistencia desde el momento en que fué cuestion de jugarse la vida, el Gobernador eligió acto continuo doscientos cincuenta entre los mas esforzados, para que acometiesen antes de rayar el dia su predilecta empresa de clavar los cañones.

Un poco tarde llegaron los capitanes con su gente en armas á la plaza, donde paseándose impaciente les esperaba el Gobernador, cuando se presentó Butron para persuadirle desistiese de tan arriesgado acontecimiento, ó por lo menos lo difiriese, porque muy próximo ya se adelantaba el dia.

Perez de Egea, no escuchando nada, arengó á los soldados con vehemencia y los lanzó contra los franceses por el portillo de la estacada.

No obstante el inmediato aviso que dieron los guardias de Hendaya, nuestra gente desplegó tal furor, que derribaron muertos ó heridos á cuantos hallaron á su paso, sin tregua ni respiro para lograr formarse. El Gobernador,

de pié sobre el cercano cubo de Leyva, animaba á los combatientes, llamando á cada uno por su nombre y alabándoles sus proezas, y lleno de entusiasmo, á cada accion de valor se quitaba el sombrero agitándole en alto.

Ya nuestros soldados habian llegado á lo interior de los cuarteles y operaban su mision destructora sobre el bastion de la mas terrible bateria, en medio de los aplausos y vivas de sus compañeros que desde los muros les alentaban locos de alegría y cada vez mas entusiasmados, cuando la desgracia vino, como siempre, traidora é inhumana, á llenar de tristeza su pecho levantado. La actitud de Perez de Egea, su fiero ademán, sus voces de mando y exclamaciones que como el trueno estallaban desde la altura del muro desmantelado, llamó la atencion á varios soldados franceses, y para el tiro les sirvió de blanco.

Oyó el Gobernador silbar las balas con desprecio, como zumba un enjambre en torno á la colmena; pero una de ellas certeramente dirigida, rompiéndole la muñeca, le atravesó por medio de la encomienda encarnada de la cruz de Montesa, de cuya orden era caballero, quedándole debajo del corazon y partidas las costillas.

Al propio tiempo, reforzados poderosamente

los enemigos, cercaron completamente á los nuestros hasta el punto de no poder cargar sus armas, estableciéndose por lo tanto la lucha cuerpo á cuerpo. El arcabuz empuñado por el cañon les sirvió de maza; las picas y las espadas aparecian como centellas en el aire, y cual el rayo al caer instantáneas, derribaban á tierra á su contrario, saliendo á borbotones de la anchurosa herida la sangre.

Desde los muros se hizo imposible en tal situacion proteger la retirada arrojando granadas. Ya habian sido hechos prisioneros cubiertos de heridas, entre otros muchos, los capitanes D. Francisco Diest y D. Alfonso Laredo. El alférez Juan de Roa con dos enormes cuchilladas en la cabeza, y los capitanes irlandeses D. David Barri y D. Pedro Jaralin, haciendo prodigios de valor, lograron salir de la trinchera con sus compañeros. Mas de cien hombres tuvimos entre muertos, heridos y prisioneros; pero tan crueles pérdidas no disminuyeron el inmenso sentimiento que causó la herida mortal recibida por Perez de Egea.

En el momento que cayó atravesado este Gobernador tan valeroso, le llevaron los soldados á palacio, y sintiéndose morir á cada instante, pidió con notable devocion los Sacramentos, pero no se atrevió á recibir el Viático

sacramentalmente, por la frecuencia con que se le repetían los vómitos de sangre. Sereno como quien alcanza la mas honrosa recompensa con tan gloriosa muerte, llamó á Butron, al Padre Isasi y á otros nobles, entre los cuales pareció muy mal que no acudiese Eguía, pertinaz aun en momento tan supremo en su injustificable enojo, y les dió las mas sábias instrucciones acerca de fortalecer la ciudad en adelante, que por ser sumamente acertadas se emprendieron las obras obedeciendo sus consejos despues de su muerte, cual si lleno de vida les dictara las órdenes.

Esforzado y afable cual ninguno lloraron su muerte los soldados, y envuelto en una bandera condujeron el cuerpo para enterrarlo en la iglesia de Nuestra Señora, acompañándole la tropa y los paisanos con las armas vueltas hácia el suelo, desaliñadas las insignias militares, y con toda la pompa que permitieron las circunstancias.

Don Miguel Perez de Egea pertenecia á una familia de Cerdeña; y de ánimo marcial, labró con su inteligencia en las armas especiales, el alto crédito de que gozaba al frente del enemigo y en el arte de la guerra. Sobresaliendo en disponer fortificaciones, «culpáronle algunos de temerario, otros lo calificaban de valiente,

ordinario error de los que tanta alabanza dan á los viciosos extremos de la virtud, como á ella misma.»

Varon preclaro, vivió con gloria y murió ensalzado.

XII.

LA ARMADA.

Muerto D. Miguel Pérez de Egea, lo reemplazó como era natural D. Domingo de Eguía en el cargo de Gobernador, con beneplácito de todos y aun de los irlandeses, reconciliados con él, debido á los esfuerzos de Butron.

El triste resultado del hecho de armas que acababa de ocurrir, lejos de dominar los ánimos, los irritó de tal manera, que rayaba en el frenesí de la locura mas que en el de la temeridad. Paisanos y soldados no abrigaban otro pensamiento que el de la resistencia hasta la muerte; y con afán pusieron en manos del nuevo

Gobernador todos sus intereses, para entregarse sin pensar en el porvenir, ni importarles un ardite del peligro, á levantar las obras arruinadas, y defenderse á todo trance, hombres, mujeres, ancianos y niños.

El mismo teson mostraron nuestros prisioneros. Llevados primeramente los soldados á la presencia del príncipe de Condé, orgulloso con nuestra heroica derrota, sin embargo de que tan cara le costó, les hizo mil preguntas relativas al estado interior de la plaza, cantidad de provisiones y número de combatientes que contaba. Los soldados españoles contestaron evasivamente para que continuara en la misma ignorancia; pero un irlandés le respondió repetidas veces que tenian en Fuenterrabía tres mil hombres de tropas escogidas entre las mas veteranas, y que era inútil imaginarse que habia de rendir la plaza. Ofendió tanto al de Condé la audacia del soldado, que sin poderse contener en los límites de la medida, le llamó *desvergonzado, mentiroso*, y le dió de palos con su propio baston; procedimiento indigno de tan gran señor.

Llamó luego á los capitanes Diest y Laredo, despues que les hicieron la primera cura, y separadamente les interrogó. Ambos exageraron sobre toda verdad, pero hábilmente para que

fuese mas verosímil la mentira. Volvió á Diest el principe y le preguntó si los de Fuenterrabia habian empezado á arrepentirse de su temeridad y porfía totalmente infructuosa: y qué semblante tenian al ver arruinadas las casas, el estrago de sus bienes y el riesgo fatal en que tan inmediatamente se encontraban. A todo lo cual el capitán Diest contestó con gravedad y pausa acentuada para que no llevase el aire sus palabras: «Ya, señor, los de Fuente-Itabia se »han desprendido de todas compasiones huma- »nas; de suerte que por la lealtad abandonan »cuanto suele llamar la atencion de los hom- »bres; en tanto extremo, que con recíprocos »exhortos están juramentados á padecer por la »fidelidad los mayores extremos; y que como »alguno se descuide en alguna expresion hacia »lo contrario lo precipitarán desde el punto »mas alto de las murallas.»

Enmudeció el de Condé y Diest se retiró con la altiva actitud que siempre conservó, á la par que urbana.

Tampoco nuestros soldados se descuidaron en su bizarra retirada de llevarse como el gavilan carne en las uñas; y echándose sobre un veterano del regimiento del de Condé, imaginando que aquel hombre tan apuesto pudiera servirles de algo, le sujetaron á brazo partido,

y prisionero, cuidadosamente ileso, se lo llevaron.

Este hombre declaró que ya llegaban las minas al baluarte de la Magdalena, cuya demolición habia comenzado, siendo el mismo príncipe de Condé quien arrancó la primera piedra, como privilegio de su empleo, en presencia de toda la nobleza: que á todos parecia desusada la obstinacion de los defensores de Fuenterrabía; porque los sitios que con frecuencia se repetian durante las expediciones de Flandes, se concluían con mas brevedad; y que, aun sin llegar á tan desesperados extremos, no solo no habia desmerecido la lealtad de los defensores, sino que habian sido aplaudidos. Añadió tambien que en esta salida tuvieron muchos muertos y heridos, nobles los mas; y que hubo un jefe que aconsejó se pidiese suspension de armas por dos horas para retirar los respectivos compañeros heridos y enterrar los difuntos; pero que no se hizo por no dar lugar á que los españoles se persuadiesen que les eran demasiado sensibles las pérdidas. Y así fué, que por la noche, algunos soldados franceses, que ignoraban el resultado de este último extremo, culparon de impiedad á voces á los nuestros por haber dejado á sus camaradas sin los sufragios funerales, lo que ellos por humanidad habian cum-

plido con los españoles. Tranquilos en su conciencia los sitiados, les dieron por tanto favor las gracias mas espresivas desde la muralla.

Gozoso andaba recorriendo los puestos Don Domingo de Eguía, tanto por haber recobrado la posicion con que esperaba inmortalizar su nombre defendiendo la patria, como por las disposiciones guerreras que observaba en el semblante, acciones y palabras de sus soldados, cuando en la noche siguiente á la muerte de Egea llegó á su oído la voz de un centinela previniendo que el enemigo minaba bajo sus piés los cimientos de la muralla. Acudieron inmediatamente al parage indicado Eguía, el Padre Isasi y Butron, cuya práctica en estos trabajos la aprendió en América; y en el acto resolvieron comenzar la contra-mina para establecer nuevo palenque de combate hasta en las entrañas de la tierra. Oyendo á su vez los franceses el golpe de la azada, cesaron en el momento para dificultar á los sitiados atinar con la direccion. Tambien dudosos los nuestros suspendieron las escavaciones, y la noche pasó, amaneciendo clara la mañana, que fué saludada por toda la artillería de los siete fortines, enviando contra las murallas bala rasa, bombas y cascós de metralla. Al continuo embate de mas de setecientos cañonazos que sufrieron en

tal día, el cuarenta del sitio, se desmoronaron considerablemente los nuevos parapetos, bastiones y baluartes, formando ya fácil subida una pendiente desde el foso á los muros. Hasta el famoso pedrero que tan bien se portó bajo las órdenes de Egca al comenzar los franceses la mina, quedó enterrado; y solamente fuimos venturosos en tan tremendo día, en no tener que contar mas que seis hombres muertos por el fuego de las baterías enemigas.

Luego que llegó á Madrid lo que escribió el Almirante y corrió la noticia que, debido á la tardanza de Hoccs, se hallaba Fuenterrabia cercada por mar con la gruesa armada del arzobispo de Burdeos, sin que tuviéramos por tierra suficiente número de tropas para defenderla, entró el temor de que se rendiria de un momento á otro, decayendo el renombre español, tan floreciente aun en todas partes, ante la opinion de las naciones extranjeras: pudiendo suponerse que si tan débil era dentro de su patria, las victorias que alcanzó en otros países fueron debidas al auxilio de fuerzas agenas.

Los Consejos de Estado y de la Guerra se reunieron frecuentemente; y entre las grandes resoluciones que se propusieron, fué que se lanzara sobre el enemigo la famosa armada de sesenta navíos preparada en Lisboa á la des-

embocadura del Tajo con la mira de recobrar el Brasil, de cuyas costas se habian apoderado los holandeses; y que á su paso, en demanda de las de Cantabria, Hoces se le incorporase con los navios tripulados en el puerto de San Sebastian. Sábia proposicion; porque, ¿de qué nos servia recuperar el Brasil, siendo victoriosos en lejanas tierras y vencidos dentro de nuestra propia casa? ¿Quién reputaria por prudente la diligencia de apagar un incendio fuera de esta y dejar que viva en su seno el que la abrasa?

Si las extremidades de un cuerpo están sanas, es porque sano y robusto el corazon, las beneficia; y en la opinion de las naciones, que es la que hace el principal papel en las guerras extranjeras, hubiera pesado más una plaza perdida en España que todo el Brasil recuperado, tan distante de ella (1).

Por otra parte, era inútil esperar á Oquendo de las Islas Baleares, teniendo que navegar todo el Mediterráneo y Océano que circunda España; y no con galeras, que, aunque perezosamente, al fin se gobiernan á remo, si no con gruesas naves de vela, sujetas al arbitrio de los vientos. Las naves que tenia en Cádiz el duque de

(1) Subrayo estas palabras porque pueden ser aplicables á muchas cosas que en nuestros dias han pasado y todavia pasan.

Magueda eran muy pocas, y las fuerzas de Hoces insuficientes y mal aparejadas, si él solo habia de tirar el dado de la guerra. Las provisiones se reunian con punible lentitud, y en tal concepto, ya en todas partes escaseaban con demasía; y con solo quitar el dominio del mar á los franceses, inutilizando por esta parte las operaciones de sus fuerzas terrestres, se lograba socorrer ventajosamente á Fuenterrabía, con grande utilidad de los gastos que originaria un suceso desgraciado para nuestra armada.

Además, en nada se oponia el aprovechar para este objeto la flota que se destinaba á las costas del Brasil, ni se interrumpia tal determinacion; pues hallándonos en primeros de Agosto, el arte de navegar aconsejaba que no debia pasarse la equinoccial antes del mes de Setiembre; de suerte que sin omitir cosa alguna en pró de la alta reputacion de España, todo venia bien.

El conde-duque de Olivares, sin embargo de tan prudentes consejos, solo dió oídos al orgullo que le dominaba, el cual únicamente le dejaba apreciar cuanto tendia á la magnificencia y á los hechos de gran lustre, sin darse cuenta que para llegar á tan codiciado término es de todo punto indispensable caminar con paso firme y mesurado, porque la prudencia fué siempre el norte de la seguridad.

Con vana impremeditacion se imaginaba que era lisongear demasiado á los franceses el hacerles ver que habian conseguido oponer su veto á la determinacion de enviar una armada española á las aguas del Brasil, y trastornados los planes de nuestra altiva monarquía. Motejaba que se diese mayor atencion á Fuenterrabía que á la dilatadísima costa del Brasil, y querer sacrificar á la conservacion de un pueblo el dominio de tan grande imperio. Que hallándose separado el Brasil nada menos que por la inmensidad del Océano, no quedaba esperanza alguna de recobrarle si dejaba pasar la ocasion, por la tibieza con que se suelen mirar las cosas allende de la mar: y el resentimiento de la pérdida de Fuenterrabía como cuestion doméstica, estimulando con mas vehemencia los ánimos, seria mucho mayor. D. Gaspar de Guzman y Pimentel, conde-duque de Olivares, indudablemente se inspiraba con el recuerdo de que cuando Aníbal talaba la Italia y se hallaba á las puertas de Roma, no interrumpieron los romanos la marcha de las legiones sobre el Africa, ni rebajaron los socorros destinados ya á sus colonias en España. Tambien ponía en duda que llegase con oportunidad la armada á Fuenterrabía por no hallarse aun bien equipada; y que por lo tanto se malograra una y otra expedi-

cion, dando lugar á la burla de las naciones extranjeras, poco indulgentes de suyo en lo que concernia á España. Además, esperaba confiado en que no se descuidaria Oquendo, esforzado hasta la temeridad, y hombre ganoso de gloria, máximo pudiendo recoger en el camino la escuadra de Hoces y la de Teixó, que con sus naves formarían cincuenta velas; número igual al de la armada francesa, pero superior como pujanza y práctica de la tripulación.

En algunos consejeros causaron muy favorable impresion las apreciaciones del Conde-Duque, y en otros, más que la razon influyó su grande autoridad. La resolucion quedó pendiente hasta consultarla con el Rey; y entre tanto, se destinó para las costas de Cantabria el navío «Santa Teresa,» de sesenta cañones y mil toneladas, que era una de aquellas naves abultadas para el servicio de las Indias; hasta que finalmente apareció el decreto disponiendo que toda la armada restante se destinase para la recuperacion del Brasil, y prohibiendo severamente que fuesen aminorados los socorros resueltos ya para los ejércitos de Flandes y de Italia.

Discutióse tambien con tal motivo, si convendría que el Rey fuese en persona á mandar el ejército, ó únicamente á dirigir las operacio-

nes desde una ciudad presidida (1), en las cercanías de los reales del almirante de Castilla; pero se desistió igualmente, por juzgarse que en ello, dando demasiada importancia al príncipe de Condé, se rebajaba la fama de nuestra monarquía. No obstante, se mandó que los caballeros de las Ordenes Militares y la restante nobleza, estuviesen prontos al primer aviso con armas y caballos.

Entretanto el fuego continuaba cada vez mas terrible contra Fuenterrabía, y sitiadores y sitiados trabajaban sin descanso en minas y contraminas; ya levantando la tierra con la pala, ya achicando el agua, que brotando en abundancia de infinitos manantiales, cuanto los pozos más se perforaban, en mayor cantidad les invadía.

La plaza apenas contestaba al cañon enemigo: profundamente enterrado el pedrero que tanto sirvió para destruir los trabajos avanzados en el foso, los que de nuestros bravos soldados no se ocupaban de la contramina, desembarazaban sin descanso, en medio de un granizo de hierro enrojecido, de la masa informe que cubria un resto de muralla, para sacar dos piezas de gruesa

(1) Dábase el nombre de ciudades *presidiadas* á las que hoy llamamos *plazas fuertes* ó ciudades fortificadas.

artillería que se hallaban en el que fué baluarte de Leyva, en reparar sus antiguas galerías, y en dificultar la entrada por la brecha, que abierta ya les indicaba el paso por donde en el momento del asalto debía salir gloriosamente su alma inmortal á gozar de mejor vida.

Las fuerzas con que contaban los sitiados las veían tristemente disminuir al caer de la tarde, á medida que los franceses aumentaban las suyas al levantarse el sol de cada día. Periódicamente les llegaba algun refuerzo; y el doce de Agosto asomaron por Hendaya cinco nuevas banderas, en pos de otras muchas, que esguarzando el río, penetraron en los reales.

Con ánimo sin duda de amedrentar á los sitiados, el día trece tendieron en batalla á la vista de la ciudad toda la armada francesa, descollando en el centro un navío tan enorme, que media de arqueo mil ochocientas toneladas al abrigo de sus desmesurados costados, reuniendo la gigantesca popa á la no menos elevada proa, y poderosamente artillado en todas las baterías. La amplitud del velámen, cóncavo al impulso del viento, sobresalía á favor de lo mucho que guindaba, por encima de los cincuenta navíos de línea, cuyos soberbios armazones y fuertes arboladuras á ambos lados se ostentaban.

Para que se celebrase tan famoso alarde, y como convidados á él los españoles lo presenciaron tranquilamente, las baterías enemigas no dispararon ni un tiro; cuya galantería agradecieron los nuestros mostrándose de pié sobre los honrosos paredones que un mes antes tenían el orgulloso nombre de murallas.

Al día siguiente el fuego comenzó con nueva furia y singular malicia. Dirigido principalmente contra el baluarte de Leyva, logró hacer que cesase de conservar su puesto la guardia, atemorizada por la tempestad de balas, sin que los Cabos se determinasen á imponer un castigo á aquellos hombres probados en la refriega, pero impotentes para defenderse contra un enemigo que los mataba desde tan grande distancia.

Los disparos de mortero fueron con dañina intencion premeditados; pues solo tuvieron lugar á desigual intervalo, para que las bombas cayesen inesperadamente á la luz incierta del alba y de la caída de la tarde; repitiéndose á la media noche cuando se juzgaba que los sitiados debían reposar, rendidos de cansancio.

Los muertos en aquel día, cuarenta y cinco del sitio, fueron numerosos; y entre ellos perdió la vida con profunda pena de todos, el virtuoso sacerdote D. Miguel de Oyarzábal, á quien como

padre espiritual amaban tiernamente, lanzado á los aires por una bomba, y cayendo hechos pedazos sus restos ensangrentados, encima de las casas.

Pero el corazón de los españoles, si ciertamente es sensible al dolor que experimenta al traspasarle la aflicción cuando pierde un objeto querido, es duro como el acero y frío como el mármol, ante la vana arrogancia del mas fiero enemigo.

Corriendo ya la voz en toda Francia que el príncipe de Condé de un momento á otro iba á anunciar la rendición de Fuenterrabía, cuatro bajeles ganosos de pillaje, y gran número de lanchas, entraron en el puerto á esperar el día de saqueo, cual aves de rapiña. Temerosos nuestros soldados de que la noticia penetrase con visos de certeza en los reales del Almirante, é influyese en el ánimo de este para considerar infructuosa cualquiera tentativa de acudir en su auxilio, determinaron plantar bandera roja en lo mas alto del palacio, con el objeto de que la vieran los puestos avanzados de las tropas de Hernani, y no cupiera duda á amigos ni á enemigos que los hombres que la enarbolaban eran del linaje de los conmillitones del emperador D. Carlos V.

Irritados los franceses al ver tanta osadía,

dirigieron el fuego contra la terrible bandera para derribarla; pero esta flotando dulcemente con las brisas suaves del estío, tendiéndose amorosa á las caricias del viento, ó plegándose indolente junto al asta, dejaba pasar las balas enemigas que silvando en el aire rápidas cruzaban.

A su pié los defensores sentados en el suelo, teniendo unos la espada y otros el arcabuz con ambas manos en reposo, se reían, alegre el corazón al ver tan sañuda porfía; y cuando llegó la noche, se asomaron como á una ventana en las obras inferiores, para oír lo que desde las inmediatas trincheras los soldados franceses les decían.

Durante muchas horas motivó el suceso gran parlota; porque los franceses de suyo son razonadores, y nuestra gente, cuando están de broma, famosos habladores.

Después de manifestarles que era temeraria empresa resistir mas allá de la obligación que impone el valor á los fuertes varones, y de que el Almirante, vista la indiferencia de la Corte, afeminada ya con la molicie que engendra el lujo y la ociosidad, habia regresado á Madrid; en tanto que el do los Velez tenia bastante con atender á sus propios cuidados sin buscarse otros sinsabores en asuntos ajenos, les pregun-

taron qué querían dar á entender con aquella bandera. A lo cual contestaron los nuestros: «No parar hasta arruinar del todo á los franceses, á sangre y fuego:» que no necesitaban el auxilio de nadie; y por lo tanto desconfiaban de que sus frívolas amenazas habían de amortiguar la decision de sus camaradas, resueltos á portarse como cumple á los guerreros.

De los razonamientos pasaron, segun espression vulgar, á decirse las pascuas. Los franceses llamaban á los españoles *locos*, *vanos* y *obstinados*; y los nuestros les gritaban: *cobardes* y *topos*; «que no hacian cosa alguna que no fuese á lo ratero; que este era el lance de verse su valor; que bien patentes estaban las brechas, y que las asaltasen, cumpliendo como buenos soldados con su obligacion.»

El siguiente dia, que fué el quince de Agosto, se mantuvieron en la inaccion por una y otra parte, como si se hubiera convenido un armisticio. Los valientes defensores de Fuenterrabía lo consagraron al culto y celebridad de la Asuncion de Nuestra Señora; y paisanos y militares confesaron, y juntos comulgaron, cantándose misa en el altar de Nuestra Señora de Guadalupe, cuya imágen trajeron al principiar el sitio desde su capilla exterior á la ciudad.

Acto tan religioso les inspiró por su devocion

tal confianza, que se persuadieron no pasaria el dia sin que se movieran las tropas de Hernani: así es, que hasta la noche permanecieron en los parages mas elevados de la ciudad, por ver si divisaban algo. La esperanza les salió fallida; no porque la Santísima Virgen les negase lo que con fervor tan sincero justamente le pedian, sino que dilató sus mercedes para que aumentándose el peligro, aun fuere mas sobresaliente la fortaleza con que se hacian dignos de la misericordia del Divino Hijo.

El bombardeo continuó al dia siguiente; y en tanto sucedian estas cosas, el Almirante de Castilla, con la mayor actividad reunia en Hernani un cuerpo de seis mil infantes con los socorros que le enviaban las mas cercanas provincias. Guipúzcoa habia contribuido con tres mil hombres á instancia de D. Pedro Idiaquez, y D. Pedro de Ipenarrieta, diputados suyos (1): la Vizcaya envió un regimiento de ochocientos hombres al mando del esforzado capitan veterano D. Juan de Echaburu, y Alava acudió con quinientos. Además D. Lope de Hoces desembarcó pocos dias antes cerca de Bilbao, mil

(1) Llamábanse así á aquellos sujetos que los reinos y provincias elegian en sus Córtes ó Asambleas, para que atendiesen á la conservacion de los privilegios y libertad de sus Estados.

doscientos irlandeses, pues los restantes ya habian venido de Madrid desde que principió el asedio.

No menos diligente anduvo el marqués de los Velez, quien despues de haber cubierto los desfiladeros del Pirineo, guarnecido á Pamplona y asegurado el gobierno de Navarra entre las potentes manos de D. Martin de Redin, llevó para socorro un cuerpo de cuatro mil quinientos soldados, y además quinientos nobles voluntarios, distribuidas todas estas fuerzas en cuatro regimientos.

Los coroneles que nombró para mandarlos fueron D. Fausto de Lodosa, señor de Larrain y Sarriá; D. Gaspar Henriquez de Lacarra, señor entonces y despues conde de Ablitas; D. Felipe Navarra, señor de Oriz y Lebríja, y D. José de Donamaria, señor de Ayanz; dando el mando en jefe de esta division con el título de Maestre de Campo General, á D. Francisco Caraciol, marqués de Torrecusa, varon de conocido esfuerzo y capaz de acometer las mayores empresas para ganar fama, cuyos cimientos iba á sentar en esta guerra, y sobre los cuales fundó el nombre esclarecido que alcanzó despues.

Tambien formó el de los Velez cuatro estandartes de caballería, de los cuáles uno se componia de cincuenta hijos-dalgo elegidos, capita-

neados por D. Gerónimo de Ayanz, señor de Guendulain; á estos se llamaron antiguamente *Guardias de Corps*, y luego *Los Remisionados*.

La caballería de corazas del conde de Lerin, condestable de Navarra, la mandaba en su nombre, con el título de Gobernador, D. Pedro Pacheco; la del marqués de Pobar, D. Francisco Lombana, con igual denominación; y con la de teniente se dejó á D. Francisco Ortiz el mando de la del duque de Lerma; siendo el Inspector de estos cuatro estandartes que constaban en junto de cuatrocientos caballos, D. Diego de Rueda Herrera, caballero de la Orden de Santiago.

Con estas fuerzas iba el marqués de los Velez á reunirse con el Almirante, marchando por el valle de Santesteban y el comarcano de las Cinco Villas; hasta que llegando á la vista de los franceses, llevó tendidas las tropas de Navarra por los montes inmediatos á los reales de Irun, para en el caso de que el enemigo le ofreciese la batalla.

Prevenido por carta el Almirante, operó un movimiento hácia el ejército francés con todo el grueso de las fuerzas que habia reunido, y cerca de Oyárzun vinieron á juntarse ambos generales.

Aunque igualmente colocados al nivel de tan alta dignidad, procuraron vencerse mutuamente en extremada y cariñosa cortesía, con las finisimas cuanto urbanas palabras, de que *esperaban con tan buen lado hacer brillar su conducta*. En seguida plantaron dos tiendas igualmente suntuosas, y acamparon las tropas algo distantes entre sí en sus respectivos cuarteles, pero dentro de los mismos reales.

Apenas tuvieron noticia los franceses de que los nuestros levantaban el campamento de Hernani y que venia el de los Velez, pegaron fuego á las casas, y precipitadamente abandonaron á Oyárzun, Lezo, Rentería y Pasages. Tal era la reputacion del esfuerzo de nuestras tropas, que causaba pavora con solo presumir, sin contar el número de hombres, que se aprestaban al combate; y la circunstancia de haber dejado cuatro cañones intactos en Pasages, acreditó su terror y precipitacion. Echaburu con sus vizcainos entró en dicho puerto y se estableció tranquilamente.

Al ver los de Fuenterrabia subir en remolino y avanzar como un nublado el humo ceniciento de las casas quemadas, y por la cordillera del monte Jaizquibel desfilár en retirada toda la tropa francesa que en sus vertientes le ocupaba, infirieron el movimiento de las fuerzas de Her-

nani. Notóse también en el mismo día que catorce banderas pasando el río tomaron posición en la orilla opuesta por la parte de Francia junto á los vados, temiendo sin duda algún ataque de la gente española de los pueblos que hacía la frontera de Navarra se había aglomerado, y que cruzando el Bidasoa sin riesgo, si sus márgenes no estaban guarnecidas, avanzasen, y con la baja marea introdujesen refuerzos en la plaza sitiada.

Como si no fueran bastantes los apuros que ofrecía Fuenterrabía á los heroicos defensores de su fortaleza completamente desmantelada, y además minada, en el día cuarenta y nueve del sitio, avistaron los franceses la escuadra de D. Lope de Hoces, compuesta de doce navíos de línea: y levando anclas catorce de los mejor armados de la flota francesa, salieron inmediatamente á darles caza. Los sitiados, observando la premura con que se dispuso y el rumbo que las naves tomaron, lo comprendieron todo y temieron un funesto resultado. En el interín el fuego continuaba sin cesar para acabar de demoler el baluarte de la Reina, y á toda costa abatir la arrogante bandera.

El día cincuenta y uno regresó un paisano á la plaza, de la que tres días antes había desaparecido furtivamente, y el cual, juzgándole de-

sertor, les causó grande apuro, imaginando que descubriría el estado en que se hallaban, faltos de víveres y hasta de plomo con qué hacer balas: mas no era así; el infeliz muchacho tenía mujer é hijos en un caserío inmediato, y no le fué posible llevarlos con él cuando precipitadamente acudió en defensa de la plaza; y tanto por saber la suerte que cabía á tan caros objetos, como por la pena que le daba ver tristes á sus compañeros de infortunio por carecer de noticias de Hernani, no siendo ya factible aventurar correos, resolvió jugarse la vida, y volvió sano y salvo con una carta del Almirante refiriendo los sucesos antedichos, y habiendo llenado su intento.

Dispuesta ya la mina con barriles de pólvora y gran número de bombas, en el mismo día la prendieron fuego, lanzando al aire á seis de nuestros soldados entre una turbonada de cantos, de tierra y de escombros, envueltos en llamas y humo, tronando como la tempestad, y conmoviendo como un terremoto los edificios y el suelo. No obstante, mal asegurado el fogon no pudo resistir al rigor de la pólvora, y volviendo la llama contra sus autores, mató treinta soldados franceses que pagaron la muerte de los nuestros.

Apenas el fulgor de la rojiza llamarada se

abrió paso entre columna de polvo mezclado con el humo al que prestaba su espesor y color coniciente, sonaron pífanos y cajas dando la señal del asalto á las tropas que tenían preparadas.

A todo remo se lanzaron sobre la estacada que defendían los paisanos multitud de chalupas equipadas con buena gente de armas; al propio tiempo que dos lucidos escuadrones el uno acometía la muralla de San Nicolás, y el otro por la parte tocante á la mar. El viento de marea que aumentaba su fuerza á cada instante, limpió el circuito, y el sol brillante reflejó en los escudos forrados con chapas de bruñido acero, dando luz á los penachos y plumages de variados colores, entre los que resaltaba la blancura de las banderolas de seda, que desde el hombro al costado cruzaban sobre las cotas de malla. El aspecto era ciertamente vistoso: unos con picas, otros con espadas, avanzó aquel grupo de valientes en columna cerrada, compuesta de la flor y nervio de las huestes francesas, á dar el asalto por el baluarte de la Magdalena, que con gran sorpresa y estupefacción del enemigo quedó entero y sin grave lesión, porque al reventar la mina, se desahogó indemne la llama por las grietas que en varias partes halló.

Detenidos los franceses ante el obstáculo inesperado, buscaron con furia un sitio propicio por donde entrar, y fácilmente le hallaron en el costado derecho de Leyva, en el que existia una brecha no muy ancha, pero fácil de superar. Con brío y admirable gallardía subieron á ella calada la pica y en alto las espadas, recibiendo los firmes en su puesto nuestros bravos soldados con tan nutrido fuego de arcabuz y granizo de piedras y granadas, que los pocos que quedaron para poder contar el fiero ataque, volvieron tristes arrastrando las picas á internarse en los reales.

Corrió gran riesgo en aquel dia el príncipe de Condé al animar desde lejos á las columnas de asalto blandiendo su espadín en el aire, porque estando apoyado con la mano izquierda en el hombro de un amigo, llegó una bala de diez y ocho libras, disparada por el cañon *Santa Bárbara*, y se llevó el sosten, dejando pálido al Príncipe con la sangre helada. Repuesto de la emoción entró en su tienda y en su pecho el furor á tanto extremo, que estalló iracundo jurando sobre una cruz que con la espada trazó en tierra, de no dejar ninguno á vida; según contó un soldado de los nuestros, que allí inmediatamente se hallaba en calidad de prisionero.

A tan ruda prueba sucedió el veintiuno de

Agosto con general alegría. Ya á grandes pasos superaba á la plácida luz de la temprana aurora la claridad rojiza de un caluroso día, cuando en lo alto de la cordillera del monte Jaizquibel se divisó un grueso escuadron, al parecer en descanso, próximo á la ermita de Santa Bárbara. Juzgóse al pronto fuese de los enemigos; pero al ver que los franceses, desalojando á toda prisa la parte baja de los reales mas inmediata á Fuenterrabía, se retiraban á las fortificaciones junto á la ermita de Guadalupe, reconocieron gozosos los sitiados que eran tropas amigas.

Estas consistian en tres mil hombres á las órdenes del marqués de Mortara, que el Almirante adelantó para infundir aliento á los sitiados, siendo ya dueños del monte tan del caso para forzar las trincheras. Al plantar los estandartes fueron saludados con repetidas salvas de mosquetería llamándoles la atencion; y en prueba de que los veia contestó la plaza con seis disparos de su pieza mayor de artillería.

De pronto, quedó en suspenso la animosidad de una parte y el regocijo por otra en ambos campos: todo el mundo escuchó, y oyó distinto tronar lejano el cañon en la mar, con señal manifiesta de ser el choque tenaz de dos armadas.

Y tal era desgraciadamente.

Don Lope de Hoces, por ser de ánimo sossegado, según decían, ó que su complexión robusta forzosamente le obligaba á la lentitud, se detuvo muchos días en la Coruña, donde recibió la orden de aparejar, equipando su escuadra. No sin secreta murmuración de algunos se notó tal morosidad, hasta que por fin se hizo á la vela, y á los pocos días quejándose de falta de pólvora, arribó á un lugar de la costa de Cantabria llamado Puerto, y luego continuó al de Guetaria, distante treinta mil pasos de Fuenterrabia, á donde el Rey le destinaba.

A pesar de hallarse abundantemente provisto, debido al celo sin igual del Almirante, obedecía D. Lope la consigna con tanta parsimonia, que bien fuese porque contaba con haber agregado á sus fuerzas setecientos asturianos que andaban al corso, ó que el corazón le anunciaba el desastre de su escuadra; lo cierto es, que reunió en Junta á los capitanes de sus navios y oficiales principales, para conocer su opinión sobre el rumbo que se debería seguir. Como generalmente ocurre en toda reunión de hombres, los pareceres fueron diversos: los unos decían que se cumplimentasen las órdenes del Rey entrando en Guetaria; porque los Soberanos más quieren que se obedezca que no que se interprete; y la

obediencia tiene en su mano la disculpa de lo que dá mal resultado, en tanto que á quien interpreta solo se le aprueba lo que sale bien: los otros, y era la mayoría, se esforzaron en persuadir á D. Lope que se debía ir á Pasages, como puerto mas seguro, y tambien en condiciones de auxiliar mejor á los sitiados, objeto del envío de la escuadra. Que en las órdenes reales no se debe atenderse á la letra, sino al espíritu que las dicta, pues el Rey ignoraba que los franceses hubieran abandonado á Pasages; y que si los generales solo por órdenes expresas habian de practicar sus operaciones, con la mayor frecuencia las verian malogradas, diferenciándose el ministerio del general y el del soldado, en que aquel proyecta y manda, y el otro obedece; porque de no ser así, ¿para qué sirve pedirle mas talento que al subordinado? Con muchas y prudentes razones se discutió el dictámen, hasta que embarazado Hocés sin saber qué partido tomar, ó acosado por la fatalidad que lo arrastraba á dar oídos á su triste presentimiento, prefirió esperar al enemigo, mejor que procurar encontrarle; y cambiando el rumbo sobre la derecha á su Capitana, navegó en demanda de Guetaria, seguido del resto de la escuadra.

Como los franceses ya la habian atalayado de

lejos, se dispusieron con todo el tiempo necesario para el combate; pero viendo donde entraba, determinaron dejar algunos buques en observacion á la boca del Bidasoa y correr con todas sus fuerzas sobre las naves españolas á un seguro abordaje. A tiro de cañon se detuvo junto á la costa de Zarauz la armada francesa en accion de acometer, y resguardó con sus navíos la entrada del puerto, que es muy ancha, á fin de que Hoces no pudiera escaparse.

Durante cinco dias se mantuvo el enemigo en esta posicion, disponiendo los brulotes ó navíos de fuego, y esperando viento favorable para la segura direccion, al propio tiempo que el ataque general fuese con su auxilio mas formidable.

Los nuestros en este tiempo anduvieron aturridos: y como ocurre en tales casos, se habló mucho y se hizo poco. Algunos mas serenos, y por lo tanto pudiera decir mas valerosos, fueron de dictámen de romper por medio y salir á alta mar, inutilizando la inaccion premeditada del francés, que esperaba sin duda alguna oportunidad. Tan brava proposicion fué desechada. Otros decian que era mejor desembarcar unos cuantos cañones de gruesa artillería y subirlos al monte San Antonio, desde el cual, siendo mas segura la puntería, se cogia á los navíos

franceses debajo y de costado, y podia causárseles gran mal. Pero cuando se pierde la cabeza, todo ofrece la mayor dificultad y se juzga insuperable lo que puede ser dudoso, mas no exento de posibilidad.

Llegado el quinto dia, se levantó el cierzo, é hinchadas las velas por barlovento, con grande algazara y resonando pífanos y cajas los franceses acometieron denodadamente. Apenas se colocaron á distancia, dispararon su primera andanada simultáneamente; y maniobrando cada buque para presentar el costado opuesto, descargaron toda la artillería de la otra banda, causando terrible estrago en nuestras naves, que apiñadas por la estrechez en el fondo del puerto, recibieron las rociadas sin que se perdiera un tiro; pues presentaban masa tan compacta cual si fuera una muralla. Sin embargo, hicieron alguna resistencia; pero teniendo el enemigo por mas seguro dar fuego á nuestros naos, arrimaron poco á poco varios navios de maderámen viejo y carcomido, preparados con pez, resina y azufre, y llenos de material muy seco, de manera que una vez pegado el fuego, fuese duradero.

Dispuestos así estos brulotes, á favor del viento que soplaba en popa, y montados por hábiles marineros, embistieron contra los espa-

ñoles. En el instante en que estalló el incendio, la tripulación francesa saltó á las lanchas regresando á sus naves á todo remo, y el viento hizo todo lo demás para que se propagase el fuego.

Contra los terribles efectos de tan antigua como diabólica invencion (1), nada habian prevenido nuestras gentes, ni aun tal vez lo permitia la estrechez del puerto.

Atemorizados marineros, jefes y soldados, atropellándose unos á otros; mandando todo el mundo, y no obedeciendo nadie; embarazada la marineria en la maniobra, sin saber cuál era peor entre el incendio ó las peñas de la costa, apareció D. Lope de Hoces, sereno, pero resuelto y terrible; y persuadido de que el buque que no se quemase caeria en manos del enemigo, mandó á los capitanes que cada uno pegase fuego á su navío; y él mismo desparrramando la pólvora por la plaza de armas, dió el ejemplo volando con su propia mano la altiva Capitana. ¡Dia de triste recuerdo para nuestra

(1) Cuando la conquista de Tyro por Alejandro, los sitiados enviaron contra sus apóches un navío dispuesto de este modo, para quemar sus torres de defensa y los troncos de árbol y demás maderamen sobre el cual, cargando piedras y tierra con el fin de llenar un estrecho de mar de cuatro estadios, logró al cabo tan gran conquistador unir al continente la rica ciudad de Tyro. (Curt. lib. IV. núm. 3.)

marina el veintidos de Agosto de 1638, y de luto en la costa guipuzcoana.

Obedeciendo á su voz é imperiosa señal, que simultáneamente hizo á la escuadra levantando en el aire en lugar de baston de mando un bota-fuego, estalló como descarga eléctrica el incendio, y veloz trepó las llamas, lamiendo en torno la jarcia hasta tenderse en el velámen, para devorar mejor los mástiles y calar hechos brasa los fuertes masteleros. Un momento despues, cual si fuera el fuego pirotécnico, caia la arboladura convertida en ascua sobre el casco embreado, y cada navío semejante al cráter de un volcan, arrojaba de nuevo las llamas con estruendo.

Amigos y enemigos á cual más frenéticos, todos contribuian á activar la destruccion. Estraviado el juicio en la marinería y la tropa embarcada en las naves españolas, corrian perdida la razón á popa y proa, y atropellados, sin escuchar á jefes ni oficiales, saltaban en los esquifes, botes y lanchones de á bordo ó de la gente que acudió de Zarauz, sin considerar la resistencia; y unos se iban á pique, otros zozobrando los arrojaban á la mar; aquellos saltando empujados ó sin medir bien la distancia, caian en las olas, y muchos, ciegos con el humo, al tirarse al agua, se herian gravemente

contra los palos que flotaban ó las embarcaciones, y desaparecian despues.

De nada servia el saber nadar en aquel continuado remolino y feroz tumulto; no existia la piedad, ni la compasion se conocia: el camarada no se preocupaba de la suerte que corria su mejor amigo, y ambos atendian lo primero á salvarse ó perecer al menos en un elemento mas benigno. Pero el fuego aun es mas despiado que el mayor refinamiento de la crueldad que pueda caber en el bárbaro egoismo, y persigue á su victima, estallando dentro del agua como de la tierra, ó en medio de la atmósfera azulada que denominamos el cielo!...

La fiera determinacion de quemar la escuadra se llevó á cabo sin la menor prudencia, y como tal, la ejecucion fué tan insensata, que Hoces la convirtió en su mas encarnizado y sañudo enemigo. Con la precipitacion nadie pensó en descargar los cañones; y estos, al penetrar la llama por las baterías, despidieron tal borrasca de balas, que destrozaron numerosos lanchones cargados de tropa, hasta en el acto de atracar al muelle: y aun el monte contíguo, San Antonio, conservó largos años los vestigios. Mas no fué suficiente tanto estrago; era preciso que la impremeditacion matase hasta los seres que guió allí, á tan fatal ribera, el mas tierno

y amoroso afecto. Nadie pensó en la Santa Bárbara de su navío, atestada de barriles de pólvora cargada en Puerto y la Coruña; con lo cual al incendiarse los tablones que estaban inmediatos en cada buque, voló con horrísono estruendo, lanzando á los aires el balerío, el maderámen incendiado y las piezas de artillería del mas grueso calibre. Una de estas, pasando desde la parte mas baja del fondeadero por encima de las casas mas altas de Zarauz, cayó en la carretera. Entre las numerosas desgracias de las personas muertas y heridas por los proyectiles y paredones de casas arruinadas, causó gran compasion la muerte de una jóven de extraordinaria y gentil hermosura, recién casada, que habiendo ido desde un pueblo inmediato á esperar á su esposo, soldado á bordo de la escuadra, se sentó en la escalera que precede á la puerta de la iglesia, y allí mismo un madero ardiendo la dejó sin vida y abrasada.

A pesar de que se hizo todo lo posible para ocultar las pérdidas de tal desastre, se averiguó que pasaron de mil quinientos los muertos, entre quemados, ahogados, destrozados por las ruinas, por los cañones del enemigo y por los nuestros. Entre ellos, sucumbieron D. Juan Bravo de Hoyos, antes capitán de escuadra, y D. Juan Pardo de Osorio, almirante de la de

Galicia, ambos caballeros de la Orden de Santiago; los almirantes D. Alonso Mesa y D. Pedro Marquintana; los capitanes de galeones, Don Antonio Raygado, D. Baltasar de Torres, Don Cristóbal Garnica, D. Gonzalo Novalino y Don Pedro Fernandez Cora; los capitanes de tropa, D. Diego Rubino de Celi, y Rodrigo tambien de Celi, D. Diego Cárdenas y D. Alonso Fernandez Rebellon: los alféreces, D. Arias Pardo y D. Estéban de Zamora; y finalmente, entre otros muchos, cuyos nombres no me constan, los pilotos mayores, D. Domingo Encinal y Don Jacobo.

Tan tremenda desgracia se presentó aun mas horrible en el momento en que, reemplazando al ruido el silencio, solo se oía el melancólico golpe de las olas al tenderse en la playa; y con la fuerte resaca volver rodando á la mar en sentido inverso las aguas.

En todas direcciones se veian discurrir macilentos, heridos levemente en varias partes de su cuerpo que ya manchaba la sangre; desgarrada la única prenda del traje que conservaron algunos, y completamente en cueros los mas, como unos mil hombres que lograron salvarse de la muerte para recorrer las calles solitarias de un pueblo medio arruinado; y de caserío en caserío pidiendo una limosna, y mendigando

por caridad, quién unos viejos greguescos para cubrirse las carnes, ó un jubon usado; y todos, un pedazo de pan. Aquellos hombres robustos, galanos en sus arreos, y esforzados horas antes, no eran mas que inútiles despojos que abandonan el fuego; y las heces que dejan las olas en la costa despues de la borrasca cuando se calma la mar!...

Dignos de algun consuelo fueron estos obedientes desdichados sucumbiendo sin combate à la voz de la rigurosa disciplina, que les mandó desgarrarse á sí propios las entrañas, y la victoria tan caprichosa à veces como la suerte, se le proporcionó sin titubear.

El heróico capitán del navio *Santiago*, Don Pedro Montanio, luchando no menos con Hoces que luego contra los franceses, se resistió à obedecer la órden que ya finalmente le intimó D. Lope, bajo pena de la vida, de prender fuego à su navio. Amenaza que causó poco efecto à Montanio, el cual tenia resuelto perderla honradamente en la lid, ó volando con su nave antes de que cayera en manos del enemigo.

La valerosa tripulacion del *Santiago*, tanto como la brava infanteria con que à bordo contaba, respondieron con el mayor heroismo à la altivez del corazon de Montanio; y serenos y apuestos, evitaron con una pronta y

hábil maniobra el encuentro de los brulotes, que con fuerza en la arrancada le venían encima, dejándolos pasar, sin daño de nadio, á que se quemasen varados en la orilla.

Los franceses furiosos al ver que se salvaba y se ponía en facha, enviaron varios navíos á atacar el *Santiago*, recibéndolos su brava tripulacion con tan nutrido fuego de cañon y de mosqueteria, cuantas veces intentaron abordarle, que rechazado y lleno de cólera el enemigo al contar, gozoso de un triunfo completo, sus numerosas bajas, volvió con dobles fuerzas contra Montanio, hasta emplear toda la armada. Maltratado el casco del *Santiago*, sin que le quedase cosa con cosa en la arboladura, ni por le tanto en la jàrcia, esperaban serenos sus defensores, y obedientes á las órdenes de Montanio, que no permitia se disparase un tiro de aquellos que solo sirven para asustar al enemigo, á que este se hallase próximo para que no se perdiese ni una bala.

Increible parece que un solo buque con la única ventaja de estar un poco orillado para impedir que le rodeasen, resistiese tenaz y victoriosamente á toda una flota, que sin descanso le acosaba durante siete dias.

¡Gloria á la marina española! que no careció jamás en medio de sus vicisitudes, ni aun des-

de que la Nación se encuentra cada dia mas postrada y sigue decayendo por el pertinaz embato de las pasiones políticas, de corazones como el de Montanio, que aun palpitaron en el pecho de un Cosmo Churruca, *honor de España y de la humanidad*, de un Grayna, *la gloria de Trafalgar*; y todavia ayer en el del malogrado Mendez Nuñez, primero que pasó el estrecho de Magallanes con un buque blindado (1) y fué á inscribir su nombre entre el de los héroes, inmortalizándose en las aguas del Callao!

En tanto el denuedo de D. Pedro Montanio demostraba hasta donde podia llegar la bizarria, un hombre desgraciado sufría los tormentos mas horribles, sentado en un peñasco sobre el promontorio que domina la mar; y sujetándose ambas sienes con las manos, seguía con la mirada, ya inquieta, ya exaltada, todos los incidentes del combate, sin separarse un momento ni de dia ni de noche, del sitio á que le encadenaba la fatalidad.

Era el infeliz D. Lope de Hoces á quien el digno alcalde de Zarauz vanamente intentaba devolverle con la razon la calma necesaria: porque fuera de si cuando creía que el *Santiago*

(1) La fragata *Numancia*, la cual ha sido el primer buque blindado que ha dado vuelta al mundo. Esta gloria, nadie podrá disputársela á la marina real española.

era ya presa de los franceses, como si le veia victorioso, pensando en que tanta bravura le cubriría á él de ignominia por haber quemado la escuadra sin procurar salvarse librando la batalla, se levantaba furioso como un loco, pidiéndole á gritos que con sus cañones, asestándolos contra la heroica nave, la hundiese en el fondo del mar, para que no quedase ni rastro que pusiera en duda le fué posible intentar conservarla.

Gracias á la sangre fria del Alcalde y al teson de que dió pruebas, aprovechando Montañio el primer instante en que le dieron lugar atemorizados los franceses, libre del cañon enemigo y del furor de su propio general, entró victorioso en Pasages.

No le fué ciertamente muy costoso justificar su desobediencia, porque el brillante resultado llevaba en sí la mas completa absolucion, como si le hubiera sido adverso, la inapelable condenacion. Tan gloriosa hazaña se ensalzó cual era justo; pero no faltaron, como siempre ocurre, algunas gentes mal avenidas con que resalte cosa ninguna perfectamente pura y sin la mas leve tacha; y aguijoneadas por un espíritu mordaz, torturan su imaginacion, para que al menos la duda proyecte una sombra, que solo deje hasta cierto punto bien decidida la claridad

misma del sol. En tal concepto atribuyeron la gloria que alcanzó Montanio, capitán y comandante en jefe del *Santiago*, á D. Nicolás Judice y á D. Francisco de Espinola, embarcados en él, y á cuyos ilustres marinos, por haber tenido en otras armadas graduacion superior á Montanio, pretendian que les correspondia igualmente en esta ocasion el mando: y añadian, que á estos fué á quienes Hoces les intimó la órden de quemar la nave, y los que contestaron que se la diese por escrito, sin lo cual no obedecian la intimacion. Miserias de este mundo que siempre ha sido igual.... y que así continuará.

No paró perjuicio tan horrendo desastre á el infeliz D. Lope de Hoces. Su valor y lealtad acreditada en cien ocasiones anteriores, le ponian al abrigo de toda mengua como á cumplido caballero. A ello coadyuvó poderosamente la rectitud siempre benigna del Almirante, que tenia á gloria ser el asilo de la desgracia, y el defensor de las faltas en que incurre la debilidad de nuestra naturaleza humana.

Mas hay cosas tan estrañas en el mundo, que por lo tanto precisa es la indulgencia con los que no suficientemente fuertes en la fé, se inclinan á creer en la predestinacion. Una de ellas ha sido la saña con que á D. Lope le per-

seguía el fuego. Nombrado poco despues Don Antonio Oquendo generalísimo de una gruesa armada (1), uno de los principales Cabos que le dió el Rey, fué D. Lope de Hoces, quien se embarcó en un navío portugués llamado *Santa Teresa*, el cual cercado en el estrecho de Calais por los holandeses, estos le pegaron fuego, y D. Lope se quemó en él...

Como queda dicho, fuera del de Montanio, los once navíos se incendiaron en Guetaria. Nada pudo salvarse, excepto las piezas medio derretidas que sacaron los buzos; y se sabe que de ellas se llevaron doscientas cincuenta mil libras de bronce á Lisboa, para volverlas á fundir; lo cual vino perfectamente á los portugueses para su rebelion dos años despues.

La infausta nueva llegó á toda España mas de prisa que el correo, en alas del viento, que siempre ayuda á cuanto es fatal; y así Virgilio nos decia en su Eneida, *Fama malum, quonon aliud velocius ullum*; por lo cual, temeroso el Almirante de que el francés desembarcara, envió inmediatamente el estandarte de los guipuzcoanos de Aya, que constaba de ciento treinta hombres, para que en tal caso defendiesen el lugar.

(1) Esta armada fué la destinada en 1630 á llevar dinero y reclutas españolas, para el refuerzo de las tropas religionarias.

XIII.

SE EXHORTA A LA CAPITULACION.

Portador de interesantes cartas, una de parte del Rey y otra del Almirante, penetró en Fuenterrabía D. Miguel de Hualde, en el mismo día que en Guetaria se perdieron incendiados los navíos de la escuadra.

Sumamente espresiva la carta del Rey, se concretaba á ensalzar el valor y la constancia de paisanos y soldados, exhortándoles á perseverar con la misma abnegacion é igual denuedo lo restante del sitio, y prometiéndoles grandes mercedes como justa recompensa de tanto heroismo. La del Almirante espresaba idénticos sentimientos; asegurándoles que muy pronto acudiría con mayor eficacia á su socorro, y les

enviaba una cifra para que pudieran comunicarse con el marqués de Mortara, de quien Hualde les instruyó que su objeto era el de atacar las trincheras, y á este efecto se habia situado en Santa Bárbara.

La cifra fué de todo punto inútil; por que consistiendo en formar letras con varias luces, cuyas llamas, segun su direccion, servirian para trazarlas, no era posible la observacion á distancia de dos mil pases. Lo natural hubiera sido dar á cada luz, aislada ó en distinto número, la indicacion de una palabra ó frase que espresara un aviso completo. Así es, que los de Mortara no contestaron, y los sitiados solo obtuvieron preocupar muchísimo al enemigo con aquel juego de luces que concluyó por fastidiarles, sin que nadie lo hubiese comprendido.

A pesar de que el fuego se sostuvo todo el dia con gran vigor por nuestra parte, no fué posible á Butron el impedir por medio de la contra-mina que adelantasen los franceses la que practicaban al abrigo de sus galerías, en direccion del cubo de la Magdalena.

En aquella noche celebraron los franceses la quema de nuestra escuadra, con hogueras, tres descargas de fusil y salvas de artillería en todos los ataques, pifanos, cajas y clarines, sin que los sitiados pudieran comprender la razon de su

inusitado alarde. Al pronto creyeron que el Almirante habria atacado las trincheras; pero se convencieron de que tal animacion, «mas constaba de pasos de contradanzas que de cuartos de conversion en un festin de Marte.»

Dos dias despues otra nueva circunstancia les engañó tambien; porque al ver regresar de Guetaria á la Almiranta y Vice-almiranta con varios navios y ocupar su antigua posicion sin demostraciones de regocijo, supusieron que en la funcion naval la victoria habria quedado por nuestra parte. El marqués de Gebrés se encargó de desvanecer tan grato error; pues acercándose al mediodia muy próximo al cubo de la Reina, mandó á los suyos suspender el fuego, y preguntando por el gobernador Eguia le notificó el infortunio, y concertando una suspension de armas por media hora, aprovechó en tantear los ánimos para decidirles á la rendición.

Un fraile capuchino francés, de la familia franciscana, se encargó de tan inútil tarea subiéndose en una batería cercana para predicar la paz, sometién dose á la magnanimidad del Principe de Condè los valientes defensores, con la plaza sitiada. Nuestros religiosos soldados, siempre respetuosos á la voz de un ministro del Señor, puestos de pié sobre la muralla y apoyados en los arcabuces y las lanzas, escucha-

ron silenciosos el discurso, encaminado á persuadirles que obraban al revés de lo que era práctica en todas las guerras, hasta el punto de escitar la piedad del enemigo, antes de que en su corazón entrase el arrepentimiento de tan inútil como obstinada defensa. El bueno del misionero agotó cuantos recursos le sugirió la oratoria; ya pintando con los colores mas sombríos la triste situación de los hogares arruinados; ya cuanto exige la honra de los mas fuertes guerreros; ya acriminando su energía en el combate, cuando por lo tenaz raya en la ferocidad. La apoteosis de tan heroica constancia al rendir las armas para conservar algunos años de vida, y recibir el bienestar de manos que desgarraban á la madre patria un pedazo de sus entrañas, con el fin de que tuvieran en la sumisa indolencia, pan en la alacena y lumbre en el hogar, la presentaba el pobre capuchino diciéndoles: «Las leyes, las inmunidades, privilegios, y todos los demás derechos y fueros de vuestra villa os quedarán en su misma fuerza y vigor. Cuantos daños y menoscabos os haya causado la guerra, se os resarcirán del Erario del Rey de Francia. Pues lo que desca, es, que tomándoos bajo su tutela y patrocinio, ya no cuideis vosotros, si no que corra por su cuenta el auge de vuestras cosas, como si fue-

»ran suyas: aunque tambien por otra parte toca
»en el mismo honor del vencedor, exornar y
»engradercer lo posible una alhaja, que es tro-
»feo de su victoria.» Y concluyendo que era
indispensable se resolviesen con urgencia para
evitar la destruccion completa que les aguar-
daba, esperó el resultado del murmullo que se
levantó instantáneo, al terminar sus últimas
ofertas y amenazas.

Indignados los españoles de escuchar con de-
masiada paciencia la bajeza que se les proponia;
todos á una quisieron hablar, y en resúmen,
hé aquí como consta cuáles fueron sus palabras:

«Para prescribir coto á las valientes opera-
ciones de los varones esforzados, no tiene fa-
cultades el enemigo, como quien en ello no
tiene interés alguno legitimo: que los privile-
gios y demás mercedes ofreciese el de Condé á
»aquellos sugetos que están hechos á poner los
»ojos en dádivas, sin reparar en la mano de
»donde dimanar: que para ellos todo era vil y
»de ninguna estimacion, no siendo de su Rey.
»Que de la armada, y del ejército, ni sabian
»nada, ni hacian caso alguno; como que en
»nada de esto, sino en sus brazos y murallas
»afianzaban toda su esperanza. Que cuando
»quisiese podia el de Condé poner fuego á las
»minas; que se desengañaria, como otras veces,

»de que no tan presto se arruinan muros como
»los de Fuenterrabia; y aun asaltados estos,
»restaba todavía una muralla mas firme, cual
»era el pecho de cada vecino.»

Dando punto con tan noble respuesta á toda negociacion que no fuere tratada á cuchilladas, cada contendiente volvió á empuñar con mayor denuedo las armas.

Sobresaltó en gran manera los espíritus en España el desastre de Hóces, y únicamente pudo distraer algun tanto el ánimo contristado, el bizarro hecho de armas de nuestra caballería que voy á referir y nos fué favorable. El marqués de Torrecusa habia salido á reconocer los reales enemigos, llevando en su escolta al capitán D. Pedro Pacheco, con doce coraceros navarros, cuya caballería mandaba; y habiéndose este aproximado bastante á las trincheras, observó que habia una gran guardia delante de la estacada. En el acto animó á sus doce ginetes, y metiendo espuelas al caballo, se lanzó al escape y arrolló á los franceses; los cuales, sobrecogidos con tan feroz acometida, huyeron atropellados á refugiarse detrás de la estacada, é introdujeron la consternacion en los reales.

Avergonzado el de Condé, mandó salir al dia siguiente á Monsieur Dorsa con tres escuadrones de caballería, y trescientos carabineros,

para que á retaguardia quedasen emboscados. Adelantóse veloz el primer escuadron, y embistió al cuartel de los navarros, que algo distante de los demás cubria el camino de Irun. Trabada la refriega, llegó la vocería al de los Velez, quien manifestó su sentimiento de que á tropas de su encargo se las incomodase en su campo; y oyendo á Torrecusa que era una ignominia ver rondar libremente al enemigo, mandó que saliese la caballeria navarra, á la que agregó el Almirante doscientos mosqueteros guipuzconos, prácticos de aquellos parajes. Hizo la casualidad, que horas antes hubiera marchado al forraje, y únicamente se hallasen cincuenta caballos en el cuartel, los mas de ellos del estandarte de Ayanz, que aquel día daba la guardia al principal; y por cuya circunstancia tenia el derecho de ser el primero que entrase en accion. Ayanz recogió á toda prisa sus cincuenta caballos, y sin detenerse á contar el número de enemigos, salió á la carrera, y gallardamente cargó á los escuadrones de Dorsa; quien cauteloso cejó para meter á Ayanz en la enclada, aunque con pérdida de cinco hombres, y llegar á un terreno mas despejado donde los tres escuadrones franceses se desplegaron en batalla.

Colocadas en orden ambas fuerzas, rompieron el fuego y lo sostuvieron durante largo ra-

to, ántes de venir á las manos, sin que la victoria se inclinase en favor de ninguno de los bandos. En medio de la refriega se divisaron simultáneamente los dos capitanes, y con indecible coraje corrieron á encontrarse cuerpo á cuerpo, y en presencia de los suyos, lidiar noblemente con armas iguales. Ayanz fué el primero que disparó y le faltó la carabina; lo cual, visto por Dorsa, avanzó á escape, y volviendo rápidamente el caballo, cojió á Ayanz por el cuello, ganoso de llevársele prisionero. Con el mismo furor, al sentir Ayanz que le ponían la mano, agarró con su derecha al francés por el cabello, que le tenía muy largo, y lucharon así hasta quedar abrazados.

Sintiendo Ayanz que por su ancianidad le faltaban las fuerzas para vencer á la robusta juventud de Dorsa, y sin medios de exgrimir la espada, sacó una pistola del arzon, y desembarazando el brazo con violenta sacudida, le asestó dos golpes en la frente con tal fuerza, que Dorsa cayó rodando al suelo sin sentido. Su teniente acudió ligero al desagravio, y tiró una cuchillada á Ayanz, que este paró con la misma pistola, aun cuando le rozó la cabeza levemente; mas Pacheco, que á pesar de hallarse herido de un balazo les observaba, corrió y rindió rompiendo de un sablazo la espada al te-

niente francés, y con Dorsa se los llevaron prisioneros. Vencido el jefe, fácilmente Ayanz puso en derrota á los escuadrones franceses, con su puñado de valientes.

De regreso en el campamento, mandó que curasen á Dorsa; y cuando este volvió en sí, prorrumpió en sentidas quejas porque le habian quitado la espada, lo cual decia no era práctica con prisioneros de tal distincion.

El de los Velez que lo oyó, se quitó del cinturón la suya, y con la cortesanía de todo un caballero, se la dió.

Al día siguiente del de las pláticas del marqués de Gebrés y conferencia del sencillo capuchino, que fué el cincuenta y seis del sitio, advirtieron los de Fuenterrabía que por la loma de Guadalupe, y cerca de la roca que está á la parte de abajo, se iban formando varias columnas en disposicion de marchar al asalto. Eguía mandó tocar llamada, y paisanos y soldados acudieron en armas á sus respectivos cuarteles en los muros, para recibirlas á balazos. Butron con sus gastadores activó la contra-mina y dió finalmente con la de los franceses, quienes ignorantes de tan hábil trabajo prendieron fuego; y como la llama encontró respiradero, se desahogó sin desmoronar la muralla, ni causarles daño.

Muy digno es de anotarse uno de aquellos caprichos de la suerte, que siempre son curiosos cuando esta se divierte. Bernardo Bardon, soldado castellano, se hallaba de centinela junto á la boca de la contra-mina; y al reventar la misma, la llama le lanzó á los aires hasta las trincheras del enemigo, donde le recibió un alférez con la punta del esponton (1). Bardon cayó al suelo mal herido, y al irle á sujetar para llevarle prisionero, se levantó recogiendo y sosteniéndose los intestinos con las manos, echó á correr y se arrojó á la mar. Al poco rato llegó á la estacada entre los suyos, y quedó no obstante con vida, debido á los cuidados que le prodigaron sus camaradas y amigos, adunados con la fortuna que ciertamente parece juega con la frágil naturaleza humana; pero no sin que en ello intervenga la Divina Providencia.

Escarmentados los franceses con el suceso anterior, del día veinte de Agosto y cincuenta y uno del sitio, prefirieron que esperasen las columnas de asalto el efecto de la mina; y como este se convirtió en humo, hallaron mas prudente combatir de léjos, á favor de la pólvora, que luchar con los españoles cuerpo á cuer-

(1) Especie de lanza de poco mas de dos varas de largo de que usaban los oficiales de infantería, con el remate de hierro en forma de corazon.

po. Y para que nada faltase en tan memorable sitio, se hizo uso en el mismo día, hasta de la estratagema de enviar á la plaza á dos de Hendaya, bajo la capa de la amistad que les obligaba á fuer de honrados y serviciales vecinos. No sin opuestas opiniones se discutió la utilidad de la conferencia, pero prevaleció el principio de oírles para ver si con maña se les sacaba alguna cosa que descubriese la verdadera situación del enemigo; y en tal concepto salieron á recibirlos fray Francisco Arrazubia, franciscano, y D. Juan de Cigarroa, alférez de Fuenterrabia.

Los que se decían *honrados* vecinos, despues de ponderar las numerosas fuerzas de mar y tierra con que contaba el principe de Condé, y las no menos importantes que habiendo ya llegado á Burdeos, con toda diligencia venían á reforzarle, dijeron que tenían preso en los reales á D. Leon de Leguía, natural de Fuenterrabia, á donde se encaminaba cuando se le arrestó, procedente de Sevilla. Que este sugeto, valiéndose de su antigua amistad y bajo palabra de guardar el secreto, era quien les enviaba para informarles que obraba en su poder una importantísima carta del Almirante: y que si les permitian volver al día siguiente, la traerian. Enaltecieron finalmente la magnanimidad del

de Condé y la profunda pena que le afligia, al verse forzado de hacer uso de los medios mas terribles para vencer la obstinacion de tan valerosos soldados.

Fray Francisco, con las manos cruzadas dando vueltas á los dos pulgares, y Cigarroa ntusando y levantando sus magnificos bigotes hasta las sienes, escucharon con gran calma y estudiada indiferencia la relacion premeditada de los vecinos de Hendaya; contestándoles, que en cuanto á recibir al dia siguiente la carta, era preciso obtener primeramente la autorizacion del Gobernador y los Alcaldes; y que por lo demás, «el de Condé debiera haberse convencido que estaban resueltos soldados y paisanos, antes que entregar la plaza, á sepultarse bajo la última ruina, con sus intereses y sus hijos.»

Puntuales al otro dia volvieron los de Hendaya; pero convencidos el Gobernador y Butron de que era una estratagema, se les recibió con unos cuantos tiros para asustarles y que se marcharan. Y tal fué la invencion de la carta, como mas tarde lo manifestó sorprendido D. Leon de Leguia.

Los dias cincuenta y siete y cincuenta y ocho se concretó el combate á impedir por nuestra parte, y proteger por la de los franceses, los adelantos de las galerías de minas, en frente de

la cortina que corre desde la Magdalena hasta el baluarte de Leyva. A pesar del nutrido fuego del enemigo, los nuestros colocaron una pieza que obró con grande eficacia, pues destruyó la galería y obligó á los minadores á cobijarse dentro de la puerta que habian abierto en la contra-escarpa. Dicen que aquel dia el alférez Lesaca, tomando una escopeta, como arma mas del caso, y á cuerpo descubierto, porque la muralla estaba ya sin cordón, mató treinta franceses, de los cuales algunos, por el lucimiento de su traje y armas, parecian de distincion. Remediaron tanto mal dirigiendo los trabajos por el frente del cubo de los Cestones, burlando los efectos del medio cañon, por no tener través por aquella parte el de la Magdalena; mas los nuestros acudieron con tal prontitud, que les asombró al ver que abrian inmediatamente una tronera en el espesor del muro del mismo cubo de la Magdalena, en el costado que mira al de Leyva, por donde asomó la boca del medio cañon con nueva fiereza.

Pero cuando los nuestros, á pesar de sus esfuerzos, llegaron á barrenar el muro, ya los franceses habian adelantado tanto que no era posible retardar los progresos. Sin embargo, desde la muralla se les arrojaba todo género de proyectiles, y hasta dos de sus bombas que ca-

yeron sin reventar dentro de la ciudad. Al echar una de ellas sobre un peloton de obreros, huyeron estos á esconderse: pero viendo que no estallaba durante un cuarto de hora, salieron gozosos mirando la espoleta á continuar la galería, y en el acto reventó, inopinadamente, haciéndoles pedazos. Varios soldados que se hallaban en la mina se arriesgaron á retirar los heridos, y entonces, arrojándoles la otra bomba, hizo partícipes á todos de tan terrible estrago su instantánea explosion.

Los desastres aumentaban por momentos: al rigor de la metralla y de la sed que causaba el humo salitroso de la pólvora, se unia el calor sofocante del estío que ejercia su influencia hasta en las entrañas de la tierra, y en los pozos era ya tan escasa el agua, que fué necesario distribuirla á tanto por racion. El plomo y el hierro para el balerio faltaba tambien; pero esto lo remediaron los vecinos generosamente y sin pedirlo, haciendo apeo hasta del peltre y cuanto perteneciente al reino mineral se encontraba en sus casas.

Gracias á Dios, que por su infinita clemencia, aun cuando algunas veces aprieta nunca ahoga, no faltaba el buen humor; y rara era la noche que no habia gran parleta para decirse las verdades del barquero, los franceses desde las obras

avanzadas, y los españoles tumbados boca abajo sobre las murallas.

La mayor algazara tuvo lugar la vispera de San Luis, rey de Francia; principiando al ponerse el sol las salvas de la armada, y seguidamente la inmensa vocería y los vivas al encenderse en los reales enemigos las hogueras y luminarias. Alegres con tal motivo, y por efecto de los brindis animados, vinieron muchos franceses á los ataques mas próximos, llamando á los sitiados con desaforados gritos y mofándose de ellos. «Poneos bien con Dios, les decian, »porque mañana, dia de nuestro Santo Rey, »que lo es de buen augurio, lo hemos de celebrar dentro de esos muros, degollándoos desde »el primero hasta el último.»—«Ni Fuenterrabía ni vuestro Santo Rey, les contestaban los »nuestros, permiten que entren hereges en la »plaza;» aludiendo á que los soldados de Forsa habian profanado la ermita de Ntra. Sra. de Guadalupe, metiendo en ella los caballos; «venid cuando querais, sin aguardar á mañana; »pues como topos, ya que tanto os gusta trabajar bajo la tierra, para nada debeis necesitar la luz que alumbra vuestra hazaña.» Y exaltándose poco á poco, se enviaban de camino algunas balas.

Al dia siguiente, veintiocho de Agosto, con-

tinuaron las operaciones de minas y contra-minas, y el combate cada vez mas encarnizado. Los de Fuenterrabia juzgaron necesario participar al Almirante y al de los Velez, su precaria situacion; y al efecto, un muchacho se ofreció á llevar las cartas nadando. El valeroso temerario fué visto por la guardia del puente Mendelo y hecho prisionero. Conducido ante el de Condé, como tuvo la precaucion de romper las cartas que iban en una caña y arrojarlas en el agua, dijo que se escapaba de la plaza porque en una reyerta dió la muerte á un soldado. Incrédulo el Príncipe mandó darle tormento para que hablara; pero fué inútil la cuerda: su enérgico patriotismo le imponia antes morir que pronunciar una palabra. Encerrado en un caserío aguardó la noche; y á pesar de los centinelas y de lo estropeado que se hallaba con el tormento, saltó por una ventana, y perseguido á balazos, llegó arrastrándose entre la maleza hasta el campo español, informó de todo, lo mejor que pudo, al Almirante y se volvió.

Presuntuoso el de Condé, ó impaciente de rendir la plaza, se dejó llevar de su natural altanería, y el treinta de Agosto, envió un tambor con una carta intimando la rendicion al Gobernador, á la milicia y al pueblo de Fuen-

terravía. En ella se reproducian las mismas frases, iguales amenazas é idénticas seguridades de que no esperasen socorro del Almirante, por carecer de fuerzas suficientes, ni de la escuadra por haber sido quemada.

Apenas los sitiados vieron al tambor cerca del baluarte de San Felipe, y oyeron la llamada, enviaron á buscarle, y vendándole los ojos lo llevaron al palacio por el portal de la estacada; reuniéndose inmediatamente en el salon principal el Gobernador, los Alcaldes y los Cabos. En tanto leian el mensaje y celebraban consejo, introdujeron al tambor en otra estancia, donde, para que no sospechase que carecian de bastimentos, se le sirvió tan espléndida comida y tanto vino, que, dando vivas de contento, brindaba á los pastres *por lo rey de España*.

La contestacion de Eguía, de acuerdo con el Consejo, fué la siguiente:

«El Gobernador y el pueblo de Fuenterravía al príncipe de Condé.»

«La esquila de S. A. se ha recibido: y por los avisos que en ella se contienen, quedamos agradecidos, y le rendimos gracias.» Habiendo congregado en Consejo á los Alcaldes y Oficiales de la tropa, unánimes y conformes dicen esto: *El príncipe de Condé puede, cuando mas gusto tuviere, dar fuego á las minas; y*

lo mismo de las demás obras disponer á su arbitrio lo que tuviere por conveniente. Que al mismo paso Nosotros, es seguro, é indefectible, contrastaremos con todo esfuerzo sus conatos, y que no dejaremos de hacer cosa alguna que sea correspondiente á vasallos tan leales de nuestro rey Felipe IV, que Dios guarde: y por el amor y buen servicio que se le debe; todos Nosotros con nuestras mujeres é hijos nos ofrecemos nuecamente á todos los pasages trágicos de la guerra y á una muerte constante, primero que se entregue esta villa á la potestad del príncipe de Condé, ni de otro ninguno, que en nombre del rey de Francia venga á sitiaria. Por lo que enterado el tal Príncipe de esta resolución, al instante puede poner por obra lo que tenga proyectado.»

Con esta respuesta despacharon al tambor, y con quejas de palabra, porque estándose tratando de la paz el fuego no habia cesado: á lo cual contestó el bien repleto emisario, que no dudasen se castigaria á los artilleros; pues el Príncipe Generalísimo habia enviado un page á todos los ataques, para que, hasta nueva orden, suspendieran las hostilidades.

Convencido Eguía de que con tan seco desahucio, irritado el de Condé pegaria fuego á las minas y daría el asalto, mandó tocar generala

por todas las guardias; y acudiendo hasta el último hombre con esforzado continente á sus cuarteles, exhortándose unos á otros al combate, abrian paso á las mujeres que solícitas y resueltas llevaban cuanto era necesario para la defensa sobre las murallas.

Pero el ataque no tuvo lugar; y aquel día y el siguiente lo empleó el enemigo en cerrar y preparar bien las minas y disponer las columnas de asalto, eligiendo á este efecto los capitanes y soldados de mayor arranque.

THE
JOURNAL
OF
THE
AMERICAN
MEDICAL
ASSOCIATION
PUBLISHED WEEKLY
CHICAGO, ILL., U.S.A.
Vol. 12, No. 1, January 1, 1917
Price, Five Cents
Subscription Price, \$5.00 per Annum in Advance
Entered as Second-Class Matter, May 26, 1902
Postage Paid at Chicago, Ill.
Acceptance for mailing at special rate of postage provided for in Act of October 3, 1917
Authorized Second-Class Mail Matter
Postoffice at Chicago, Ill., Postoffice No. 100
Postpaid
Copyright, 1917, by American Medical Association
Printed at the American Medical Association, 535 North Dearborn Street, Chicago, Ill.

XIV.

LA TEMPESTAD.

La persuasión en que se hallaba el de Condé, de que la morosidad de nuestro ejército consistía en la falta de fuerzas, no era en absoluto positivamente cierta. Efectivamente el número era inferior al de las que disponía el Príncipe Generalísimo; pero no debió ocultársele, por que de ello tuvo repetidas pruebas, que la gran energía de los tercios españoles, era mas que suficiente para suplir con ventaja la escasez de hombres de combate con que el Almirante de Castilla y el marqués de los Velez, virey de Navarra contaban reunidos.

La lentitud en socorrer á los sitiados consistía en la sensatez de militares tan proba-

dos, que no fiaban únicamente el éxito de la victoria en el sacrificio de la vida de ~~un~~ bizarra gente, ni gastaban pólvora en salvas, para que el vulgo les juzgase mas impetuosos, mas bravos ni mas inteligentes. El Almirante y el marqués de los Velez esperaban á combinar prudentemente el plan de ataque y conocer con seguridad los medios del de Condé para la defensa: la hora habia llegado; y el resultado que veremos luego, atestigua evidentemente que eran hombres de alta prez y prácticos en la guerra.

Causaba en Madrid tambien mucha estrañeza la tardanza en recibir noticias de haberse comenzado las operaciones, porque siempre desde la Côte se ven de tal manera las cosas, que miradas sobre el campo de batalla, generalmente son otras. En tal concepto, los ilustres caudillos recibieron una carta del Rey, en la que claramente les manifestaba que no admitiria disculpa alguna, si el frances se apoderase de la plaza á vista de dos Generales y de dos ejércitos españoles. ;Con qué facilidad se olvidaba D. Gaspar de Guzmán, conde-duque de Olivares, al inspirar al Rey Felipe IV la redaccion de esta carta apremiante, que hacia poco mas de un mes se burlaba del *visionario* Redin, y del *miedo* del de los Velez, cuando le

participaban que los franceses entraban en son de guerra por tierras de España; y aun se movía, al cabo de tres dias que llevaba de sitio la altiva Fuenterrabía!..... Como tambien le pasó de las mientes que fué causa su consejo del desastre de Hoces, abogando porque la armada destinada á recuperar el Brasil no se moviese, aun cuando perdiéramos una plaza tan importante dentro de las verdaderas costas españolas. Achaque de favoritos fué siempre el ser flacos de memoria.

Ya los Generales españoles, perfectamente combinado su plan, se daban prisa á comenzar las operaciones, cuando llegaron las tropas que esperaban, á las que procedió el regimiento de veteranos de Guzman que se hallaba destinado para la guardia de la Real Persona. Poco despues se presentó en los reales el maestre de Campo D. Jerónimo Roo, enviado para el consejo del Almirante; el regimiento del conde de Aguilar; trescientos napolitanos del de D. Leonardo Moles; y finalmente quinientos marineros bajo las órdenes de D. Alfonso Salamanca.

Toda esta tropa se hallaba ansiosa de lanzarse al combate, y acrecentó su ardimiento la determinacion del Almirante de que relevase á la fuerza que ocupaba el monte Jaizquibel, el regimiento de Guzman, pero continuando en el

mando superior el marqués de Mortara. Los franceses recibieron con insultos á los nuevos soldados que llegaban desde su guardia del alto de Guadalupe; y esto irritó de tal manera á tan bravos veteranos, que fué difícil contenerlos para que no se lanzaran á castigarlos.

Antes de mover las tropas, salieron por última vez á hacerse cargo de la situación del enemigo, desde el monte Jaizquíbel, el Almirante y el de los Velez, con los maestros de Campo Generales Torrecusa y Roo; y descubrieron un paraje muy del caso que dominaba el campo francés, de fácil bajada hasta sus trincheras; y además, entre el monte y los reales una pequeña llanura donde podían desplegar las tropas. La subida de estas la facilitaba la espesura que mediaba entre el campo francés y el camino, con solo poner algunas compañías de fusileros para que se tendiesen en el bosque y asegurasen el flanco. Resolvieron también, que al trasladarse allí todo su ejército, quedase un buen escuadrón que divertiese al enemigo por la parte de Irun; y dos escuadrones de caballería, que trabasen diariamente pequeñas escaramuzas con las guardias avanzadas, para que al propio tiempo de llamar la atención de los franceses, fortaleciese con la vocería y el estrépito de las armas el ánimo de los sitiados.

Adoptadas en principio estas disposiciones, volvieron los Generales al campamento é inmediatamente se reunieron en consejo de Guerra, al que asistieron, D. Sebastian Granero, Gobernador General de la artillería; D. Diego Isasi, coronel de Guipúzcoa; el marqués de Mortara, á quien hicieron venir exprofeso; y los maestros de Campo de ambos ejércitos, don Diego Caballero, y D. Antonio Gandolfo.

Usó de la palabra el primero el Almirante de Castilla, con aquella elevacion y nobleza de sentimientos que tanto le distinguia, y despues de hacer el merecido y justisimo elogio del heroico valor de los defensores de Fuenterrabia, encareció á quanto obligaba á la nacion española y á la honra de sus soldados, el responder dignamente al llamamiento de tan esforzados guerreros, y á la voluntad del Rey *que no admitia disculpa alguna, si el francés se apoderase de la plaza, á vista de dos Generales y de dos ejércitos de tropas españolas.* Y concluyó suplicando al consejo manifestase cada uno el medio menos aventurado y que juzgasen mejor para atacar al enemigo.

Ya sobre el terreno se habian iniciado dos opiniones diametralmente opuestas, pero en aquel momento se desarrollaron perfectamente distintas y con igual fuerza. Guiadas por un

mismo sentimiento, era difícilísimo, sin embargo, el llegar á una transaccion, pues dimanaban de la completa oposicion de genios y diferente naturaleza de los dos Generales que las apoyaban; y el carácter entero de ambos campeones, dificultaba aun más toda avenencia. Roo era apasionado de los proyectos que dejasen total satisfaccion en el ánimo por la completa seguridad con que se habian llevado á cabo, aun cuando fuesen menos brillantes y de menor alabanza: Torrecusa, todo lo contrario; solo comprendia los de alta préz, honrosos y brillantes, aunque fuese á costa de los mayores peligros. Aquel á lo Fabio Máximo flemático, y dotado de tal parsimonia en achaque de guerra, que no le consentia arriesgar en una sola jugada todo el resto, estaba hecho á mirar y remirar las cosas antes de lanzarse al combate; porque creia íntimamente que nunca la tardanza era mala, si la dicha era buena. Al otro, naturalmente fogoso, la menor detencion se le antojaba miedo, y precipitado, queria llevarlo todo á la carrera; porque para él cada riesgo era un nuevo incitante que á mayor gloria le abria el apetito. Y en su opinion, lo que salia bien por la tardanza, no era el efecto del valor, sino del tiempo.

Ambos razonamientos, cuyos apuntes de la

parte esencial tengo leídos, son à cual mas bellos: el de Roo por sesudo, precavido, y sin vanidad, marchando con paso firme y seguro à obtener el lauro: el de Torrecusa, lleno de la mas noble audacia, valeroso y fuerte, recordaba hasta en la voz con que le pronunciaba y la accion que acompañaba à sus palabras, al caballero legendario que arrollando al enemigo, subia, ensangrentada la cota y desecho el casco, à arrancar el laurel de la victoria con su propia mano.

Roo decia: «Siempre estuvo expuesto à la »murmuracion pública el dictàmen de los que »aconsejan lo mas seguro; porque, como que »son olvidadizos del honor y enemigos de lo »arriesgado, experimentan el desaire del público, cuya aura popular sopla mas lisonjera »à los otros, que poco celosos de lo venidero, y »engolosinados con lo dulce de la fama actual, »estiman mas, ambiciosamente temerarios, el »hacerse nombrar, que todo el bien comun.»

Y Torrecusa replicaba: «Si siempre que se »ha de pelear ha de ser sin riesgos, jamás se »logrará la victoria sino de un enemigo bobo. »Ningun favor hace al valor esa filosofia moral »moderna, que le quita los atavios de durezas »y dificultades, y solo le permite por gala un »vulgar corte de facilidades; cuando él no repu-

«ta por decente trago suyo, sino aquel que
 «colocado en penosa cumbre, llegó á alcanzarlo
 «á fuerza de empeñarse en vencer lo escabroso
 «y burlar lo inaccesible. ¿Qué cosa grande ja-
 «más se ha ejecutado con total seguridad? ¿Qué
 «famosa hazaña sin peligro? Ningun hombre en
 «toda la vida emprendió cosa grande con certi-
 «dumbre que tuviese del buen éxito. Las rique-
 «zas, los aplausos de la fama, y en suma,
 «cuanto se aprecia en este mundo para los
 «animosos y valientes, que no para los cobar-
 «des, los colocó la fortuna entre los despeña-
 «deros y precipicios (1). Ya habeis visto pri-
 «morosamente pintadas nuestras tropas y las
 «del enemigo, y una reseña muy particular de
 «cada soldado. Excedennos algo en el número
 «los enemigos: y qué, ¿por eso los hemos de
 «temer? La tropa no se ha de mirar por la can-
 «tidad, sino por la calidad. Lo demás, es hacer
 «la cuenta de los cambiantes, que el que mas
 «cuenta, mas gana.»

Ambos discursos, como puede juzgarse por
 su principio, son magníficos; el de Roo por la
 sensatez y la modestia, prefiriendo hasta que lo
 tildasen de cobarde, y que sus esforzados des-

(1) Ciceron decia:

«Excelso, & illustri loco sita est laus.»

Y Ovidio:

«Ardua par preceps gloria vadit iter.»

velos pasasen ignorados, con tal de obtener el triunfo seguro de la patria. El de Torrecusa, por la vivacidad deliciosa, los arranques del valor mas denodado, lo romancesco hasta eclipsar al mas famoso caballero andante; y la apoteosis de la gloria del guerrero, aun cuando la nacion quedase convertida en cementerio.

A pesar de que los del Consejo se impresionaron muchísimo con la fuerza de las razones de Roo, se veia sin embargo que no las seguirian en la práctica, por el temor de lo que se diria si rehusasen el combate, al cual les empeñaba la orden del Rey y su mismo pundonor: tanto más, cuando de Flandes y de Italia, las noticias que venian aquel año eran alegres y sobremanera favorables. El Almirante y el de los Velez, partidarios del ataque inmediato, decian que lo que se pedia era solo discurriesen el mejor modo de practicarlo en seguida, y no de aplazarlo. Así es que el discurso de Torrecusa fué eficaz y mereció la aprobacion de muchos. Los Generales hicieron preguntar á cada uno su dictámen, y la mayoría opinó por la batalla.

Sin pérdida de tiempo se adelantaron los dos Macstres de Campo Generales y sus inmediatos subalternos, agregándoseles D. Diego Isasi, D. Carlos Guasco, D. Gerónimo Tubabila y el

teniente coronel D. Benito Quiroga: y las tropas empezaron á marchar, habiendo enviado primero á D. Pedro Giron con dos mil hombres, para que inmediato á los reales de Iran apenas percibiese el tropel de nuestras gentes, que bajarían de Santa Bárbara, embistiese y causase diversion al enemigo; y al coronel D. Antonio Espejo, con mil y quinientos, á que se situase en el bosque que corría desde donde se apostaba Giron hasta Santa Bárbara, para que operase lo mismo.

El treinta y uno de Agosto, Giron habia subido á la colina llamada San Antonio, distante unos mil pasos, no cumplidos, de Fuenterrabía. Sus heroicos defensores, al ver aquel grupo de soldados, dudaron al principio si serian amigos; mas al observar que salían de allí centinelas contra los reales enemigos, se apiñaron llenos de gozo sobre la muralla para victorear á sus bravos compañeros; y con las ocho piezas que tenían en el palacio y baluarte de Santa María les saludaron, haciéndoles comprender que aunque quebrantados por tantos trabajos, aun vivían y su valor no se habia debilitado.

Atentos los franceses al movimiento de nuestras tropas y cuidadosos del éxito de la batalla, para prevenir la accion del enemigo, avivaron todos sus aprestos con el fin de concluir el si-

tio. Ya sereno el cielo al cabo de dos días de copiosas lluvias, el primero de Setiembre cargaron y atacaron á toda prisa la mina que habian dispuesto contra el baluarte de la Reina, y dieron fuego á la cinta de pólvora que, desde trescientos pasos de distancia, corria hasta la boca. Apenas el centinela advirtió el curso de la llama, gritó *mina, mina*, y estalló con ruido estrepitoso desde el cimientto del baluarte, y con estrago increíble, sacudiendo las murallas como un terremoto. Este baluarte, uno de los mejores de Europa con la única diferencia de los ángulos no muy anchos, era de peña viva, alto de setenta piés y treinta y dos de grueso, además del terraplen; lo que no obstante quedó partido, dejando abierta una brecha por la cual quince hombres podian entrar de frente.

Ni aun así salieron los franceses con la suya; porque mas atrás de la muralla arruinada, habia otra del grueso de diez piés y de la misma altura y figura, separada ya antes con un arco, por la parte de abajo, capaz de pasearse dos hombres, que dividia el grueso del baluarte y corria en toda su longitud. Al estallar la mina, llevó su estrago hasta el hueco del arco, que impidió penetrarse el destrozo mas adentro; porque los sitiados habian dispuesto una contra-mina, cuyo oculto respiradero se hallaba

inmediato, el cual con la conmoción se hizo un enorme agujero. Saltaron á él los franceses, viendo que no había otro medio de entrar en la plaza, y con el mismo denuedo se lanzaron los nuestros para rechazarlos. En tan estrecho recinto trabóse un reñido combate, y tan terrible, como que pudiera decirse tuvo lugar la lucha cuerpo á cuerpo. De los primeros que se arrojaron sobre los escombros humeantes de la recién volada mina, fué el capitán Esain; le siguió su alférez D. Domingo Valardi con los soldados de su estandarte, y á porfía el capitán Daniel, irlandés, con un peloton de los suyos, y Beaumont, aun cuando se hallaba muy defectuosa su compañía: mas tarde, llegó también Osorio con un destacamento escogido. En aquel embudo no se perdía ni un tiro: los nuestros se hallaban apiñados en la parte mas estrecha que solo permitia dos de frente, en tanto que los franceses obraban con desahogo, por ser mas ancha la que comunicaba con la voladura.

No obstante, se defendieron bravamente, retirando á cada descarga los cadáveres de sus compañeros y los que caían heridos, reemplazándoles inmediatamente otros hombres resueltos á desafiar la muerte, que instantánea les hacia partícipes de igual destino.

Seis horas enteras se disputaron el reducido

terreno, positiva y no ficticiamente, *palmo á palmo*, sin que decayese un momento el corage á pesar de la sangre en que ya resbalaban, del mal olor de los escombros quemados con la pólvora, que exhalaban una fetidez y un humo mezclado con polvo que no les permitia abrir los ojos; hasta que los franceses ayudados por los soldados de las trincheras inmediatas, atravesando vigas y cargando encima el cascote de la mina cortaron la comunicacion, y cubriéndose de los nuestros quedaron dueños de la brecha.

Muchos franceses sumamente valerosos murieron en la refriega; pero tambien por nuestra parte la resistencia tuvo tanto de heróica como de sangrienta.

El inminente peligro que cada dia mas sañudo y mas cercano les amenazaba, á medida que caian en ruinas las murallas, y sobre los escombros muertos ó heridos, una gran parte de los escasos defensores, les embotaba el sentimiento natural del momento, felizmente, y sin pensar mas que en la tenaz defensa, corrian sin que la desgracia les aminorara el brío, á reforzar los puntos vulnerables, ó arbitrar los medios mejores de resistencia. La posicion que ocupaba el enemigo era ya sumamente ventajosa; dueño de la contra-mina, no podia ocul-

cársele que en el través del fuerte que miraba hacia el de Leyva, habia de tiempos anteriores dos puertas, cuyo inconveniente no estaba bastante remediado con hallarse cerradas con ladrillo y un débil terraplen; y en tal concepto juzgaban los nuestros que por allí seria el sitio donde intentarían el próximo asalto. Pareció sin embargo dejarlas en tal estado, teniendo en cuenta que si practicaban en aquella direccion otra nueva mina, la llama hallaria menos resistencia, y sin destrozar el lienzo fácil salida. No se equivocaron; pues antes de terminar su deliberacion oyeron los golpes para disponer el barreno, y fué necesario que cincuenta gastadores se pudiesen en el momento á preparar hasta el foso la contra-mina.

El dia siguiente, en que el fuego de las baterías fué débil y escaso, lo dedicaron los sitiados á implorar el amparo del cielo, sacando en procesion de rogativa la imágen de Nuestra Señora, á la que asistió la posible concurrencia que pudo permitir la consternacion en que el enemigo les tenia.

El dos de Setiembre, todas las tropas del Almirante y el de los Velez se hallaban reunidas en el monte de Jaizquibel, cerca de la ermita de Santa Bárbara, donde hicieron alto los Generales; y preparadas las fuerzas conveniente-

mente, se situó el regimiento de Guzman en el puesto del primer ataque, inmediato á los reales enemigos, y lo restante de la tropa distribuida en nueve escuadrones esperaba la señal de acometer al rayar el día siguiente, cuando una furiosa tormenta que estalló á media noche, trastornó todo é impidió dar la batalla.

Sereno el horizonte, y plácidas las aguas del inmediato mar, se levantó en él una niebla que densa y presurosa vino á envolver ambos reales, cubriendo los espacios que mediaban entre los cercanos montes. Desecha en agua poco despues, y refrescando el viento que arreciaba por instantes, comenzó á bajar en lluvia fina, aumentándose violenta hasta caer en hilos transversales mezclada de tan duro granizo, que azotando la cara á los soldados les fué impidiendo verse, ni oirse, á medida que el nublado crecia; y convirtiéndose en tempestad, estalló con estrépito el trueno repitiéndose entre continuos relámpagos de tan rara especie, que parecia los lanzaba el cielo irritado para incendiar el monte y la llanura. El ruido era infernal, pues las detonaciones no cesaban por efecto de los ecos que cien veces las simulaban de montaña en montaña: la cenicienta atmósfera á cada instante era una inmensa hoguera en la cual el bosque y los peñascos figuraban la brasa;

y como si fuera la lava del Vesubio, se veía por momentos bajar convertidos en torrente los arroyos, y precipitarse salvando ó utilizando los senderos, á inundar con sus turbias aguas las tierras mas llanas.

No fué tan funesta tempestad como acontece con los nublados del verano, que desmedidos al principio desaparecen en breve; sino que pertinaz duró dos dias enteros, sin cesar un punto, ni ceder en violencia, aumentándose á cada instante los terribles efectos. El ejército francés, acampado hacia dos meses, se hallaba perfectamente guarecido con sus tiendas de campaña y barracas levantadas con el material de los caseríos; en tanto que el nuestro estaba sin abrigo (1) en lo elevado del monte, donde el viento le sacudia de primera mano, y no hallaba otro obstáculo que le detuviera en su furia mas que el que le oponian apiñándose los débiles cuerpos. El fuego se apagó; y ni aun habia medio de distribuir la mas mínima racion, que siquiera fuese cruda, sostuviese su destallecimiento; sin embargo, hasta la mitad del dia si-

(1) En aquella época se dejaron de usar las tiendas de campaña, y únicamente algunos jefes las tenian. La tropa formaba unos tinglados con estacas, los cubrian con céspedes, y así se guarecian. Mas en esta ocasion no les hubiera servido ni aun pensaron en ello; puesto que iban á dar la batalla inmediatamente.

guiente, con la esperanza de que la tormenta cesase, permanecieron firmes y sufridos todos en sus puestos.

Pero si el valor resiste hasta la muerte al mas fiero enemigo, no así comunmente ocurre contra los elementos; la supersticion se mezcla; el ánimo se dispone á cualquiera interpretacion como de mal agüero para el éxito feliz del combate; se cree que es un aviso manifiesto de Dios que condena la batalla; el soldado pierde la serenidad, y si vé que un compañero hace punta le sigue sin pensar mas que en salvarse. Y esto fué lo que sucedió al caer la tarde de aquel dia. Celosos aun de su honor y constancia, primero murmurando entre dientes, y por fin en alta voz, pidieron la retirada á los lugares comarcanos, llegando hasta la amenaza de desertar, si permanecian mas tiempo en tal estado. Los jefes desoyeron las súplicas y desafiaron las amenazas espada en mano: pero adelantándose la oscuridad en alas de la tormenta, á las sombras de la noche, é interceptando el nublado la plácida luz en tales horas del dia, los soldados bisonños fueron uno en pos de otro dejando sus picas y arcabuces en tierra, agachándose en el momento del relámpago para escoger las carrascas mas próximas, y de pronto se ocultaron en ellas. Desde allí, sin ejercicio la vista, cau-

celosos y á tientas se deslizaban monte abajo, alucinados con la idea de evitar la muerte á que en su imaginacion sencilla les destinaba el cielo, y se encontraban los infelices cara á cara con la que inexorable les castigaba por el delito del miedo. Los unos se rompieron la cabeza contra los árboles; los otros cayendo en los barrancos se quebraron las piernas y los brazos; y muchos arrebatados por las aguas con lo resbaladizo del terreno, fueron víctimas de furiosos remolinos rodando hasta la llanura, donde los arroyuelos se convertían al impulso del torrente en vivísimos y candalosos ríos.

En tan funesta desolacion pasaron la noche por su timidez los desgraciados desertores, y al asomar en el horizonte la ténue luz de la mañana que iracunda sujetaba aun en el oriente la tempestad airada, aparecieron como espectros entre los relámpagos hecho un harapo el uniforme, sin armas, bandolera, ni chambergo, pálidas y enjutas las mejillas y el cabello desordenado, á las puertas de Oyárzun, Lezo, Renteria, y los dos caseríos separados por el arenal de Pasages.

Apenas con el dia se observó tan seria desercion, pues ascendió á mas de siete mil hombres, que llegando á oídos del Almirante y del de los Velez, fuera de sí se presentaron en me-

dio de los apiñados escuadrones, y atenuó al menos su valor inmenso, el ver que ni un solo veterano, ni un noble de los que voluntariamente se alistaron, viniendo de Castilla, Navarra y otros reinos, habian abandonado sus banderas. Al punto enviaron al de Torrecusa y Gandolfo á contener en la fuga y volver á las filas los miserables desertores; pues tan dignos Generales ya estaban á caballo desde el instante en que oyeron á medias la primera noticia é impacientes bramaban de cólera, con lo cual, sin detenerse á que los Generales en jefe terminasen de articular las órdenes, ya iban monte abajo cada uno á escape, como el genio airado del huracan y de la guerra, saltando zanj as profundas, torrentes arrebatados, y árboles tendidos por la tempestad, que inútilmente pretendia detenerles el paso.

Llegando por fin donde se ocultaba la gente, se convencieron de que ni el rigor mas duro lograria desterrar del ánimo de aquellos desgraciados la pavora mientras el tiempo no serenase, porque al estampido del trueno, siempre simultáneo con el relámpago, se quedaban como cadáveres. Asi lo noticiaron al Almirante y al de los Velez; quienes tambien por su parte, despues de haber pasado de pié en medio de sus tropas la segunda noche, mas tremenda si cabe

que lo fué la mitad de la anterior al desastre y luego la primera, al revistarlas cuando amaneció el tercero día, se les oprimió el corazón de sentimiento al encontrarse con varios soldados muertos, apoyados en sus picas y arcabuces, y sostenidos derechos por el contacto de sus compañeros. ¡Magnífico ejemplo de disciplina y de constancia; cuya virtud le es á Dios tan grata, que haya esfímera toda recompensa que no sea la del cielo!....

El Almirante mandó venir al de Torrecusa y á Gandolfo; celebróse consejo de guerra; y comprobados los hechos y el estado indescriptible en que quedó el terreno, se resolvió, sin desamparar completamente el Jaizquibel, retirarse á los pueblos circunvecinos para reorganizar el ejército.

XV.

LOS ASALTOS.

Con harto sentimiento dejaron las tropas el alto Jaizquibel, y se retiraron á Oyárzun y otros lugares en el mejor orden posible; habiendo previamente escrito varias cartas á los de Fuenterrabía informándoles de la situacion de las cosas, no fuera que *acalorando per equivocacion una esperanza mal fundada se empuñasen en una desesperada resistencia*; y en tal concepto se les decia: «que en resolver, ó rehusar la rendicion, solo atendiesen á sus fuerzas, »y no contasen sino las que estaban dentro de »los muros, á lo menos ínterin sereno el tiempo »no fuese juntando el ejército que dispó lluvioso.»

Estas mismas se entregaron á dos irlandeses para que como pudieran penetraran en la plaza; pero la buena suerte que velaba por el honor de los de Fuenterrabía, lo mismo que Dios la permitió acorriese en su auxilio con las grandes lluvias cuando ya hasta el agua les faltaba, impidió igualmente que llegaran á sus manos tan funestas cartas.

Al saber los franceses la desercion del tres de Setiembre, no obstante el estado desastroso, y por demas precario, en que les dejó la tormenta que todas sus obras arruinó, celebraron con bulla y algazara la noticia; y el de Condé la aprovechó hábilmente, enviando de nuevo un tambor á la plaza con el último aviso, è intimacion de su indefectible ruina, si dilataban un punto la entrega; y asegurándoles que de las tropas españolas no esperasen ya su salvacion.

Reunidos en Consejo de guerra se oyeron las razones, y las que se juzgaron sin razon expuestas por algunos inclinados á rendirse, en el concepto de *que ya se habia llegado á los últimos apuros; que los muros estaban por tierra; que el enemigo superado el foso, era señor de las brechas; que los defensores habian venido á parar en muy pocos; y que aun aquellos, que habian quedado, no estaban en*

buena disposicion, porque se debian considerar desarmados, supuesta la falta de plomo.»

El teson y heroismo de que tan altamente dotado se hallaba el noble pecho de Butron, dejó sin voz á los que así abogaban diciéndoles con ceño, *«que él sabia muy bien, si Fuenterrabia estaba, á no para muchos dias bien provista de guarnicion, de viveres y de armas.»* *«Que la falta de plomo no era tanta, como se ponderaba: y que fuese la que fuese, él la sustituiria plata, por lo que faltase de plomo.»* *«Que tenia él en casa, de plata acuñada diez y ocho mil pesos en su especie (1) que todo este tesoro lo haria comun, para que se fundiese en balas.»* Que, como haya valor, no faltaban empleos para él; pero que ni faltarian los instrumentos. Que perecerian los enemigos á manos del mismo interés cuyo pillaje les engolosinaria, y se acabarian de desengañar, de que bien se podian agotar los tesoros de Fuenterrabia; pero no el valor.» Y finalmente, dejándose llevar del calor del razonamiento, con semblante amenazador, y alterada la voz, dijo: *«Al primero, que averigüe, que me anda soltando especie alguna,*

(1) Esta moneda en aquel tiempo venia á pesar, segun el peso romano, mil y quinientas libras.

que suene á entregarnos, yo propio lo he de coser á puñaladas.»

Tan esforzada arenga produjo el natural efecto: los que estaban perplejos se resolvieron por la defensa, denodados: los otros protestaron contra toda idea que pusiese en duda su abnegacion hasta perder la vida; y reasumiendo todo lo dicho el Gobernador Eguia, á quien siempre cuadraban los designios del valor, le contestó en estos términos al de Condé, con la misma valentia:

«Que bien podia pegar fuego á las minas; que intentasen el asalto; que ellos no necesitaban socorros forasteros, y que Fuenterrabia sin ayuda de vecinos tenia para su defensa en sí sola lo bastante.»

El deseo afanoso de ganar la plaza, le inspiró tambien al de Condé dar un paso poco delicado para doblegar la fidelidad de tan gran ciudadano como Butron, dirigiéndose á recordarle la honra mas cara que existe en los sentimientos de un padre. El Principe, sin duda alguna, habia olvidado que se hallaba en España, donde la raza de los Alonsos Perez de Guzman el Bueno no habia acabado. Y así, con el mismo Tambor le envió particularmente un recado diciéndole: *«Que mirase siquiera por su casa, y que recapacitase con madurez entre sí el tra-*

bajo que le podia suceder, teniendo una hija soltera en estado de casarse, única esperanza de su casa, que irremediabilmente, en cogiéndose por fuerza la ciudad, seria pillage de los vencedores, y expuesta tambien á los ultrages que aconseja la licenciosidad de las armas.»

Sonriéndose Butron con cierto amargo desprecio, mandó al de Condé la siguiente respuesta: «Que extrañaba tanta confianza en cabilar ya el paradero del pillaje, sin haber vencido; que á quien no movian los perjuicios del bien comun, era ocioso pensar, que pudiesen vencer los particulares, y domésticos, que si así se aterraba á un hombre valiente, que tenia brazo, y su espada en la cinta para defender de los enemigos el pillaje, y hacer espalda á la honra de su casa, cuando todo lo demás fuese por tierra?...

A imitacion de Butron pusieron otros muchos á porfía cuanta plata tenian para que se fundiese en balas; pero los altos de signios de que todo lo permite y dispone en este mundo y en el otro, dejaron á la suerte, que nunca pudo prescindir de ser algo envidiosa, hiciera inútil un rasgo tan sublime para honra de la patria, apresurando la victoria.

La noche de aquel dia, que fué el sesenta y

cinco del sitio, la pasaron pendientes del resultado de las amenazas del príncipe de Condé, que no tardaron en realizarse; porque teniendo ya de antemano prevenidos algunos hornillos (1) con que volar la parte que había quedado del baluarte de la Reina, solo esperaban los franceses el momento oportuno. Este llegó por fin al rayar el siguiente día cuatro de Setiembre, produciendo el efecto requerido, cual era el de que ensanchándose la brecha, fuera de fácil acceso hasta pasar la caballería. A la voladura sucedió repentino el huracan de balas que lanzó la artillería hábilmente colocada, no solamente para impedir que los sitiados saliesen á defender la brecha, sino para alejarlos á grande distancia. Poco despues subieron con denuedo por las amontonadas ruinas varias compañías de los mas bravos franceses, las que al llegar á la cima se hallaron frente á frente con los capitanes navarros Beaumont y Esain, á quienes tocaba la defensa de aquella parte con sus respectivos soldados. Lo que ocurrió en breves momentos no dá lugar á referirse; porque es suficiente con decir que bajaron las tropas enemigas rodando

(1) Llámase así á aquellas minas de menos labor que no serpentean como las otras, sino que en derechura penetran en el muro, por medio de la cavidad en que se mete la pólvora.

y desdeñadas sobre las piedras del baluarte arruinado, como impelidas por una descarga eléctrica, al estallar el coraje con que las recibieron los nuestros á cuchillada limpia y mosquetazo. Salía sin embargo cara la victoria, porque en tanto duró el asalto cesó el fuego de cañon; el cual, así que se vieron rechazados los franceses, principió de nuevo desde las baterías de la colina fronteriza, causando grandes estragos. De ellos fué origen muy principal lo embravecido de los ánimos en nuestra gente, que se opuso á retirarse de la brecha, empeñándose en permanecer de pié á cuerpo descubierto desafiando al enemigo, derechos como lanzas, fieros y terribles, despreciando tan inmenso peligro. Hubo ocasiones en que las descargas la barrian completamente, y en el instante, tintos con su propia sangre y la de los compañeros, otro grupo de hombres aparecía enhiesto á presenciar aquel cuadro de horror que presentaban en declive los paredones y sillares del baluarte, llenos de soldados, la mayor parte franceses, unos sin cabeza, otros partidos por medio; aquellos sin brazos, los otros sin piernas, y muchos agitándose á impulsos del dolor y de las ansias de la agonía llegaban á levantarse, y en el instante la metralla ó bala rasa, derecha ó de rebote, les daba la muerte.

Con dobles fuerzas volvieron al asalto los franceses, capitaneados por un guerrero vistoso en armas y ademan apuesto, que se supo era el hijo del Presidente de la ciudad de Burdeos, en sustitucion del duque de La Valette, à quien á pesar de sus ruegos y desesperados esfuerzos prohibió el de Condé, seguro de que moriria, que tomase parte en esta accion. No le engañaba tan fatal presentimiento, porque al montar valerosamente la columna de asalto, salió al encuentro de tan gallardo capitán, que marchaba el primero, D. Domingo Osorio, quien le recibió con tal bote de lanza dirigido por debajo de la visera, que le derribó rodando al foso donde quedó muerto. Desecha rápidamente la vanguardia, la retaguardia se ocultó aterrada entre los escombros. Prontamente reforzada dieron el tercer asalto, cuya embestida fué feroz; porque llegaron á mezclarse, y solamente jugaba la pistola á boca de cañon, la espada y la daga, haciendo saltar las hojas del bruído acero al golpe sobre el escudo, el casco y la coraza, semejando con los rayos del sol á las chispas de una fragua. Rechazados nuevamente volvieron por cuarta vez al asalto; pero usando de la estratagemma de traer teas encendidas en la mano para que con el humo les ocultase, y arrojándolas sobre los nuestros les cegara. Un caballero ves-

tido de negro conducía la gente, y á cuya presencia se detuvieron los que volvian huyendo.

Este combate excedió á los tres anteriores en número de fuerzas, duracion y portentosos hechos. Las tropas de refresco, con valor insigne, subieron ordenadas pisando los montones de cadáveres y de armas que cubrian las piedras en declive formando un camino alfombrado hasta la brecha, en la cual penetraron sin disparar un tiro; en ella les recibieron los nuestros con una descarga cerrada á quema ropa, y soltando los arcabuces, echaron mano á las picas y arremetieron con ellos. Los franceses apiñados, no daban un paso que no fuera adelante, empujados por los del regimiento que venia detrás en forma de cuña: los soldados y capitanes españoles, con el furor mas loco y sus fuerzas hercúleas, hincaban las picas y metian las espadas hasta la guarnicion en la carne humana, retirándolas violentamente entro caños de sangre, para abrir instantáneos nueva herida que á borbotones la arrojase. El heroico teson de los franceses consistia en la defensa y ataque sin separarse, y á toda costa marchar adelante; sus armas ofensivas se agitaban como los mazos del batan, y simultáneamente describiendo semicírculos parar los golpes, y herir al enemigo á su alcance, pero sin ir mas allá,

Corriendo por la ciudad la vocería exaltada con el estrépito de las armas, acudieron al sitio de la refriega algunos soldados de todas las guardias. El gobernador Eguía y Butron, con la gente mas sobresaliente, y así lo digo porque lo hallo escrito, pues creo que nadie podia sobresalir por cima de los que tan heroicamente luchaban, enviando delante á Miguel de Ubilla con una seccion de paisanos esforzados, á pesar de que estos defendian la estacada cercada por chalupas enemigas, llegaron para tomar parte en la refriega. A poco, se presentaron dos capitanes irlandeses con un peloton de soldados escogidos en sus cuarteles, y en suma, de todas partes fueron allí á cual mas animosos, para que reflejara tambien en sus arneses un destello del sol brillante de la gloria.

En mayor proporcion los franceses se multiplicaban: y á la vez que cien combates parciales, se vió segun crecia la pelea, luchar á brazo partido rotas las armas. Hasta la edad infantil, sintiéndose impulsada por su buena raza, y el cariño á su pueblo, primer sentimiento con que se revela el patriotismo, coronó todo el lienzo que corria desde el baluarte de la Reina al de Leyva, armada de escopotas y mosquetes que cogió caidos al rededor de la refriega; en tanto otros rapazuelos rebañaban la pólvora y busca-

ban las balas, que llevaban á sus camaradas á toda prisa. Tan intrépidos muchachos, como por su estatura no alcanzaban á dominar bien la muralla y ver las trincheras con cuanto en derredor pasaba, queriendo sacar á cual mas la cabeza, trajeron piedras sobre que empinarse, y desde allí hicieron un fuego tan terrible, que causaron muchas bajas al enemigo. El acto, inconsiderado por la edad, pero digno de citarse para demostrar hasta qué punto se hallaban excitados aquellos niños, lo pinta el de dos de ellos que llegando cuando no quedaba ni una sola piedra, arrastraron el cadáver de un paisano hasta el cordón de la muralla, y sobre él se subieron, para lanzar la muerte que con sus escopetas despedían, habiéndola servido de pedestal un muerto. Cuando casualmente Butron notó tanta osadía, les reconvino con blandura; mandó llevasen á enterrar el cadáver, y que los buscasen en qué subirse, aun cuando les trajeran de su propia casa un par de sillas.

Si las numerosas pérdidas que sufrieron los franceses debieron serles muy sensibles, las de los españoles por el corto número de combatientes y la calidad de los que murieron, fueron sumamente dolorosas. El capitán Esain defendiendo la brecha desde que comenzó el primer asalto, había recibido ya tres balazos de mos-

quite, y no consentia en retirarse de su puesto, desoyendo el mandato de los jefes y las súplicas de sus amigos; cuando en uno de los momentos en que con el borde del escudo se limpiaba la sangre que le cubría el rostro cayendo abundante de la ancha herida que le ceñía la frente, y volver á embestir hasta perecer en la refriega, llegó otra bala, y atravesándole el escudo y la cota le dejó muerto; y otras cien balas pegando al costado cubrieron su cuerpo de tierra, quedando fuera la cabeza. Así hallaron despues á tan bizarro capitan, cuya gloriosa muerte durante muchos años consta que fué sentida, y con gran respeto y pompa militar condujeron los de Fuenterrabia á la última morada á aquel hombre de cuerpo pequeño, pero de ánimo tan gigante, que superaba con su salto de leon en la pelea sobre los mas atléticos.

Digno es de mencionar, acto continuo, la heroica muerte de su alférez D. Domingo Valardi, quien acongojado porque Esain le dijo que le encontraba algo tibio, miró con tristeza á su capitan, y cerrando en el instante contra los franceses, les hizo retroceder él solo derribando un hombre de cada cuchillada, hasta que ciego de furor persiguiéndoles en la huida, le mataron á balazos, quedando su cadáver confundido entre los del enemigo, tan inmediato ya á las

trincheras, que hasta por la noche no fué posible ir á buscarle. Tambien gloriosamente, con otros muchos, murieron aquel dia los capitanes esforzados D. Francisco Heredia y D. Gerónimo Xibaxa.

No fué menor el denuedo que con gran suerte desplegó el capellan de la compañía de Esain, D. Alfonso Mendigüren, porque indudablemente Dios protegía á tan digno sacerdote, quien en medio del fuego giraba impávido como la salamandra, á prodigar los consuelos de nuestra santa religion, y ayudar á bien morir á cuantos heridos lo necesitaban. La piedad cristiana y gran misericordia de que se hallaba dotado, le impedia considerar el peligro de los sitios á donde se dirigia; y así fué, que estando de rodillas sosteniendo aun la cabeza de un soldado que acababa de morir, le cercaron los franceses. Al verse ya en sus manos, cogió la carabina del soldado muerto, é instintivamente hizo fuego, siendo casual que estuviera cargada; y arrancando la pica al que le iba á atravesar, se defendió con tal bizarria, que salió sano y salvo y llegó victorioso entre su gente. En el acto se dirigió á un algibe, hizo que le sacasen agua, y se lavó las manos pronunciando una oracion muy breve.

Las mujeres no estuvieron menos admirables:

pasaban y volvían entre filas con serenidad imperturbable á retirar muertos y heridos, y á recoger los pedazos y las entrañas de sus padres, esposos ó sus hijos, partidos por las balas de cañon; los llevaban á darles sepultura, y regresaban pálidas como la muerte; las unas á vendar las heridas en la ambulancia; las otras á levantar las armas que encontraban por tierra, y llevar desde los almacenes la pólvora, el bolerío, las picas y cuantos pertrechos eran necesarios para la defensa. Eguia las suplicaba con insistencia, pero en vano, que no se expusieran á tanto riesgo de perder la vida, y ninguna le escuchaba: como él mismo á su vez desoía las amonestaciones de Butron, que sin cuidarse tampoco de sí propio, se le ponía á cada paso delante, para convencerle de que su existencia como Gobernador no le pertenecía, sino á sus gobernados; no estando bien visto que en su alta clase se humillase á maniobras que correspondían á los soldados. Eguia le contestaba que quien debía retirarse de allí era él, que en calidad de Alcalde no fuera justo que por andar mirando lo que él hacia, dejase huérfano á los hijos del pueblo, *de tal padre*. Y agarrándose de los brazos en medio del fuego, forcejeaban por echarse el uno al otro, y ambos tenaces persistían en quedarse. Las lágrimas se saltan

de entusiasmo al saber que en el mismo foco de tan horrible estrago, donde únicamente imperaban la destruccion y la muerte, vivia con su immaculada pureza el sentimiento de hidalguia, que en parte alguna pudo jamás brillar tan alto.

No pudiendo dominar los franceses tan fiera resistencia de sexos y de edades, principiaron á flaquear los primeros, ceder los segundos y huir los últimos hasta las trincheras, cayendo muchos amontonados rodando por el foso.

La derrota sin embargo duró poco, porque se vieron á muchos jefes, y aun generales á quienes se distinguia por el brillo de sus armas, penachos y capas encarnadas, salirles al encuentro á cintarazos y ponerles en el pecho la punta de las espadas. Ordenados otra vez y con tropas de refresco volvieron á dar el quinto asalto, pero con escasa dicha y resistencia, siendo comparativamente mayor el estrago. Durante el último choque, prepararon en los almacenes un barril muy fuerte relleno de piedras, y en el centro una bomba de las cogidas á los franceses, que cargaron bien de pólvora. En el momento en que la columna de asalto penetró en la brecha les salieron los nuestros al encuentro, y ya al arma blanca la arrollaron. Así que estuvo en el foso, dejaron caer desde la muralla

el terrible barril, y consumiéndose la espoleta reventó con furia lanzando al aire un grupo de hombres que contra las ensangrentadas piedras de la brecha fueron á estrellarse. Pero lo que alligió á todos en extremo, fué un peloton de cuarenta soldados franceses que se hallaba guarecido en un ángulo de la muralla próximo á donde cayó el barril, y con la llamarada de este se prendió fuego á la pólvora que llevaban para el combate, matando á unos y abrasando á los más, que corrieron á tirarse en una charca, en la que murieron revolcándose en el lodo, gritando de dolor ó implorando piedad.

Con este último golpe terminaron por aquel día los asaltos, que duraron mas de cuatro horas. En la plaza, el número de muertos y gravemente heridos fué el de cincuenta: el de los franceses excesivo. El regimiento de La Valette, que fué de los primeros, se quedó completamente en cuadro, y en los fosos eran infinitos los jefes y oficiales que entre numerosos soldados se encontraron muertos. En lo restante del día solo se observó pasar á toda prisa muchas banderas hácia Fuenterrabía procedentes de los reales de Irun y de los cuarteles próximos al puente de Mendelo; y la noche trascurrió melancólica y triste; sin que turbara el profundo silencio mas que la voz del centinela que gritaba ¡alerta! y

el paso inseguro de unos cuantos soldados, que aquí y allá removían los cadáveres destrozados á la débil luz de una linterna que les aproximaban al lívido rostro, para hallar el cuerpo de su capitán ó compañero querido que en el asalto había muerto.

La mitad del día cuatro y todo el cinco, lo emplearon sitiados y sitiadores en reforzar y construir nuevas ó importantes obras. En la plaza se levantó un parapeto á la boca de la misma brecha, con el fin de que sin tanto riesgo pudiera jugar la mosquetería, y se colocó un cañon en las casa-matas de los Cestones, que miraban al baluarte de la Reina. Fuera de esto, solo se dispuso el envio de Ubilla y Ugalde por distintos caminos, á informar de lo ocurrido á los generales. Descubierta Ubilla por los franceses no pudo pasar; pero llegó Ugalde.

El enemigo emprendió muchas obras: abrieron tres zanjás, para que la tropa pudiese aproximarse á cubierto á dar los asaltos: dispusieron una galería de tablazon hasta la enrona de la brecha, á favor de la cual arreglaban la subida, y con ganchos quitaban los muertos para que al dar el próximo ataque, tan horrible espectáculo no sobrecogiese á los soldados; y practicaron otra mina en el terraplen que estaba cerca de la brecha.

La galería fué trabajo inútil; pues por casualidad el soldado que apuntaba una pieza dirigió la puntería demasiado baja y pegó en ella de lleno. Visto lo cual se siguió tirando hasta deshacerla á cañonazos y quedar aplastados los que estaban debajo. D. Adrian Pulido se encargó con los irlandeses de hacer una sobre-mina en el baluarte de los Cestones donde se colocó un trabuco, para que, cargado como pedrero causase destrozo si por aquella parte que el enemigo tenía ya barrenada, les embestia.

Al rayar el día seis, y sesenta y ocho del sitio, se divisó en el campo francés que los ayudantes andaban apresurados poniendo en orden gran número de combatientes; y de allí á poco haciéndose la señal de acometer, saltó al foso la vanguardia con tanta alegría, que persuadidos de ganar la plaza traían una bandera blanca para plantarla en el acto que tomasen la muralla. Y efectivamente subieron por la brecha con tal furia, que pasaron del parage donde había en tiempos dos árboles en el manzanar dentro del lugar.

Sin necesidad de tocar generala, nuestros soldados estaban preparados y cada uno en su puesto. Y así, en el momento les embistieron Beaumont, D. Juan de Roa, á quien Eguia dió

el mando de la compañía de Esain; y Butron, con cuarenta paisanos que hizo venir de la estacada. El combate fué con igual arrojo y valentía por ambas partes; porque comprendiendo luego los franceses que si les había sido fácil entrar no lo era ya el retirarse, desplegaron un furor inaudito; y los nuestros que ya no podían impedir se entrase á la carrera por la brecha dentro de la ciudad, desarrollaron toda su bizarría proverbial. Osorio, que allí se hallaba, y á quien gustaba habérselas con gente lujosa en armas, acometió á un gallardo capitán que llevaba un vistoso capotillo de grana, y se supo era pariente del marqués de Gebrés: á los primeros golpes ya lo rindió herido y pidiéndole cuartel; pero Osorio, tan amable en sociedad como duro en la pelea, le contestó que era tarde, y atravesándole con la pica, lo tiró por la brecha. Con igual arranque arremetieron á una Beaumont, Roa y Butron á la cabeza de sus gentes é hicieron atroz carnicería en las tropas de asalto, cuyas primeras filas debían componerse de hombres de alta preza y distinguido rango, á juzgar por el lujo de sus armas y vestidos, y lo gallardamente que se batían. Ni aun por esto se arredró en su retroceso la vanguardia; sino que, como si la retirada hubiera sido para tomar mas vuelo, superaron sin distincion

nuestra trinchera pisando los montones de cadáveres de sus compañeros, y con garbo, cual si fueran vencedores, llegaron hasta la banqueta que formaron los sitiados para servir de parapeto á los mosqueteros, reviviendo con furor la refriega. La mortandad en los franceses fué espantosa: sin contar el destrozo que les hizo nuestra gente al recibirlos á bote de lanza y cuchilladas; las armas arrojadizas que por todas partes se le dirigian, y el cañon del baluarte de los Cestones que les cogia de costado, causaron tal estrago que pudieron contarse los pocos que volvieron otra vez hasta abajo. Quien llamó la atencion en esta fiesta fué el soldado Alonso Morales, de la compañía de Beaumont, el cual era tan sereno y tan diestro en arrojar granadas, que ni una sola se perdía, cayendo siempre en medio del apiñado escuadron.

No obstante, con gente de refresco volvieron á dar el sétimo asalto; pero la animacion de los españoles fuera increíble á no constar en el diario de operaciones, que he leído, y confirman los hechos; pues su fuerza parece que crecia á medida que los ataques aumentaban. En cortos instantes los franceses iban cuesta abajo por la brecha; y aun quando cedian en orden, los nuestros saltaron valerosamente tras ellos al foso; en él los acuchillaron, y quando volvieron la

espalda, persiguieron la retaguardia á estocadas hasta las trincheras enemigas, en las que como conejos se ocultaron.

Los españoles que principalmente se señalaron en estos tres combates fueron el gallardo Don Domingo de Osorio, natural de Deva; D. Pedro Iburustera, D. Diego Miranda, D. Tomás Arsu y D. Juan Basterrechea, todos cuatro de Fuenterrabía, y D. Antonio Sinsunegui, de Tolosa. Miranda volvió herido en la cabeza, y á Arsu le pegaron un balazo al tiempo que Butron le daba la mano para ayudarle á subir sobre la muralla; pero ambas heridas tuvieron mas de honrosas que de peligro.

Parecerá imposible á quien no conozca el carácter español, que despues de tan rudos combates tuviera en seguida nuestra gente ganas de divertirse. Con grande algazara dejaron bien cargadas las armas en sus puestos y principiaron á saltar al foso á despojar los cadáveres, registrar las faltriqueras y tirarles la ropa y el dinero á los franceses con manifestaciones de burla y de desprecio; y toda esta bullanga tuvo lugar en medio de las balas de mosquete y de cañon, porque irritado el enemigo al verles rompió el fuego.

Reorganizadas las huestes francesas, volvieron á las pocas horas con nuevo furor para dar el

octavo asalto. Hiciéronlas frente sobre la brecha, á cuya cima llegaron con extraordinaria bizarría el valiente Osorio y seis de Tolosa, armados con picas, casco y cota. Como de costumbre, Osorio eligió para sí el mejor bocado; y esta vez fué el coronel francés que venia delante. Del primer bote, haciendo gala de serenidad con la mayor gracia, le quitó del lujoso morrion el magnífico penacho para dejarle desairado; y del segundo, hiriéndole en el pecho con la lanza, le tiró rodando. Sus seis compañeros dieron al instante en tierra con los ocho primeros soldados que venian de frente, y asistidos en el momento con mas gente, rechazaron á los franceses, y los llevaron arrollados hasta el foso. Allí el cañon del baluarte de los Costones, cargado además de la bala con palanqueta y metralla, consumó el destrozo; tambien levantando algo mas una bala rasa, pegó en la muralla, ya muy conmovida, y desprendiendo un paredon aplastó un grupo de soldados que se hallaba debajo.

Inútilmente los Generales franceses con sus valerosos capitanes intentaron otro asalto: las nuevas columnas llegaron solo hasta las obras inmediatas al foso, y horrorizados los soldados se detuvieron ante tan espantoso espectáculo. No hubo fuerzas humanas para hacerles avan-

zar; la oficialidad, espada en mano, les gritaba: ¡Adelante!... los Generales les exhortaban, marchando los primeros, y gritaban: ¡Aquí los bravos!... los tambores y pífanos sonaban sin cesar la carga, pero pálidos como la cera, y con los ojos desmesuradamente abiertos, fija la mirada en los restos destrozados de sus compañeros, el pié adelante y el cuerpo atrás, permanecían tan inmóviles como si estuvieran muertos. Solamente reveló que existían, el estremecimiento que les causó como descarga eléctrica, la vista de un capitán de los suyos, que abierta la cabeza y sin una pierna, se fué hacia ellos arrastrándose como un lagarto, dejando un rastro de sangre para indicarles el fatal camino. En el momento tornaron á sus cuarteles, y afectados, iban volviendo la cabeza para ver á los soldados españoles, que de pié sobre la brecha, en descanso sobre las espadas, picas y arcabuces, presenciaban aquella escena de horror, oprimido el corazón, pero erguidos y silenciosos, dispuestos á rechazar con la misma energía hasta que muriese el último de ellos todos los asaltos.

Contada nuestra gente, se halló que entre muertos y heridos gravemente, ascendieron las pérdidas en tal día á cuarenta hombres, en medio de los cuales había varias mujeres, vícti-

mas de la caridad que tan noblemente ejercian. D. Juan de Roa y D. Adrian Pulido tenian graves heridas: el capitan irlandés D. Terencio lo estaba igualmente, y consta que habiéndosele roto la pica en el combate, y con dos cuchilladas enormes en la cabeza, siguió batiéndose con el pedazo de asta que le quedó en la mano, hasta que arrancó otra lanza al enemigo y cayó roto el muslo de un balazo. Osorio, sin embargo de tener la ropa atravesada por diez y seis balas, y magullada la coraza y el casco, salió ileso. Tan señalada victoria no les fué posible celebrarla á nuestra heroica gente por la sensible pérdida de D. Juan de Beaumont. Este valerosísimo capitan que defendió la brecha desde el primer momento con una bizarria sin ejemplo, fué hecho pedazos al terminarse el combate por una bala de gruesa artillería que se llevó sus restos mortales. El Gobernador, tan afligido como todos, dió el mando de la compañía á su hermano D. Luis, que era alférez de ella y se habia portado valerosamente, no solo como recompensa debida y para perpetuar en ella el honroso apellido de su hermano D. Juan, sino tambien porque sabia con cuánto teson habia de vengar tan sentida muerte el nuevo capitan, á la cabeza de su misma compañía.

Agregábase á la pena que causó á los sitia-

dos la pérdida de tan famosos capitanes, el desconsuelo interno que crecía por instantes al ver que de los socorros que esperaban, en vez de llegar, habían desaparecido hasta los indicios. En el momento en que el fuego cesaba todo se les volvía mirar ansiosos á las colinas para descubrir algun movimiento de tropas que les diera márgen á abrigar una esperanza; pero las horas trascurrían sin consuelo, y la noche llegaba mas fatídica aun á aumentarles la tristeza en el alma. Al cansancio del combate sucedía la fatiga implacable del tenaz pensamiento, y la imaginacion impresionada no les presentaba otra solución mas que el incendio, el pillaje, la destrucción completa de la ciudad que amaban, el atropello brutal de sus madres, amigas, hijas y mujeres, y finalmente la muerte sin poder vengarlas.

Tanta amargura y pertinaz recelo no era del todo infundado; pues observaban que en el campo francés no era la consternación ni el miedo lo que dominaba, y sí la ira y el deseo de acabar con Fuenterrabía, haciendo añicos cuanto en ella se encerraba.

El príncipe de Condé en vista del mal éxito obtenido, reunió el Consejo de guerra, según se supo luego por los prisioneros, y todos estuvieron unánimes en que se debía dar un asalto

general á la plaza, é inmediatamente, antes que los Generales españoles reuniesen su ejército dispersado por la tempestad, y se presentasen nuevamente á dar aliento á los sitiados. El arzobispo de Burdeos, engreído con la derrota de Hoces, fué el que se mostró mas terrible y enérgico, llegando á decir *quod militia es entonces la francesa que tarda tanto tiempo en conquistar una sola plaza?*

Resuelto así, se mandó que al dia siguiente se cargase bien la mina del cubo de los Cestones; y en el subsiguiente, que era el de la Natividad de Nuestra Señora, se volase, y tuviese efecto el asalto general con todas las fuerzas terrestres y marítimas de que disponian. De embestir dicho punto se encargó el regimiento del de Condé; contra el baluarte de la Reina fueron destinados el duque de La Valette y el marqués de Forsa con sus respectivos regimientos, el arzobispo de Burdeos pidió por su cuenta la estacada y el lienzo que caía hacia la mar, el cual ganaria atacándole con sus chalupas equipadas con la mejor tropa de la armada; y el conde de Agramont con el regimiento que mandaba, se encargó de tomar por escalada el baluarte de San Felipe.

Desde el momento en que quedó de tal suerte decidido el asalto general, se notó en el campo

animacion extrema con las órdenes de los cabos; las idas y venidas de los ayudantes; el movimiento de los soldados disponiendo cada uno sus arreos y las armas; la confeccion de escalas y cuantos aprestos eran indispensables para un ataque decisivo, en el que de la actividad dependia el éxito, y la urgencia mas que nunca necesaria.

Advertianlo los sitiados, y sin dificultad se convencian del grande riesgo que corria la plaza; pero no obstante, el ánimo no decaia y á todo trance se hallaban dispuestos y resueltos á afrontarlo. Grandeza de alma tanto mas superior, cuanto que para nadie era un misterio la escasez de recursos con que contaban, y las fuerzas colosales con abundancia de pertrechos que sobre ellos iban á caer, sin tener ya siquiera la esperanza del mas mínimo socorro por parte de nuestro ejército. Sagunto y Numancia se ennoblecieron con sus cenizas, pero evitando los defensores con muerte prematura el rigor de las espadas enemigas: fortaleza de ánimo, que no niego, pero debilidad de corazon confesándose vencidos, en el acto de activar su destruccion, facilitando la victoria de tal suerte por sí mismos. Los de Fuenterrabia, en mi humilde concepto, rayaron mucho mas alto en tan supremo dia; porque la perfeccion en el valor

consiste en no perder la esperanza, hasta que el hombre se vé tendido en tierra atravesado el pecho y sujeto con el mismo hierro que lo tiene rendido. Y nunca se consideró como elevado y noble rasgo de valor el suicidio. A tan heróicos sitiados nadie podia ocultarles que habiendo llegado á juntarse hasta mil hombres para la defensa de las murallas en el primer mes de sitio, solo eran ya cuatrocientos, mal parados en sus arneses, flacos y extenuados de tanto desvelo y tan mísera comida, y aunque levemente heridos la mayor parte, luchando sin cesar durante *sesenta y nueve* días continuos.

Novecientos barriles de pólvora, de á cien libras cada uno, iban ya gastados, y no quedaban mas que cuarenta y cinco: en cada asalto de los ocho anteriores se consumieron treinta barriles, por consiguiente sabian que la pólvora no era suficiente: concluido el hierro y el plomo habian ya echado mano del peltre que existia en las cocinas, y tambien estaba casi consumido; de manera que no quedaba mas que la plata, y esta se hallaba dispuesta para fundir las balas.

La situacion de la ciudad no era menos aflicta: azotada por diez y seis mil balas de cañon y cuatrocientas *sesenta y tres* bombas que cayeron dentro del pueblo, no quedaba una casa que no estuviese hundida, agugereada espanto-

samente, ó rasa á la altura en que por algunos parages la cubria la muralla: por el baluarte de la Reina, destrozado por la mina, podia penetrar el enemigo á pié llano: era conocido que el de Leyva se volaria luego; y sin embargo, con serenidad pasmosa esperaba nuestro grupo de soldados á los regimientos franceses, sin dejarles sosegar entre tanto desde el palacio, tirando sobre sus reales con los cañones que aun les quedaban en estado. La prueba evidente de que la tranquilidad de espíritu no procedia de la desesperacion, y sí de la extremada bizarria, se demuestra en la jocosa intencion con que buscaban el momento oportuno de apuntar las piezas. Uno de ellos fué en aquel triste dia, cuando divisando en un manzanal á varios merodeadores procedentes de Bayona, atraidos por el botín al rendirse la plaza, y merendando con grande algazara, dirigieron la puntería tan certera, que se llevó á dos de ellos la bala y al tercero le arrancó una oreja; con cuya herida parece ser que se volvió á Bayona y contaba que *Fuenterrabia no se venderia tan pronto segun lo que á él le habian dicho á la oreja*. Tambien al poco rato observaron los del palacio que, habiendo pasado el rio un entierro seguido de muchos esquifes, iba con grande séquito por el campo de Ondarrayzo, y debia ser

el cadáver de algun gran personaje; pues marchaban inmediatos al ataúd veinte y cuatro caballeros lujosamente vestidos y con bandas, para llevarle á hombros hasta internarse en Francia. A pesar de que estaban muy lejos, un artillero apuntó tan diestramente el cañon llamado *Santa Bárbara*, que pegó de lleno la bala en el mismo féretro, y llevándosele hecho pedazos se dispersó el acompañamiento.

Si en situacion tan angustiosa, los de Fuenterrabía se entretuvieron aun con estos juegos, comparados con los defensores de Numancia y de Sagunto, ¿valian más ó valian menos?...

XVI

LA BATALLA

En el interin tenían lugar los sucesos que acabo de referir, los Generales reunieron á sus banderas la gran mayoría de la gente bisona que la tempestad habia desbandado, y se apostaron en el parage que antes ocuparon junto á Oyárun. Informados minuciosamente por Hualde del apuro en que se hallaba la plaza, juntáronse en Consejo de guerra para decidir el momento de dar la batalla, y nuevamente aparecieron las dos opiniones antes encontradas. Los que seguian el parecer de Roo se apoyaban en que si una tempestad habia dispersando las tropas, qué sucederia cuando se formase en los atrincheramientos del enemigo, y descargas.

sobre ellos una lluvia de balas: que este fué un aviso del cielo, y lo que importaba era conservar y hacer previamente sufrido y aguerrido el ejército. Los de Torrecusa contestaron que lo que el cielo había hecho era desembarazarles de cobardes, por lo que le estaban muy agradecidos, á fin de que unos pocos menguados no trastornasen la victoria; porque siempre fué achaque de pusilánimes andar agorando con los efectos de la naturaleza. El Almirante y el de los Velez repitieron que allí no estaban reunidos para tratar lo ya determinado, sino sobre la mejor manera de ejecutarlo.

Terminada así la controversia, se entró en seguida á discutir el modo de ejecucion. Unos tenían por mas oportuna la noche para intentar el ataque, porque semejantes embestidas son con muy poco miedo del que las hace, pero sumamente grande del que las recibe. Que si los soldados ven antes de entrar en la funcion las trincheras de los enemigos, se amedrentan; y la noche cubre la estacada, el foso, los rebellines y machinas; y no sin fundamento se dijo, que lo que principalmente se vence en las batallas, son los ojos; y varias veces con el favor de la noche, pequeños ejércitos desbarataron á los grandes. En apoyo de este dictámen presentaban varios ejemplos de lo ocurrido en la

campaña de Flandes, y la victoria poco antes adquirida de noche en el dique de Caloo.

Sin embargo de tan prudentes razones, los mas opinaban porque fuera de dia; y Torrecusa lo apoyaba diciendo con sus brillantes y atrevidas frases, que era mas lustrosa la victoria cuyo testigo es la claridad; porque si no se emboza bajo las tinieblas de la noche, se desacredita y se antoja como hurto y ratería. Y sobre ser de mas gloria y honroso, la misma competencia seria el mayor estimulo entre la diversidad de gentes españolas gobernadas con tanta independencian de unas á otras, para cuya evolucion se requeria la luz y que hubiese como testigos los ojos de muchos, que al contrario las tinieblas los embotan. Que se debia esperar la aurora para distinguir el valiente del cobarde; que el dia es el que hace justicia del proceder de cada uno, y nadie se suele hacer responsable de lo que de noche se hace mal; pero si las acciones son plausibles y honrosas, el mas cobarde se atribuye la mayor parte. Que despues de tomar de noche una trinchera, se puede tal vez empeñar al ejército en una emboscada; y por semejante ignorancia cuasi fué desbaratado César con todas sus tropas cuando en Durazo atacó los reales de Pompeyo, siendo así que lo hizo de dia; y aun los franceses ven-

cedores en la batalla de Leocata por la noche, no se atrevieron en mucho rato á ocupar nuestro campo, que ya estaba desembarazado.

Resuelto finalmente se diese de día la batalla, se modificó el plan algun tanto, pues antes se tenia decidido que reunidas las tropas, como vimos, en el monte Jaizquibel, bajase de allí el ejército; y ahora se consideró que siendo los senderos muy estrechos, era pequeño el número de soldados que podian coger de frente, y con facilidad ser rechazados, saliéndoles al encuentro el enemigo. Con razon tan atendible, se halló mas conveniente que por aquella parte avanzase el marqués de Mortara con poca gente; y por un camino algo pendiente hacia la mitad de la subida del mismo monte atacase el de Torrecusa con un grueso respetable las fortificaciones del alto de Guadalupe. Uno y otro camino confluían en una pequeña llanura delante de las mismas trincheras, en cuyo punto deberían juntarse ambos caudillos, para que desplegando la vanguardia pudiesen con mayor vigor acometer los atrincheramientos; ó en caso de que se adelantase el enemigo y saliese á la llanura, cogerle entre dos fuegos.

El día seis se tuvo esta junta de generales, y el día siete estaba todo dispuesto para dar la batalla decisiva á que se siguiese el descerco

el ocho de Setiembre que es el consagrado á la Natividad de Maria Santísima. Y así fué: como españoles y franceses, guiados indudablemente por los inescrutables designios del Altísimo, eligieron el mismo día cada uno en su consejo, los españoles para librar batalla, los franceses para dar el asalto definitivo á Fuenterrabia.

Concluida la junta, dieron los Cabos las órdenes para que se dispusiesen convenientemente las armas y caballos. Alegres los soldados, á quienes les iba tal resolución, se notó que en mucho número andaban por las tiendas de los capellanes para alijerar cada uno su bagage de la carga de pecados; y fortaleciéndose con los Sacramentos de la Religion Cristiana, afrontar el último trance sin temor de ajustar cuentas atrasadas en el otro mundo; que siempre los españoles fueron tan bravos, porque nunca dudaron que Dios está sobre todas las cosas, y su alta proteccion para el triunfo como en la derrota, es de todo punto necesaria.

Al amanecer el día siete se repartieron las tropas de esta manera: á D. Pedro Giron, además del tercio que mandaba, se le agregaron el de D. Sebastian Granero, una porcion de gente de la armada y un escuadron de la caballeria del marqués de los Velez que regentaba Don Fernando Ortiz, y se le mandó, como en un

principio, que inquietase de cerca los cuarteles de Irua. A D. Antonio Gandolfo se le encomendó apoderarse del bosque que habia entre el puesto de Giron y el alto de Jaizquibel, inmediato à los cuarteles del puente de Mendelo, con el tercio de D. Francisco Mesia. Al marqués de Mortara se le dejaron las mismas instrucciones, y además del regimiento de Guzman, se le dieron el de los irlandeses, algunos estandartes españoles y la caballería que habia llegado de Cataluña. Al marqués de Torrecusa, puesto que con tanto calor habia abogado por la determinacion de la batalla y con ansia pedia lo mas difícil, se le dejó que eligiese dos mil hombres, y en derechura avanzase hacia el alto de Guadalupe. Solicitado por muchos Torrecusa, separó en seguida quinientos hombres del regimiento del conde de Aguilar, y trescientos de la armada agregados al mismo, á todos los cuales regentaba D. Alonso Alarcon de Molina, con el título de Teniente; trescientos napolitanos del tercio de Moles y seiscientos navarros del tercio de D. Fausto de Lodosa. Para Sargento mayor de esta brigada eligió á D. Andrés Perez de Trigueros, soldado ya muy veterano; y por Capitanes á los esforzados varones D. Francisco Garro, hermano del conde de Xavier; D. Diego de San Cristóbal, D. José

Vayo; D. José Reta; D. José Muruzabal; Don Bartolomé Baygorri; D. Juan de Amezaga Lecea y D. Blas Rodriguez. Los otros trescientos hombres que le faltaban, los entresacó de los tercios navarros, en número de ciento, de cada uno de sus Capitanes D. Pedro Ayanz, D. Juan de Egües y D. Francisco Eguia Beaumont.

A corta distancia del de Torrecusa debian marchar el Almirante y el de los Velez junto con Roo, como segundo Maestre de Campo general, reservándose puesto para atacar de frente las trincheras, colocadas á la falda del alto de Guadalupe, y hallarse en situacion de auxiliar á Torrecusa, al propio tiempo que causar á las tropas enemigas alguna diversion. En este cuerpo de ejército quedaban el tercio de D. Cristóbal Bocanegra; el que dejó el marqués de Mortara cuando fué relevado en el Jaizquibel por el regimiento de Guzman; otro que se componia de los de Alava, y los tres estandartes, tercios de Navarra, de los coroneles D. Gaspar Enriquez de Lacarra, D. José Donamaria y D. Felipe Navarra con lo restante de la caballería del mismo reino, en número de cinco mil y quinientos hombres. Granero, Isasi, Guasco, Tutabilla y otros oficiales principales, debian acompañar al Almirante y al de los Velez, por si alguna circunstancia requiriese su mas pronta

asistencia ó su consejo. Y era tanto mas notable este grupo de hombres peritos en la guerra, cuanto valerosos capitanes, que realizaba su brillo la presencia al lado de las personas de ambos Generales el duque de Alburquerque, el conde de Sástago, el marqués de Fromista, el de Espinal, el de San Damian y otros caballeros y lustrosa comitiva de la mas antigua nobleza, todos dispuestos á la primera señal para lanzarse en la refriega como buenos soldados.

Ordenado el ejército en esta forma, se oyeron por todos los reales repetidas oraciones, con que ponian los soldados en manos de Maria Santísima la suerte de las armas españolas para que les protegiese en el dia de su Natividad; que no quita lo cristiano á lo valiente, y siempre fué muy devota de la Virgen la gente española.

Dada la voz de mando se pusieron en marcha las columnas, y desfilaron desde sus respectivos atrincheramientos, camino de los reales enemigos. Giron, que iba delante, se apostó en el mismo parage de donde lo arrojó la tempestad, y fué el primero que divisaron con grande alborozo los de Fuenterrabía. De allí á poco la alegría subió de creces al notar que los altos desiertos del Juizquibel se poblaban de gente numerosa; y despues del medio dia, al ver que

salía de un valle profundo que tuvo que cruzar el marqués de Torrecusa á la cabeza de su escuadron de valientes soldados, con toda la gallardía que le era tan natural, subiendo impaciente por la mitad del monte y dejando á retaguardia las fuerzas que le seguían ansiosas de lidiar.

A tal punto se hallaba ageno de sin igual ventura el gobernador Eguía, que no quiso dar crédito al centinela que comunicó la primera noticia, en atencion á tener perdida la esperanza que á él y á Butron les diera Hualde de avisarles, como lo hizo, con tres ahumadas, tres dias antes de la marcha en socorro de la plaza, y haber ya trascurrido el tercero, sin que se apercibiesen del mas pequeño movimiento en el ejército. Eguía y Butron se retiraron incrédulos y taciturnos del círculo que les rodeó desde el instante en que llegó el aviso del centinela, y al verse solos quejándose con amargura de la apatía de los Generales, se abrazaron tiernamente llenos de lágrimas los ojos, y despidiéndose con un apretón de manos hasta la otra vida, resueltos á morir matando: Eguía se marchó al baluarte de la Reina y Butron á la estacada, cuyos puestos de honor, por ser mas peligrosos, se habian reservado. Al llegar cada uno al sitio que eligieron para servirles de gloriosa tumba,

les salieron en tumulto al encuentro con inmensa vocería, y pudieron convencerse por sus ojos de que la alegría que rebosaba en los semblantes no era ficticia. La gente subió á la carrera hasta el terrado del cuartel del palacio, é izando la bandera roja en señal de constancia para dar ejemplo al ejército, le saludaron con salvas repetidas de mosquetería, que por intervalos dominaba el estruendo severo de la artillería.

Observando al poco rato el aire marcial con que las columnas españolas se aproximaban á las trincheras enemigas y la precipitación con que de todas partes acudían los franceses á la defensa, inquietos los sitiados del éxito de la batalla; acudieron en gran número á la iglesia. Allí, puestos de rodillas delante del altar mayor, donde estaba la imagen de Nuestra Señora de Guadalupe, abierto por los sacerdotes el Sagrario y expuesto el Santísimo Sacramento, elevaron sus plegarias á Dios por medio de su Divina Madre, para que concediese la victoria á nuestro ejército.

La marcha de Torrecusa fué difícil, y su llegada al frente del enemigo sumamente peligrosa. Siguiendo un camino muy estrecho por el que solo dos soldados podían marchar de frente, se puso á examinar bien la posición y vió que por la izquierda quedaba el alto Jaizquibel, cuya

desnudez no permitia tener cuidado de ninguna sorpresa, pero que por la derecha se tendia un valle profundo cuyo boscaje era sumamente espeso. Receloso de que al pasar le cargase el enemigo por la espalda, envió allá á su teniente D. José Sarabia, caballero del hábito de Santiago, con los napolitanos, entre tanto subia á la eminencia. Fuera de tan estrecho paso, y ya en terreno de bastante estension, desplegó en batalla á toda prisa las tropas que mandaba Alarcon. El tercio de D. Fausto de Lodosa quedó en la reserva con orden de que los napolitanos se uniesen; y el resto de la gente lo distribuyó así: los piqueros en el centro; en los costados fusileros y mosqueteros, y sostenidas estas dos columnas, á la derecha, por los capitanes Don Alonso Salamanca y D. Fernando Galindo, con los de la armada y los soldados del conde de Aguilar, y á la izquierda por Egües y Eguia de Beaumont con los navarros. En el costado izquierdo de los piqueros se pusieron D. Diego Eguia y D. Gabriel de Varoyz, que en otro tiempo habian sido capitanes: y acerca del primer puesto á la derecha de la columna, considerado el de mas honor, se disputaron con energia y noble emulacion, dos caballeros, *tan grandes en los pensamientos, como en poder tenerlos*, D. Beltran de Ezpeleta, vizconde de Valderro,

diputado del reino de Navarra; y D. Miguel de Iturbide, caballero del hábito de Santiago: alegaba el primero haber sido Maestre de Campo y el segundo coronel de caballería. Torrecusa, no queriendo disgustar á ninguno, se encogió de hombros, y cediendo Ezpeleta por el bien comun y que no sufriera menoscabo, con protesta de que en tal concepto lo hacia, se colocó el segundo, añadiendo que el puesto mas honroso en campaña es el que cada uno defendiese con mas valor.

En la primera y segunda fila de los piqueros no se admitió á nadie que no hubiese tenido grado militar; y así se formaron con veinte capitanes de experimentada bravura, y los demás, alféreces de extraordinario teson. Organizado de este modo el escuadron, comenzó su movimiento venciendo las mil dificultades que ofrecia el terreno, hasta llegar á la mayor altura en que el Jaizquibel empieza á declinar hácia la llanura de Guadalupe; cuya bajada no menos costosa terminaba en unas peñas escarpadas fuera de la línea del atrincheramiento, en donde se hallaba una avanzada de doscientos carabineros franceses que incomodaron bastante á los nuestros.

En su vista, Torrecusa ordenó que avanzasen los mosqueteros de ambas columnas, y dando-

les por cabos á Egües y á Eguia que estaban á la izquierda, y á Salamanca que estaba á la derecha, les mandó embestir. Con emulacion gallarda de la mas apuesta bravura, en el instante desalojaron á los franceses rebatiéndoles hasta sus trincheras, y ocuparon la posición, no obstante el fuego que desde los reales hicieron las baterías. De este modo logró alojarse nuestra gente en la eminencia mayor de Guadalupe, desde donde se descubrian muy bien los reales enemigos y la disposicion de sus trincheras. Una de ellas, muy buena, corria casi desde la misma puerta de la ermita de Guadalupe hasta el bosque de Justiz, que llega al castillo de Higuer, con foso delante y cortada en ángulos salientes para poder ofender por el costado y de frente á los que la embistiesen. La parte del setentrion se defendia por sí con lo escabroso y natural aspereza del terreno; pero la que caia al Occidente, y era mas accesible, tenia dos medias lunas con su foso y trincheras á corta distancia entre sí, con dos cañones cada una; y como mejor guarnicion, la ocupaban las tropas del marqués de Forsa, teniendo en sitios diferentes dos cortaduras para que pudiese salir la caballería. En el centro habia muchos caminos; pero á excepcion de unos cuantos para la comunicacion, los demás estaban ó cortados con fo-

sos ó fortalecidos con castillejos. Como las posiciones eran de difícil acceso, el de Torrecusa mandó hacer alto, y llamó á Alarcon, á Triguero y á Sarabia que ya habia llegado con los napolitanos á la retaguardia, y apartándose un poco, les pidió su dictamen y consejo. Hay quien dijo que se pensó en atrincherarse porque vieron pasar á vanguardia algunos instrumentos para el caso; pero la idea vino de los veteranos que corrieron la voz de piquete en piquete, aunque sin orden para ello; pues en el ánimo de Torrecusa no cabia otra resolución que la de librar la batalla: y cuadróle mucho la conformidad de deseos que encontró en Sarabia, quien anhelaba toda la gloria de aquel dia para su tercio de navarros; los cuales *ya renegaban en vascuence* de que les tuviesen tanto tiempo parados. Digno es tambien de anotarse que en dicho tercio habia muchos nobles de Navarra que rehusaron cortésmente formar parte del séquito del marqués de los Velez, prefiriendo compartir los sufrimientos y peligros del soldado.

Aprovechando Torrecusa el ardor de esta gente, tomó el escuadron de Alarcon á la ligera, compuesto de piqueros y carabineros; y estableciendo centinelas avanzados para que la caballería no pudiera sorprenderles, dispuso

que el tercio de los navarros y tres compañías que habia entresacado para desembarazar un alojamiento francés, embistiesen á toque de caja el reducto de la izquierda de los españoles; porque cojido este, el de la derecha se tomaba fácilmente hallándose mas bajo. (1)

Iba capitaneando las primeras filas del tercio y al frente de la compañía de los de Sangüesa D. Francisco Garro, jóven de grandes esperanzas y tan celoso de ser el primero que avanzase, que habiéndosele adelantado un soldado de su estandarte, que tenia gran fama de valiente, le cojió por el cuello en medio de un diluvio de balas y le metió en su puesto diciéndole: *«el Capitan no se porta bien sino va delante para dar ejemplo; y el soldado, como siga, cumple bastante con su obligacion.»* Herido Garro en aquel momento, y cubierto con su sangre y la de su escudero, á quien quitó la cabeza una bala de cañon, saltó sin embargo al foso; y aunque por dos veces le tiraron rodando al intentar subir al parapeto, y fué milagro como no le mataron, trepó el primero al reducto y desembarazó el paso á

(1) El reino de Navarra tiene alegado en la petición de la ley 58, de la Novis. lib. I. tit. D. LA GENTE DE GUERRA, que fueron los navarros los primeros que en este lance embistieron las fortificaciones francesas.

cuchilladas para que subiesen sus soldados. Estos le siguieron á porfía, y en un momento limpiaron todo el frente de aquel costado de la fortificación; pero inmediatamente, algunos caballos escojidos, ocultos con el humo del cañon que disparaba sin cesar contra los de Garro, aparecieron repentinamente. Pistola en mano y el sable colgando de una cinta en la muñeca, le acometieron á pistoletazos y luego á cuchilladas, rechazándole hasta las peñas inmediatas, por falta de piqueros que permanecieron en la retaguardia y no haberse inventado aun las bayonetas. Al llegar al sitio indicado, cargaron á toda prisa los fusiles y volvieron con nuevo aliento y grande arrojo sobre la trinchera, reforzados con alguna gente del tercio de D. Fausto de Lodosa; varios capitanes del de Aguilar con sus mosqueteros; y de los napolitanos, los capitanes D. Horacio Magnera y D. Tomás Paulela, que se agregaron voluntariamente á los piquetes. Con la primera descarga rompieron la caballería, y cargando sobre ella hasta obligarla á cerrarse en sus trincheras, atacaron otra vez el reducto. Superado gallardamente obraban ya dentro de él, cuando la caballería francesa, viniendo en número crecido del centro de los reales, cargó sobre la columna de la izquierda y la hizo retroceder.

En el instante operó un movimiento la vanguardia para dar frente á la caballería y trabóse una refriega encarnizada; porque en aquellos tiempos era superior un escuadron de ginetes á otro de infantería, y en tal concepto, como la carga del fusil era por lo minuciosa demasiado lenta, los franceses metian espuelas en cuanto una fila se desordenaba despues que hacia fuego, y la caian encima; estableciéndose la lucha por su parte á cuchilladas, y por la nuestra á golpe de mosquete y carabina, sirviendo de maza la culata. Otros con espada y daga les desjarretaban los caballos; y tan fogosos animales, sentados en tierra apoyándose en las manos, levantaban erguidos la cabeza, de que se hacian un escudo los ginetes asidos de las riendas, permaneciendo arrogantes hasta caer con uno de los combatientes, que espiraba sobre sus nobles restos cruelmente destrozados. En el interin el centro dirijia repetidas descargas por encima de los soldados que formaban la vanguardia, y muchos franceses que permanecieron á caballo, fueron derribados. A pesar de tanta bravura, la desventaja se hallaba de nuestra parte, porque además de la numerosa caballería francesa que acudió, un fortin bien artillado no cesó de hacer fuego; é ignoro la razon porque esta vez aun, acometieron los espa-

ñoles sin piqueros. Furiosos los llamaban á voces nuestros veteranos al verse obligados nuevamente á retroceder, cuando muy á tiempo y con una bizarria igual á su ligereza, volaron á encararse contra el enemigo veinte piqueros navarros de los voluntarios de la nobleza. Este rasgo de valor fué suficiente para recuperar lo que ya se consideraba perdido, reanimando la gente. Los heroicos piqueros, cosidos unos á otros y presentándose ya en un grupo circular, ya en doble fila de frente, acudían con rapidez al punto amenazado por la caballería y la recibían con las lanzas asidas á dos manos, sin cejar ante las innumerables cuchilladas y pistoletazos que los enemigos les tiraban, pasando y retrocediendo veloces con sus ágiles caballos. Sostenida tan valerosamente la mosquetería española, su fuego fué nutrido, y tan certero, que hizo huir á la caballería enemiga, quedando milagrosamente en pié todos los piqueros. Sin embargo, los mas no estaban ilesos; pues á Don Francisco de Eguia, caballero del hábito de Santiago, le hicieron tres heridas en la cara; á D. Lorenzo Perez, D. Juan Egües y D. Juan de Balanzá, señor de Olleta, les hirieron en el costado; y D. José Vidaurreta, despues que quebró la lanza sobre un francés que le hizo frente, atropellado por el caballo, cayó de cabeza en

un barranco inmediato. Viendo el de Torrecusa que no avanzaba cosa contra las fortificaciones teniendo que aguantar á descubierto el fuego de cañon, la mosquetería y las granadas, que sin cesar desde los castillejos le arrojaban, hizo avanzar toda la reserva, mandó venir los napolitanos y envió á decir con un capitán al de los Velez que le aprontase nuevas fuerzas: mas como en estos momentos advirtiese la premura con que el de Mortara se aprestaba á socorrerle, sus esperanzas crecieron, y en la impaciencia ya sin límites, metió las espuelas al caballo y se plantó al escape al frente de las primeras filas; sin que bastasen á contenerle las observaciones de Sarabia que, atendiendo al bien de todos, le rogó no expusiese de tal modo su persona. Torrecusa no dió oídos á tan prudentes consejos, y se puso á animar á la vanguardia, respondiéndole primero, *que en quedando con vida su teniente, nada se echaria de menos.* Es admirable como en aquellos tiempos se hermanaba siempre el valor y la ambicion de gloria, con lo que era debido á la mas hidalga cortesía. Entusiasmados los soldados al ver delante la gallarda persona del marqués de Torrecusa, le contestaron con voces unánimes que le seguirian hasta morir ó vencer al enemigo; y con su ejemplar valentía, atacó la vanguardia con im-

petu extraordinario. Los franceses empezaron à aflojar, y poco à poco à ceder el terreno, al propio tiempo que los mosqueteros españoles marchaban à paso acelerado para cortarles la retirada à los reales; y esta maniobra fué la suficiente para decidir à los que ya remisamente batallaban, à salir descaradamente huyendo. Pero no así à un grupo de valerosos soldados franceses, cuya vigorosa resistencia acreditó que si hubieran sido imitados, la sangre habria corrido en abundancia, porque ninguno cedió, prefiriendo morir hasta el último en su empeño. Dicen que eran de la guardia del príncipe de Condé, y lo creo; pues estos cuerpos, à los que solo la envidia, ó mas bien la malicia, ha tratado siempre de desacreditar, dieron constantemente con su bravura los mas altos ejemplos. *Nobleza obliga*; y la aristocracia en el ejército es sinónimo de estar prontos à morir primero que rendir el puesto.

Contento el de Torrecusa con estos adelantos, pues el reducto y el castillejo quedaron en su poder, juzgó deber aprovechar la turbacion del enemigo y cargar sobre él; no fuese que cesando en el movimiento se entibiase el ardor de sus soldados vencedores, y dejando tomar aliento à los vencidos, el pundonor les devolviera el primitivo esfuerzo tan natural en ellos, máxime

viendo que el escuadron de Mortara bajaba al llano del alto Jaizquibel, tocando ya su vanguardia cerca de las trincheras enemigas; y que tambien los tres restantes tercios de Navarra venian á toda prisa, por órden del de los Velez; y en tal concepto se echó sobre los reales con todo el grueso de las tropas.

La aspereza del terreno y lo grande del peligro, imprimió cierta lentitud á la accion de acometer en este primer acto de la batalla; porque se veian perfectamente los muchos escuadrones de piqueros que les aguardaban en posicion, sostenidos por numerosa mosquetería; pero concluyó la circunspeccion en cuanto de la columna derecha salieron los mas valientes españoles, y de la izquierda envió delante el de Mortara, para sostenerlos, un escuadron de caballería andaluza á las órdenes de D. Andrés Arias Maldonado, y otro de napolitanos que cargaron con el mayor denuedo. Rechazados los primeros regimientos de piqueros, cundió el temor y se infiltró el desaliento dejándose vencer del miedo los franceses, como lo indicó en la huida el ruido de las picas que entre sí se chocaban: señal patho-gnomónica en las enfermedades de la guerra. Advertido por los españoles, como advirtieron desde las alturas el gran botin que les esperaba, excitados además

con tan fácil victoria, cerraron los ojos consentidos en el éxito feliz de la batalla, y continuaron la feroz acometida arrollando por todas partes á los franceses ya desanimados, quienes atropellaban huyendo despavoridos á los jefes que trataban de contenerlos á cintarazos; y por completo quedó nuestro el alto de Guadalupe, del que fueron arrojados.

Ya la consternacion se comunicó de reten en reten y guardia en guardia por los reales; y de todas las fortificaciones interiores, menos del fortin que cubria el alto *La Gracia*, se iban retirando guarniciones enteras, sin disparar un fusil, atemorizadas al ver despeñarse los regimientos desde Guadalupe; cuando mas bien que la inconstancia de la suerte, cambió el semblante de la batalla la avidez del pillage y casi nos privó de la gloria, como ha sucedido muchas veces que la codicia malogró las victorias. Dejáronse llevar los españoles de una confianza tan ciega, que juzgaron el triunfo ya completo y más viendo entrar por las fortificaciones de la izquierda el marqués de Mortára, llevándose por delante á la carrera varios regimientos, que sin preocuparse de otra cosa se fueron divertiendo en despojar las tiendas de campaña y los franceses muertos. El mal ejemplo cundió, y de unos cuantos que fueron en el principio, eran

ya piquetes enteros los que se disputaban el terreno, segun el puesto ocupado en el combate, y luego las primeras compañías á las últimas, por haber estado más expuestas á los riesgos. De aquí resultó que se redujo considerablemente el número de los que picaron la retaguardia, lo cual advertido por algunos oficiales franceses, hallaron la ocasion muy oportuna para reanimar á sus soldados deteniéndoles por el brazo y haciéndoles ver su superioridad. Así lograron parar algunas compañías, á poco un regimiento, y luego un escuadron de excelentes caballos, que como el sitio era á propósito, delante de la infantería se desplegaron. Sorprendió á los españoles tan repentina mudanza; y aunque desiguales ya en número, Triguerio con unos infantes, y el capitan Eguia de Beaumont con unos cuantos caballos, cesaron en la persecucion é hicieron frente á los franceses. La actitud ofensiva de los que consideraron en derrota, corrió de boca en boca entre los soldados entregados al pillage, y en su honor debe decirse que abandonaron inmediatamente el botin para lanzarse á purgar su culpa en el combate. El ascendiente que ejercia el notorio esfuerzo de las tropas españolas hizo que á pesar de engrosarse el número de franceses considerablemente, reflexionasen sobre la embestida, y esto

momento de detencion sirvió de mucho á los nuestros; porque aunque á la carrera acudían á las filas, eran bastante menos y dió lugar á que llegase nuestra caballería. Españoles y franceses la vieron al mismo tiempo trepar á un alto que dominaba la derecha del enemigo, y descender á escape, espada en mano, á recuperar con usura lo perdido. Su presencia solo fué la señal de la mas vergonzosa derrota. Impresionados ya los franceses, no podia caber en su imaginacion la mas pequeña idea de alcanzar el triunfo, aun cuando conocian que positivamente eran inferiores en número las fuerzas españolas. Su magnífica caballería se sobrecojió al verse venir como un vendabal levantando torbellinos de polvo nuestra caballería, y desordenándose volvió grupas, atropellando á su propia infantería; la cual, desde que advirtió el movimiento de los caballos, huía ya desbandada tirando las armas para salvarse mejor el que podia. Los soldados de Torrecusa persiguieron á los franceses causándoles destrozos inauditos; y saltando unos trás otros los atrincheramientos como gamos, los vencidos volaban en todas direcciones con las alas que les prestaba el miedo, y los vencedores se enseñorearon de los reales enemigos por completo. El Almirante y el de los Velez, que ya de antemano y con maduro

acuerdo habian hecho pasar la estacada á la retaguardia, fueron ocupando con fuertes guarniciones hasta los últimos ataques de los reales y estableciendo guardias en los principales puestos.

Al primer encuentro el príncipe de Condé habia corrido á caballo hasta las trincheras del alto de Guadalupe; pero al encontrarse con su caballería derrotada, y hallando al regresar á los reales todo el mundo consternado, comprendió que era imposible disputarnos la victoria, y metiendo espuelas se fué con unos cuantos de su séquito á la orilla del mar. Allí echó pié á tierra, y en cuanto se le aproximó una chalupa, se metió él mismo dentro del agua para saltar mas pronto á bordo y pasó á Francia. Los mas de los jefes de tan brillante ejército siguieron idéntico camino: el arzobispo de Burdeos se acogió á la armada; y los infelices soldados, sin cuento, desde las inmediatas trincheras á Fuenterrabía, hasta el castillo de Higue, se disputaron las embarcaciones varadas en la arena por la baja mar, otros se echaron á nado y muchos con sus caballos para pasar á Hendaya; y finalmente, al llegar en tropel gran número de fugitivos perseguidos por los españoles, la desolacion fué espantosa; pues en confuso monton, hombres, armas y caballos, todo rodó sobre las

olas. Mas felices los que se hallaban en las trincheras de abajo, torcieron por el alto de La Gracia hacia el puente de Mendelo, y desde allí á otros cuarteles menores que estaban en Irun, y aunque no lograron tampoco tranquila retirada, porque los de Fuenterrabia les mataron algunos con los cañones del baluarte fronterizo de la Reina, pudieron ocultarse y escapar de Giron, quien oia el estruendo de la batalla, pero las alturas y los bosques le impedian juzgar de qué parte se inclinaba la victoria. La noche favoreció por completo la huida, y al rayar el alba, solo aparecieron infinidad de cadáveres, desgraciados heridos, infinitas armas, y abandonadas las piezas de su terrible artillería.

XVII.

LA VICTORIA.

El triunfo del ejército del Almirante y el del marqués de los Velez sobre los franceses fué completo; pero quedó la rúbrica reservada en blanco, á fin de que la echaran con su espada los heroicos defensores de Fuenterrabia, colocando en su inmortal corona la última hoja del laurel de la victoria.

El alto de La Gracia permaneció ocupado por una gran guardia de valerosisimos soldados franceses, á quienes no atemorizó lo mas minimo el horrendo estrago de sus camaradas, fieramente acuchillados. Antes bien, ganosos de vengarles, asestaron los cañones del reducto y los mosquetes contra el baluarte de la Reina,

rampiendo un fuego tan nutrido y certero que á nadie le fué posible tenerse sobre la muralla. Este incidente tenia desazonados algun tanto á los sitiados, á pesar del gozo que les llenaba el alma por el resultado tan feliz de la batalla; y aunque mas de una vez desearon salir de los muros para contribuir al éxito, siempre Eguía y Butron, obrando con prudencia, se opusieron. Con la misma negativa se encontraron cuando persistieron en ir al menos á hacer callar á los del alto de La Gracia, ya que no existia el peligro de que se rehiciesen los franceses, para poder intentar un golpe de mano sobre Fuenterrabia viéndola desguarnecida; pero á pesar de la prohibicion absoluta de salir de la plaza, cogieron ocultamente las armas unos ciento cincuenta, y saltando por encima de las ruinas, se fueron á la carrera á tomar de rebote el reducto, convencidos de que la desobediencia hallaria su disculpa en la proeza.

El hecho tuvo lugar con tan extraordinaria valentia, que pudo decirse no fué visto ni oido. Los soldados franceses que al tropar los nuestros como leones sobre las banquetas y el parapeto no huyeron, quedaron inmediatamente muertos. Y para terminar la expedicion tan valerosos soldados, al regresar á Fuenterrabia tres de ellos se fueron á registrar la mina del

baluarte de Leyva, donde hallaron á los gastadores que daban el barreno. Lo que allí sucedió se infiere, porque los tres españoles salieron en seguida, y á los gastadores franceses nadie los vió salir ya del agujero.

El número de enemigos muertos en la batalla no fué enorme, gracias á la presteza con que huyeron los regimientos completos, y por esta razon ascendieron á mil y quinientos. Los soldados ahogados pasaron de dos mil. Otros dos mil fueron los prisioneros, y se cogieron ochenta banderas, infinitas armas, tiendas y útiles de campaña, y veinticinco grandes piezas de artillería de sitio; distinguiéndose entre ellas un cañon que tenia grabado el nombre de Richelieu y este nombre: *Ratio ultima Regum*, «letra que se puso con sobrada moderacion, »segun dice el P. Moret, porque no es esta la «última razon que gastan los mas Reyes, sino »la primera.» Hallóse tambien mucha cantidad de bastimentos, el dinero de las pagadurias del ejército, y en la tienda del principe de Condé todas las secretas instrucciones para la campaña en numerosas cartas del Rey Cristianísimo y del cardenal de Richelieu; entre las cuales es digna de notarse la que de parte de este recibió el de Condé, fechada en Abeville á veinticinco de Agosto, diciéndole: *Tengo por muy impor-*

tante que se fortifique á Fuenterrabia, y que en este asunto proceda el Principe con la misma actividad que si los españoles la hubieran de sitiár al dia siguiente de rendida. Que para ello enviaba con el portador de la carta cuarenta mil libras, y al obispo de Nantes con un ingeniero práctico: y hacia la advertencia de que no se distrajera en otra cosa ni un dinero de esta cantidad ni el Obispo tuviese otro cuidado alguno. Tambien se supo que dicho prelado traia compuesto un sermón para predicarlo en la iglesia de Fuenterrabia el día de Nuestra Señora, alabando á los grandes de Francia por tan señalada victoria.

Dicen los escritos de aquel tiempo que era gusto ver en los reales franceses los aparadores llenos de vagilla de plata, y las tiendas adornadas con muchas y preciosas alhajas, sin el desaliño de que se hace gala en campaña. En la tienda del Principe llamó la atencion la cama y colgadura de mucho valor; hallándose tambien su encomienda de la orden de *Sancti Spiritus*, en piedras preciosas, y pendiente de un magnífico collar de oro. Los mercaderes acudieron solícitos á comprar el botín; y aun cuando los soldados todo lo dieron á ínfimo precio, porque lo que estiman es coger cuanto antes un puñado de dinero, subió la suma que paga-

ron á un millon de escudos, de los cuales no existiria ni un real al poco tiempo.

Esto atestigua más que todo la precipitacion con que huyeron los franceses, y el resultado de las pérdidas en el ejército español lo poco que resistieron. Los muertos fueron cuarenta, y sesenta los heridos. Entre estos, fueron la mayor parte del tercio de D. Fausto de Lodosa, mereciendo particular alabanza D. Juan de Mutiloa, diputado del reino de Navarra, D. Juan Dicastillo; D. Juan de Angulo, caballero del hábito de Santiago; D. Lorenzo Samaniego; Don Fermin de Arburu, todos de la compañía de piqueros, y D. Ignacio Baquedano, quien tomó el primer reducto y volvió al instante los cañones contra el enemigo. Del tercio de Aguilar, murieron heroicamente los capitanes Coello y Garin; y de los napolitanos, fueron heridos, haciendo proezas de valor insigne, los dos capitanes que se presentaron voluntarios á batirse en clase de soldados, D. Horacio Magnera y D. Tomás Paulela. El ayudante de Sarabia, D. Estéban Minuárcio, que era un valerosísimo militar, desapareció, llevando órdenes á los capitanes para que avanzasen, sin duda hecho pedazos por alguna bala de cañon.

La grandeza de esta victoria sobre un poderoso ejército, perfectamente y con sobrado

tiempo atrincherado, sin que costase á los españoles la efusion de sangre que bajo todos conceptos era natural, dió margen á las cavilosas de los *gacelistas*, que en la corte de Luis XIII de Francia, como en la de Felipe IV de España, abundaban lo mismo que hormiguan en estos tiempos; y es de esperar, que siendo de la familia á que pertenece la polilla, mientras que el mundo sea mundo y haya que roer, jamás se extinguirán. Algunos nobles franceses, mal avenidos por diferencias particulares con Richelieu y el de Condé, se dejaron decir, para que se divulgara por los mentideros, que la España habia negociado con oro la victoria; lo cual, en vista del tremendo desastre, impresionó tanto, que hasta el buen sentido sospechó temerariamente fuese cierta la noticia; resistiéndose á creer tal pusilanimidad en los franceses y tanto arrojo en los españoles, sin que existiera una razon secreta y ser esta positivamente la codicia.

Aunque la falsedad era evidente, no dejó sin embargo de tener algun fundamento. Sabido era por todos que el conde-duque de Olivares fué siempre opuesto á gastos de esta especie, y con frecuencia decia: *dinero perdido*; por otra parte, ignorarlo completamente el Almirante y el de los Velez, quienes forzosamente, al menos

uno de los dos, debía estar en el secreto: además, que el mismo día, y casi á la misma hora de la batalla, habiendo confesado y comulgado D. Felipe IV, le dijo al de Olivares: *Hasta ahora, Conde, habia suplicado á Dios que se sirviese defenderme á Fuenterrabia de las armas de nuestros enemigos; pero ya es corregida y enmendada mi súplica; pues se la he entregado toda á Dios, y la he puesto á su voluntad y disposicion.* Estas palabras las oyeron muchos de los que estuvieron aquel día de córte, y las repitieron á todos los demás; y no cabia duda que un Soberano tan cristiano no habia de expresarse en aquel momento con palabras cuya hipócrita falsedad no le era dado dudar.

El fundamento dimanó de que el Almirante, hallándose muy disgustado al ver que no encontraba en Hernani lo que se le habia dicho, consultó á varios amigos sobre el particular, y algunos de ellos le contestaron con harta ligereza, que lo que debia de hacer era corromper con dinero hasta el mismo príncipe de Condé. Pero el Almirante, no por duelo del dinero, porque contaba con doscientos cincuenta mil escudos de renta, sino porque era todo un caballero, desechó el consejo, diciéndoles que ni por respeto á su persona, ni al honor de la na-

cion española, decia bien una victoria que publicase la fama *haberse ganado en las manos, y no con las manos; no con raudales, sino con caudales*. Desoyó los ardides que sobre esta base le propusieron, y añadía, que al de Condé pudiera en desdoro suyo ocurrírsele aquella frase de: *piensa el ladrón, que todos son de su condicion*.

En Francia, á instancias del Príncipe, se abrió una informacion de los hechos, y no solamente nada resultó en contra de su limpia fama, sino que brilló tan alto el esfuerzo de los de Fuenterrabía en repeler los asaltos, que nadie de buena fé puso en duda que el ejército francés se impresionó.

En la España de aquellos tiempos, católico cristiana por excelencia, la victoria se atribuyó sin comentarios á la proteccion de Dios; y tuvieron razon: no porque el Altísimo resuelva y determine á toda hora la ventura ó la desgracia del hombre, pues entonces seria la causa del bien y la razon del mal, y por lo tanto era inútil el libre alvedrío en que dejó al género humano para seguir por el camino de salvacion que clara y distintamente le trazó Nuestro Señor Jesucristo, ó la tortuosa senda que conduce á su condenacion. Dios es la fuente inagotable de todas las venturas, como tambien la mas se-

vera justicia y la clemencia mas perfecta, y solamente en nosotros reside el origen de la desgracia; porque si con fria razon lo examinamos, aun cuando la pasion nos ciegue, lo podemos ver: que la mirada con que penetramos hasta el oculto fondo de la conciencia, es mas perspicaz que la vista del lince lo fué nunca en la oscuridad. Los españoles, desde el último soldado hasta el General, cumplieron primero con su deber ante Dios; y ya sin temor á la muerte, fueron á lidiar por su patria (1). Al mismo marqués de los Velez se le vió, despues de haber confesado y comulgado, rezando con fervor de rodillas dentro de su tienda, cerrada por precaucion con la cortina por no hacer alarde de que en el acto de montar á caballo y librar su cuerpo al furor del cañon enemigo, encomendaba su alma al Señor, para que en el caso de ser llamada á su presencia, llegara en estado digno de obtener la salvacion.

Por el contrario, muchos franceses hicieron gala de impiedad á ejemplo de Mr. de Forsa, cabo principal, y hereje calvinista, quien profanó la ermita de Nuestra Señora de Guadalu-

(1) En nuestros dias, ¿no nos han dicho todos los periodicos que la Prusia se preparó con un dia de ayuno general, antes de marchar á la guerra contra Francia?....

pe, destinándola á caballeriza; y en el mismo sagrado recinto, otro hereje como él, por orden suya, hizo una plática blasfema contra Dios y la religion católica, con mucho aplauso de Forsa, que decia: *Ahora moriré contento: pues he oido, al menos una vez, exponer en pública prédica, dentro de España, la religion de Calvino.*

Para honra del principe de Condé se supo por los prisioneros que reconvino ágricamente á Forsa y sus soldados, y en su presencia dió orden rigorosa á los artilleros de no asestar los cañones contra la iglesia de Fuenterrabía.

¿Qué tiene de extraño que habiendo los españoles ido previamente á fortificar su pecho con el aura pura con que le robustece nuestra santa religion, creyeran firmemente que la victoria la debian á Dios? (1)

De todos modos, digno es de observarse, que los de Fuenterrabía imploraron la proteccion de Nuestra Señora el dia primero de Julio, en que comenzó el sitio: que la accion principió al mismo tiempo que los sacerdotes entonaban

(1) Don Sancho Garcia, Rey de Navarra, es celebrado especialmente por esta religiosidad de atribuir á Dios principalmente las victorias.

Así lo publicaba la inscripcion de una piedra en el castillo de San Estéban. Moret, tom. 1 de los Ana. libro 8, cap. 1, §. ult.

las Vísperas de la fiesta de la Natividad de la Virgen: que lo mas vivo de la batalla se mantuvo cerca de la ermita profanada (1); y que á la puerta de tan sagrado recinto comenzó á decidirse por los españoles la victoria.

Concluida la batalla y asegurados los puestos con fuertes guardias y avanzadas, el Almirante y el de los Velez recorrieron las obras del enemigo, asombrándose ellos mismos de tan desastrosa é inconcebible derrota.

Entretanto, los fieros campeones que se immortalizaron en Fuenterrabia, permanecieron de pié sobre sus derruidos murallones, enternecido el corazon del sumo gozo que los inundaba el alma, porque todas las grandes sensaciones se asemejan en los efectos, y terminan siempre, cuanto mas puras son, arrasando los ojos de lágrimas.

En medio de tan insigne gloria para las armas de España, se observó un digno y respetuoso silencio al terminar la tempestad que se levantó aquel dia en el pecho de los hombres, y estallando en los aires cual la que se forma en la atmósfera cargada de electricidad, como esta conmovió las gentes, las casas y los bosques.

(1) Habiendo quedado maltratada la ermita de Nuestra Señora de Guadalupe, el Almirante de Castilla mandó que entregara el pagador del ejército 338 ducados de plata para su reparacion.

penetrando tambien sus rayos hasta en las entrañas de los montes: y á semejanza del murmullo de las aguas que bajan de los altos á invadir la llanura despues de la tormenta, solo se oia en aquellas horas de la tarde el paso redoblado de los escuadrones, que descendiendo desde Guadalupe se dirigian en desfilada por distintos caminos á guarnecer y ocupar los reductos abandonados y los atrincheramientos, tan poco dignamente defendidos.

Al presentarse próxima la noche, los dos caudillos del victorioso ejército, seguidos de numerosa comitiva de grandes de España, nobles y principales conmitones, se encaminaron á la heroica Fuenterrabia; cuyo pueblo esforzado, en el que hasta el último paisano ya habia adquirido el aspecto y aire marcial del viejo veterano, rotos los diques que constituyen la medida, dejaron desbordarse arrebatada su natural alegría. Las montañas repitieron con ecos vivientes los nutridos *vivas*; sus luminarias, que con rojizo resplandor dejaron brillante como la filigrana, el noble esqueleto de las casas sobre el oscuro fondo de la mar, del cielo y de los montes, se repitieron con hogueras de vivac en vivac, y de caserío en caserío, hasta perderse la luz y semejarse á estrellas en los lejanos horizontes. Los cañones del palacio de Carlos V

retumbaron con salvas en el espacio: la mosquetería se mezclaba á discrecion para saludar con vistoso fuego graneado á los libertadores; y las cajas, pífanos, trompetas y atabales llenaron los aires con la armonía de sus marchas animadas por los acentos marciales.

Don Juan Alfonso Henriquez de Cabrera, almirante de Castilla, y el marqués de los Velez, virey de Navarra, para mayor honor del esfuerzo de los sitiados, penetraron en la ciudad á caballo por la brecha, seguidos de la comitiva y varios escuadrones de su brava caballería. La infantería entró por la puerta, y todos fueron en derechura á la iglesia, donde se cantó un solemne Te-Deum. En el palacio, á donde se adelantaron, esperaban á los Generales el gobernador Eguia y el alcalde Butron; y al penetrar en el salon el Almirante y el de los Velez, se arrojaron con efusion entre sus brazos. La noche entera transcurrió en demostraciones expresivas de cariño, cercando todos á los heroicos defensores de Fuenterrabia para obtener detalles. Llegada la mañana, como el palacio se hallaba en estado desastroso, Eguia y Butron llevaron á los Generales á casa de D. Miguel de Casavante, generoso vecino y de los mas principales, la cual, aunque no fué respetada por las bombas, quedaba todavia en pié.

Al poco rato, desembarazados del polvo del combate, salieron á visitar el pueblo y ver desde el terrado del cuartel del palacio tan bellas cercanías, que Butron durante la noche hizo limpiar de cadáveres, enterrándolos bajo los mismos aproches con que asediaron la ciudad.

El Almirante y el de los Velez no volvian en sí del asombro que les causaba el horroroso aspecto de las calles completamente intransitables por las ruinas del caserío, en cuyos zaguanes y rincones de los restos de los muros permanecian en cama los heridos, y otros de cuyos miembros estropeados no se podian valer.

En seguida se dispuso que los prisioneros importantes se pusieran en segura custodia y el resto fuese á trabajar en la reedificacion de las murallas. Los cañones conquistados, como así lo mismo la batería que dejaron abandonada en Ondarrayzo, se trajeron á la ciudad, y sirvió de gran burla, farsas y denuestos un mortero que quedó en buen estado de los dos que bombardearon la plaza.

El ejército francés, siguiendo al príncipe de Condé, se retiró á San Juan de Luz, donde á toda prisa se fortificó; y el arzobispo de Burdeos, levando anclas, embarcó á bordo de la armada la guarnicion del castillo de Higer, y se fué tambien al citado puerto.

La Francia perdió once mil hombres de tropas escogidas en toda esta empresa, contándose entre ellos á muchos individuos de la nobleza. El de Condé pidió el cange de prisioneros, y á cualquier precio el rescate de sus papeleros donde se hallaba la correspondencia con S. M. cristianísima, las alhajas de su tienda y la encomienda de la órden de *Sancti Spiritus*, engastada en piedras. El Almirante y el de los Velez hicieron cuanto fué posible para vencer á su enemigo como en lo guerrero en lo grosero, pero nada consiguieron: esa raza villana de usureros, engañando al babieca del soldado, todo lo adquirieron. Pero si bien se lo manifestaron así con promesas y corteses razones, para que apreciara su bizarria, lo enviaron al instante mil seiscientos prisioneros franceses contra ciento cincuenta españoles. Entre ellos recobraron la libertad los capitanes D. Alonso Laredo y Don Francisco Diest, que cayeron en manos del enemigo en la última salida; Leon de Leguía, de cuyo nombre abusaron los vecinos de Hendaya; y D. Pedro Baygorri, sargento mayor en Flandes, quien viniendo de parte de Fernando de Austria á traer al Rey la noticia de la victoria conseguida en el Dique de Caloo, arribó por ignorancia del sitio al castillo de Higuier.

Sensible es por demás el deber de anotar un

rasgo de flaqueza insigne que rebaja á un militar hasta el punto que jamás pudo humillarle la derrota. Al retirarse las tropas francesas que tenían sus cuarteles en Irun, ocultaron en las cuevas de la casa de Juan de Arbalaez, que era la mejor de la villa, muchos barriles de pólvora, con una mecha hábilmente construida para que durase largo tiempo encendida. La intencion asaz villana, fué porque en ella se alojarian de seguro al dia siguiente el Almirante ó el marquès de los Velez; y ya que no les vencieron, era chistoso el volarles. Mas la Providencia dispuso que D. Pedro Salazar, mayordomo del Almirante, al prepararle el alojamiento, examinase con el mayor cuidado dicha casa, y hallase la infernal maquinacion bastante á tiempo para evitar que estallase.

De regreso á Irun los Generales enviaron al Rey la noticia de tan grande victoria con Don Bernardino de Ayala, conde que fué de Villalva, para que de palabra diese todos los detalles. Tan feliz suceso se divulgó rápidamente por toda España, y la alegría no tuvo límites. En Madrid el pueblo entero llenó las plazas y las calles, y desenvainando las espadas gritaban: ¡Viva el Rey! y en tumulto se dirigió á Palacio. La guardia fué arrollada: la antecámara y la cámara real fueron invadidas, y loca la gente de

contento llamaba á voces á Felipe IV, buscándole de sala en sala hasta que logró dar á S. M. el parabien cara á cara.

El Rey se apresuró á dispensar sus honores á los Generales, y en aquella misma noche envió al marqués de Aytona, su gentil-hombre de Cámara, á felicitar muy expresivamente á la duquesa de Medina, esposa del Almirante.

Al día siguiente la corte vistió espontáneamente de gala, acudió á palacio, y despues del besamanos acompañó al Rey que, montado en un magnífico caballo ricamente enjaezado, se dirigió á la iglesia de Atocha, cuya devocion en las familias reinantes de España es bien sabida, seguido de los cardenales Borja, Jaen y Espinola. En el mismo día, que fué el catorce de Setiembre de 1638, Felipe IV expidió un decreto á todos sus Consejos, disponiendo que cada uno en dia aparte celebrase fiesta de nacimiento de gracias en las iglesias de Atocha y San Gerónimo, y en la de Santiago; dotándose perpétuamente estas fiestas en sus octavas: que los Consejos fundasen perpétuamente el casar tres huérfanas y rescatar tres cautivos en los dias de sus fiestas, y mandó se llevase una lámpara para que ardiese siempre, en memoria de tan gran victoria, á la iglesia mayor de Santiago. Y como aclaratoria del precedente, dió

S. M. el veintidos del mismo mes y año, el siguiente decreto:

«El valor, fidelidad y constancia de los de Fuenterrabía en la defensa de aquella plaza ha sido tan grande, que por el ejemplo se debe conservar en la memoria, encaminándose á su mayor beneficio las obras pías, en hacimiento de gracias de la merced que Dios Nuestro Señor se ha servido hacernos; y así he resuelto, que en primer lugar sean preferidos á todas las hijas de Fuenterrabía para la colocacion de huérfanas; y ni mas ni menos en la redencion de cautivos los que fueren hijos de la misma villa: en segundo lugar las hijas de soldados de las fronteras de Africa, y los que estándome sirviendo allí fueren prisioneros de moros: en tercero hijas de soldados y marineros perdidos peleando, en la dotacion de huérfanas, y ellos en la redencion de cautivos; y en cuarto en ambos géneros entrarán criados de mi casa: en esta conformidad se declarará y ejecutará. Madrid. &c.»

Además de estos decretos, que acreditaban la piedad de D. Felipe IV, escribió á los de Fuenterrabía la siguiente carta sin pérdida de tiempo:

«EL REY. Concejo, Justicia, Regimiento, Caballeros Hijosdalgo de la muy noble y muy

leal villa de Fuenterrabia: por lo que ha escrito el Almirante de Castilla en siete de Setiembre se ha entendido, como despues de haber acometido al enemigo aquel dia, fué Nuestro Señor servido de dar tan feliz suceso à mis armas, que pudo aquella noche entrar en esa villa, despues de haber rompido y puesto en huida al enemigo con gran pérdida de su gente, banderas, artilleria, municiones y bagages, con que salió esa plaza del aprieto en que se hallaba, habiendo con vuestro valor resistido por discurso de sesenta y nueve dias el sitio que puso sobre ella, llevando las incomodidades que en este tiempo se ofrecieron con tal bizarría, que sin reparar en las haciendas y vidas, mantuvisteis la reputacion de mis armas con la fidelidad que siempre lo habeis hecho, dando ejemplo á todas las naciones vuestra constancia y valor, de que haré siempre singular estimacion, como merece servicio tan particular; pues en él consistió la gloria de tan feliz suceso. Y aunque todo viene de mano de Nuestro Señor, reconozco la parte que en él habeis tenido, que es muy conforme à vuestras obligaciones; y así lo manifestaré, haciéndoos grandes mercedes: y si bien tengo resuelto algunas, me direis las que se os ofrecieren, que sean de mayor conveniencia vuestra, para qué tome resolucion de ellas;

y desde luego ofrezco la pronta reedificación de vuestras casas: y he mandado al Almirante me envíe relacion de lo que importa este gasto, para que se provea sin dilacion; y que se dé á cada vecino por ahora el socorro que de él entenderéis. Tambien he mandado me informe los que se señalaron en esta ocasion, á quien se deban dar ventajas sobre cualquier sueldo, porque tan buenos vasallos queden remunerados, y haya memoria en todos tiempos de la fineza con que habeis perseverado y resistido en la oposicion del ejército enemigo; pues hasta las mujeres acudieron á todo lo necesario, gobernándose con tal valor, que no excusaron las acciones de mayor riesgo, de que me doy por muy obligado, y de lo mucho y bien que obraisteis en este sitio, así en daño del enemigo, como en vuestra defensa: y es cierto no olvidaré el amor y perseverancia con que os habeis expuesto á la fuerza del enemigo, pues habeis tenido tanta parte en que mis armas conserven el crédito que han adquirido en todas partes, y excusado otros inconvenientes. De Madrid á 15 de Setiembre de 1638. Yo el Rey. Por mandado del Rey Nuestro Señor, D. Fernando Ruiz de Contreras.»

Y el Conde-Duque escribió tambien la siguiente carta, toda de su mano, hasta el sobrescrito:

«A la muy noble, muy leal y muy valerosa villa de Fuenterrabia.

S. M. (Dios le guarde) escribe á Vm. dándole las gracias del valor y constancia con que se ha defendido en el discurso de tan largo sitio, de que se ha dado por muy servido, como lo mostrará en las mercedes que hará á Vm., y merece tan justamente, que serán mayores que su deseo mismo de Vm.; las cuales solicitaré yo con mucho gusto, quedando contentísimo de este suceso; asegurando á Vm. que me tendrá siempre muy á su servicio, y tan suyo, que nada quisiera sino haber nacido hijo de esa villa, pues ha sido la honra de toda nuestra nacion. Dios guarde á Vm. con la felicidad que deseo. Madrid 15 de Setiembre de 1638 años. D. Gaspar de Guzman.»

Pero como siempre sucede en este mundo, para quien se decretaron los mayores premios fué para el conde-duque de Olivares, que no habia salido de Madrid, y por opinion de quien se hubiera dejado Fuenterrabia á merced del brazo secular del principe de Condé, con tal de recuperar lo antes posible las costas del Brasil. Se le dió el perpétuo gobierno de Guipúzcoa con titulo de *Adelantado*, que en España fué siempre altísima distincion, y doce mil escudos de renta al año; y privadamente se le nombró *Go-*

bernador perpétuo de Fuenterrabia.... ¡con su sueldo además...! y que pudiese ejercer este empleo por medio de una persona puesta por él. Pero por si no era aun bastante, debería darle el Rey una copa de oro todos los años el dia de la victoria con honroso recuerdo de sus méritos, previniendo que estos honores y rentas no fuesen heredándose por derecho de sangre, sino por libre disposicion de Guzman, á quienes él dejase por herederos en su testamento.... ¡qué horror....! ¡qué desvergüenza....! ¡y qué desilusion...!!! El público murmuró; el Conde-Duque afectando la mayor modestia, se hizo de rogar, y cediendo por fin á las instancias de los Consejeros, aceptó.... Difícil es comprender cuál es mas grande, si la bajeza de los Consejeros, la imprudencia del favorito, ó la debilidad del Rey.

En cambio, Butron tuvo que ser *recomendado* á S. M. por el Almirante en *memoriales* públicos y aun en *carta particular*, exponiendo los gastos que habia tenido para mantener la tropa, su pericia militar, su generosidad en dar la plata para fundirse en balas, y finalmente su fidelidad, superior á todo elogio, cuando el enemigo le tentó poniéndole delante la infamia que amenazaba á su propia hija y la magnanimidad con que contestó....!

El Almirante y el de los Velez recibieron honrosas recompensas, pero mucho mas inferiores á las del Ministro favorito, y despues de establecer sus tropas en cuarteles de invierno, regresaron el uno á su gobierno de Navarra y el otro á Madrid. La recepcion que respectivamente obtuvieron en Pamplona y en la corte fué brillante en extremo.

El Almirante al llegar á Madrid estuvo algo enfermo en cama, y le sangraron precisamente el dia en que se iban á tributar los grandes honores que aceptó el Conde-Duque y presentarle la copa de la *Victoria*; á cuyo acto concurría el mayor número posible de aduladores cortesanos que siempre infestan el palacio de los Reyes. Como el servilismo jamás encontró límites, corrieron la voz de que la enfermedad del Almirante era fingida, celoso como estaba del merecido triunfo de Guzman. Tan grosera calumnia llegó á oídos de aquel noble guerrero, y atándose otra venda mas sólidamente en el brazo sangrado, se vistió de prisa y acudió á la corte diciendo á sus amigos: que aunque le dieran un cáliz al de Olivares, él lo vería sin el menor sentimiento, porque tenía suficiente con estar persuadido que obró en la guerra como cumple á un caballero.

A Fuenterrabia se le añadió á sus títulos de

muy noble y muy leal, el de *muy valerosa*: para el reparo de las murallas se la dieron cien mil ducados; quince á cada uno de los ciudadanos; cincuenta á las viudas cuyos maridos murieron en el sitio, y además, mientras viviesen, el *prest*, lo mismo que á un soldado. A los huérfanos se les concedió igual gracia teniendo la edad para servir al Rey, y á los que nó, á cada una de sus familias hasta que se hallasen individualmente en aptitud para el servicio y lograsen el *prest* por entero. Pagóse á los paisanos con puntualidad cuantas cosas habian proporcionado durante el sitio, y se les ordenó manifestasen por memoriales los daños de las casas para repararlas por cuenta del Erario. El paso de la ría que se solia pagar en Irun, se dispuso fuese pagado en Fuenterrabía, trasladándose tambien á esta ciudad el Juez de Sacas y el Correo mayor. Remitiéronse las penas de Cámara, como no hubiese parte agraviada que reclamase; y las que en adelante con el título de Fisco se impusiesen dentro del lugar, dejáronse para gastos de la república. La iglesia tambien, como era justo, recibió su recompensa, porque se le agregó el patronato de la de Elgoibar, en Guipúzcoa, habiéndose aplicado sus rentas para la fábrica y adorno del templo; que bien lo merecia el que cobijó bajo

su bóveda sagrada la imagen de Nuestra Señora de Guadalupe, y el Santo Crucifijo de la Victoria (1).

(1) La traslacion de estas sagradas imágenes á la ermita de Guadalupe, donde actualmente se veneran, tuvo lugar el día siete de Setiembre del año siguiente de 1639.

Hé aquí varios acuerdos del Cabildo de Fuenterrabía que con este hecho tienen relacion:

Cabildo de esta Ciudad á 31 de Marzo de 1639.

Que al devolver y restituir á su ermita de Guadalupe á la Sagrada imagen. ., *que los muchachos de la escuela vayan cantando sus loores en dicha procesion.* No consta qué canciones cantaban, ni tengo noticia de que en las procesiones con arcabuces, tiros de pólvora &c. se hayan cantado himnos guerreros.

Idem. En este día decretó asimismo Su Señoría que el Santo Cristo de piedra que estaba en la ermita de Saindua con fuego bolada, se traiga con toda decencia á la Iglesia matriz de esta Ciudad y se ponga á lado del altar del *Santo Cristo de Guadalupe*, hasta que se reedifique la dicha ermita de Saindua.

Cabildo de esta Ciudad en 24 de Agosto de 1639.

«Decretó Su Señoría que, pues la victoria fué á siete días de este mes (Setiembre), hará un año por la tarde, vispera del Nacimiento de la Virgen Santísima, empiece la fiesta la misma tarde, llevando primero, y ante todas cosas, el *Santo Crucifijo de la Victoria* que está en esta Iglesia matriz á la ermita de Guadalupe, de donde se trajo por haberla desecho y desmantelado el enemigo en dicho sitio, y que esto se haga en procesion; y vuéltole así á su puesto, se coloque en el altar donde solia estar en dicha ermita, con la veneracion y decencia que antes de la guerra solia estar, y que para ello todos los vecinos le vayan acompañando en dicha procesion con sus armas y mucha devocion, y que esto se comuniqué y suplique al Cabildo Eclesiástico por los dos señores Alcaldes en nombre de Su Señoría para que además de la procesion en la misma ermita los señores Beneficiados canten la Salve y se vuelva la procesion con toda solemnidad á esta Ciudad hasta el día siguiente.»

¿Y á Butron? ¿Y á Eguia? ¿Y á Ubilla, Isasi y Osorio? ¿Y á las familias de Perez de Egea, Esain, Beaumont, Valardi y otros valerosísimos capitanes, qué les dieron?

Algo les darian..... Los escritos de aquellos tiempos que he registrado, y son bastantes, no lo mencionan, sin duda por lo insignificante, porque tan grandes servicios se recompensaron siempre con mucha parsimonia.

¿Qué importa...?

¡HERÓES inmortales de la altiva FUENTERRABÍA! vuestro nombre se pronunciará SIEMPRE con admiracion y respeto de generacion en generacion, de siglo en siglo; y el sol de vuestra gloria brillará mientras el mundo exista, porque si tambien desaparecen las naciones y los pueblos como se concluye la vida de los hombres, NUNCA muere LA HISTORIA.

FIN.

ÍNDICE.

	<u>Páginas.</u>
Al Ilustre Ayuntamiento de Fuenterrabia.	5
Cap. I. Fuenterrabia.	9
» II. Bizarría guipuzcoana. 1474 1521.. . . .	17
» III. Situacion de España	31
» IV. Guerra con Francia. 1635-1638.. . . .	30
» V. Las águilas. 1638.. . . .	51
» VI. Sitio de Fuenterrabia. . . .	69
» VII. Las trincheras.. . . .	81
» VIII. Rompe el fuego el príncipe de Condé contra Fuenterrabia.	95
» XI. De lo que ocurría por la otra parte de los reales enemigos.. . . .	101
» X. La mina.	111
» XI. Muerte gloriosa de D. Miguel Perez de Egea. . . .	125
» XII. La Armada.	143
» XIII. Se exhorta á la capitulación.	183
» XIV. La tempestad.	203
» XV. Los asaltos.	223
» XVI. La batalla.	253
» XVII. La victoria.	279



UNIVERSITY OF MICHIGAN

1900

THE UNIVERSITY OF MICHIGAN LIBRARY

ANN ARBOR, MICHIGAN

1900

1900

1900

1900

1900

1900

1900

1900

1900

1900

1900

1900

1900

1900

1900

1900

1900

1900

1900

1900

1900

1900







